

Del furor y el desconsuelo



Rafael Toriz

Biblioteca
Universidad Veracruzana

Esta obra se encuentra disponible en Acceso Abierto para copiarse, distribuirse y transmitirse con propósitos no comerciales. Todas las formas de reproducción, adaptación y/o traducción por medios mecánicos o electrónicos deberán indicar como fuente de origen a la obra y su(s) autor(es).

Se debe obtener autorización de la Universidad Veracruzana para cualquier uso comercial.

La persona o institución que distorsione, mutile o modifique el contenido de la obra será responsable por las acciones legales que genere e indemnizará a la Universidad Veracruzana por cualquier obligación que surja conforme a la legislación aplicable.

Biblioteca

DEL FUROR Y EL DESCONSUELO

Ensayos para una crítica de la cultura

UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Raúl Arias Lovillo

Rector

Porfirio Carrillo Castilla

Secretario Académico

Víctor Aguilar Pizarro

Secretario de Administración y Finanzas

Leticia Rodríguez Audirac

Secretaria de la Rectoría

Agustín del Moral Tejeda

Director General Editorial

Rafael Toriz

DEL FUROR Y EL DESCONSUELO

Ensayos para una crítica de la cultura



Universidad Veracruzana
Dirección General Editorial

Biblioteca

Xalapa, Ver., México

2012

Diseño de portada: Queta, a partir de la pintura *Le mer orageuse*,
de Gustave Courbet

Clasificación LC: HM621 T67 2012

Clasif. Dewey: 306

Autor: Toriz, Rafael

Título: Del furor y el desconsuelo : ensayos para una crítica de la
cultura / Rafael Toriz.

Edición: Primera edición.

Pie de imprenta: Xalapa, Ver., México : Universidad Veracruzana, 2012.

Descripción física: 164 p. : il. ; 21 cm.

Serie: (Biblioteca)

Nota: Incluye bibliografías.

ISBN: 9786075021430

Materias: Cultura--Discursos, ensayos, conferencias.

Civilización.

Literatura y ciencia.

Literatura--Historia y crítica.

DGBUV 2012/19

Primera edición, 29 de febrero de 2012

© Universidad Veracruzana

Dirección General Editorial

Hidalgo 9, Centro, Xalapa, Veracruz

Apartado postal 97, C. P. 91000

diredit@uv.mx

Tel/fax (228) 818 59 80, 818 13 88

Parte esencial de esta obra fue escrita con el apoyo de la Fundación
para las Letras Mexicanas

ISBN: 978-607-502-143-0

Impreso en México

Printed in Mexico

Saber que no se escribe para el otro, saber que esas cosas que voy a escribir no me harán jamás amar por quien amo, saber que la escritura no compensa nada, no sublima nada, que es precisamente ahí donde no estás: tal es el comienzo de la escritura.

ROLAND BARTHES

Litoral

Este libro es el eco de una utopía.

Más allá de la frase, las ideas que alimentan estas líneas fueron la simiente de un libro que jamás será. Fue mi ciudad imaginaria: fueron las ciudades que caminan.

Aquel lugar ahora clausurado buscaba a tientas un territorio para la diferencia. Soñaba con tolerancia estética, sexual y política: soñaba ingenuamente con el otro.

Temprano me di cuenta de la dimensión abismal en que me despeñaba el afán totalizador de abarcar cabalmente los polos del hombre. Fue un arrebato adolescente que consiguió obnubilarme. Naturalmente mis fuerzas no respondieron. Intenté leer con asiduidad y fervor esperando conquistar el final del camino. He aprendido que nunca se llega. A ninguna parte. Comprendí que la ciencia, la literatura y la filosofía no me dejarían traspasar el mero umbral del balbuceo. Leí mucho y mis lecturas no fecundaron: caí enfermo de *bouvardpecuchetismo*. De aquella idea y su impulso he quedado abandonado como con un ave muerta entre los brazos. Es difícil entregarla a la tierra, repatriar su canto al silencio. Los recuerdos nunca indultan (*este libro es un naufragio*).

Debo decir que no lo hago sin dolor y que su espectro es una carga que me atormenta: aquel que haya intentado escribir un libro acaso comprenda lo que digo. Advierto que mis fuerzas e intelecto no pueden con el rigor de la técnica. He renunciado a una obra que aspiraba al Todo. A lo mío.

No obstante algún susurro, confío mesurado y discreto, se cuele y persiste en este, otro libro.

Ahora son pequeñas reflexiones, objetos ocasionales que se contentan con agruparse y hablar una voz que no es la suya.

Puedo decir, para aderezar levemente la nostalgia, que quizá este compendio de textos no sea sino un guiño, escueto homenaje a aquella obra que lo crea y que en buena medida me ha hecho hasta donde soy.

Ahora, lector, deseo que en el viaje veas algún destello de los confines, velado rumor de las murallas de aquella ciudad ignota que quise construirnos.

Ciudad de México, diciembre de 2003

Coatepec, Veracruz, junio de 2008

Pleamar

I. CONTINENTES A LA DERIVA: DE LAS RELACIONES ENTRE CIENCIA Y LITERATURA

Y uniéndose así las vidas y los trabajos de varios, fuéramos todos juntos mucho más lejos de lo que podría hacer cada cual por sí solo.

RENÉ DESCARTES

El binomio de Newton es tan bello como la Venus de Milo. Lo que pasa es que poca gente se da cuenta Uuuuuuuu-uuu. Afuera el viento que pasa.

ÁLVARO DE CAMPOS

No deberíamos sorprendernos cuando alguna persona célebre se destaca en áreas distantes de aquellas que originaron su fama.

STEPHEN JAY GOULD

Fatigado y recurrente es el tema que me ocupa: el camino en que convergen la ciencia y la literatura ha sido ya muy transitado (por lo tanto no intentaré sino desbrozar la maleza que oculta ese sendero compartido). No lo recorro porque temo con fundamento quedarme a la mitad del camino; así, solo corto la mala hierba y sacudo la hojarasca para que otro, con más fuer-

za que yo, corra y navegue por la tercera orilla del río, aquella que sabe que ciencia y literatura, extremos acuciantes, pueden ser una verdadera y bella cosa.

Lezama Lima inicia *La expresión americana* con una frase indiscutible, indisociable: solo lo difícil es estimulante. En un mundo sometido por gigantes políticos, económicos y mediáticos, en un territorio ahíto de guerras, epidemias y consumismo, la dificultad de la sobrevivencia y la complejidad del estado de cosas invitan, así sea como delirio, a continuar el viaje en la boca de la tormenta. Dicen que nos hemos abocado a tener, a ostentar, a oprimir; que somos un reducto de posesión y poder, un organismo maquinal. Dicen que es indudable la sentencia de Plauto que Hobbes hizo famosa: verdaderamente el hombre es el lobo del hombre.

A su vez, dentro de ese panorama convulso, lidiamos intestinamente con los saberes que son, a saber, nuestro principal amparo en la desdicha. Las civilizaciones, tanto en su acepción abstracta como concreta, se encuentran desgarradas. Para los jirones de piel que en este momento son desprendidos de algún cuerpo no tengo ninguna palabra; para aquello que “modela al espíritu” puedo intentar un balbuceo que ayude, al menos personalmente, a paliar el malestar que producen las inclemencias del tiempo.

Tal es el motivo por el que abordo la interdisciplinariedad del conocimiento, la visión conjunta de la episteme occidental; tema que compete tanto a científicos como humanistas puesto que examina la espina dorsal de la ciencia, la conciencia de sí misma y la evaluación de algunos juicios epistemológicos.

Bien sabida es la polarización existente entre las ciencias duras (matemáticas, química, física, biología) y las ciencias blandas (artes y humanidades), así como la subestimación de estas últimas, lo que ha originado un totalitarismo maniqueísta en las orientaciones y metodologías de adquisición del conoci-

miento, pues las llamadas ciencias blandas suelen ser consideradas antípodas del saber racionalizado y objetivo. A su vez, estas últimas mantienen una postura de irritación contra los saberes que no admiten o subestiman la injerencia del sujeto, considerando como inescrutable y deshumanizado todo aquello que no posea justificación directa e inmediata con el hombre: con la política. Se ha creado una evanescente barrera entre las letras y los números. Ya sea que los humanistas imaginen a los científicos como sujetos engraidos en su torre de marfil, o que estos últimos a su vez denuesten lo artístico-social por considerarlo paliativo para inteligencias inferiores, el dictamen legal es divorcio por diferencias irreconciliables. Los polos que nos constituyen aún ahora se miran con recelo.

Para tener una sumaria cartografía de este sendero, es preciso mencionar al físico y novelista británico C. P. Snow, autor del ya clásico ensayo *Las dos culturas* (1959), texto en el que dialoga, entre otras cosas, sobre los prejuicios y las mutuas ignorancias que alejan al saber científico del literario y viceversa, aduciendo la nula cultura científica que puede tener un literato y el menosprecio que un científico puede hacer de la literatura como herramienta de adquisición del conocimiento. Snow nos recuerda que

1. El saber no es partitivo de una determinada rama del conocimiento.
2. El adjetivo de intelectual no debe circunscribirse únicamente a los hombres de letras.
3. Plantea, con genuino acierto, la necesidad de una tercera cultura en la que tanto un científico como un literato puedan entender y compartir las particularidades de sus distintos pero no antitéticos campos de especialización.

Siguiendo y ampliando la propuesta de Snow el periodista científico John Brockman ha sentado las bases para una “tercera

cultura”, conformada en sus palabras “por aquellos científicos y otros pensadores del mundo empírico quienes, a través de su trabajo y exposición escrita, están tomando el lugar del intelectual tradicional al hacer visible el sentido profundo de nuestras vidas, redefiniendo quiénes somos y qué es lo que somos”.¹ Dentro de los ejecutantes de la tercera cultura Brockman incluye a personajes como Stephen Jay Gould, Francisco Varela, Richard Dawkins, Niles Eldredge, Lynn Margulis, Roger Penrose y Brian Goodwin entre otros. Llama la atención que en su selección no incluya escritores, filósofos o historiadores; lo que en mi opinión vuelve sectaria y hasta reduccionista su brillante propuesta, guiada por su idea del quehacer del intelectual. Para Brockman los ejecutantes de la tercera cultura son los científicos duros que socializan temas específicos que indudablemente nos afectan a todos, por ejemplo la teoría del caos, el calentamiento global, la biología molecular, la lógica difusa, el equilibrio punteado, el genoma humano, la nanotecnología, la inteligencia y la vida artificiales o la teoría de supercuerdas.

Pese a lo propositivo de su respuesta, cabe destacar —para mal— la subestimación de tópicos neurálgicos humanistas y filosóficos que nos afectan en igual medida, como las reflexiones sobre la finitud, la alegría, la soledad y la muerte. A estas alturas, para una sociedad civil informada, es indispensable conocer y debatir las interrogantes que despierta tanto el ciberespacio para la topología como los análisis de Michel Foucault en relación con la conformación arqueológica de los saberes. Este arraigado vicio es el mismo que entorpece la lúcida propuesta del entomólogo y sociobiólogo Edward O. Wilson en su libro *Consilience. La unidad del conocimiento*, quien al igual que Brockman otorga un lugar preponderante al desarrollo de las ciencias naturales. Bajo esta perspectiva los depositarios de la tercera orilla del río serían úni-

¹ John Brockman, *The third culture*.

camente los científicos duros acreditados como tales. No ahondo por el momento porque más tarde volveré sobre este punto.

El pensamiento occidental, lo sabemos bien, ha otorgado primordial atención al desarrollo tecnológico y científico, fundando una hegemonía despótica del evangelio positivista. Para muestra basta ver la celeridad geométrica (en lo absoluto condenable) con la que se ha avanzado en campos como la informática y la mecánica, repercutiendo centralmente en la economía, la cultura y la vida en general. Esto se debe, por un lado, a que el concepto de ciencia en la cultura griega, manantial de nuestras configuraciones estético-intelectuales, estaba representado por la matemática, noción que, potencializada y manipulada, ha llegado hasta nuestros días, respaldada por la creencia de que el conocimiento científico proporciona las herramientas para abordar el saber desde una perspectiva real² y mensurable, siendo capaz de satisfacer necesidades inmanentes como aprender y comprender de manera expedita. Es evidente que para esta visión, verdadera por lo demás, no existe nada mejor que las técnicas y los métodos de las ciencias puras, que se erigen como ejemplo del pensamiento racionalizado y verificable –falseable diría Karl Popper– por excelencia. Por su parte las ciencias orgánicas y sus descubrimientos han influido de manera categórica, haciendo del discurso biológico un nuevo orden filosófico y social. A esta orientación intelectual se le conoce como biologismo, término que fundamenta una ideología y que concibe dicha disciplina como una autoridad manifiesta que se presenta en diversos discursos gnoseológicos que, en un afán de legitimidad y objetivismo, pretenden afinar su corpus teórico incorporando la cosmovisión de la biología por considerarla una ciencia acabada y genuina. El affaire Sokal³ derribó contunden-

² Utilizo el término real como opuesto a la interpretación subjetiva.

³ El físico Alan Sokal cobró notoriedad cuando en 1996, después de que la afamada revista *Social Text* le publicara el texto “Transgressing the Boundaries:

temente dicha impostura que a la fecha sigue perpetuándose. (Pensemos en los híbridos de la teoría literaria, la economía y muchas otras que pretenden hacerse “serias” a través de un lenguaje técnico para técnicos.) La colonización científica continúa ampliando su territorio y muchos de los estudios humanistas, en un afán legitimador y obtuso, han caído en esta suerte de competencia en la que, evidentemente, tienen perdida la batalla.

Según la filosofía positivista expuesta por Auguste Comte, en los últimos tiempos el hombre habría logrado una explicación de los fenómenos sin tener que recurrir a entes “ajenos” a ellos. En su opinión la humanidad habría evolucionado de una etapa teológica a una metafísica, y de ésta a una positiva, lo que implicaría atenerse exclusivamente a los datos proporcionados por la observación y la comprobación: empirismo descarnado,⁴ de donde se ha partido para elaborar hipótesis y leyes que

Toward a Transformative Hermeneutics of Quantum Gravity” (Transgredir las fronteras: hacia una hermenéutica transformadora de la gravedad cuántica), revelara que su artículo había sido una broma con la finalidad de demostrar el nulo rigor “científico” de las ciencias sociales, así como el absurdo deseo que tienen las humanidades por conseguir un aval epistemológico de las ciencias duras. Existe también un amenísimo libro escrito en coautoría con Jean Bricmont en el que desnuda el discurso falaz de varios pensadores aventuradamente llamados posmodernos. Dicha obra señala los abusos y los errores de intelectuales que han pretendido blindar su discurso a través de la utilización de términos de las ciencias exactas. *Imposturas intelectuales* (1999) demuestra muy atinadamente sus errores y extravagancias, dejando ver que aun con exposiciones laberínticas el rey sigue desnudo. Encuentro particularmente ilustrador el pertinente análisis sobre la insoportable cháchara lacaniana.

⁴ Friedrich Ludwig Frege, fundador de la lógica matemática, por paradójico que parezca, es quien hace una crítica contundente a esta visión. Sostiene que si como se quiere la matemática es una ciencia empírica, ésta debería trabajar con objetos reales y palpables, no con ideas o abstracciones. Por tanto los empiristas estarían trabajando con entidades imaginarias, meros modelos matemáticos. Hasta la fecha nadie puede darle un 5 o un 8 a nadie; no podemos asirlos salvo con el pensamiento. Después de todo Platón y su imaginiería siguen presentes en el mismo seno de sus más tozudos detractores.

vinculen los hechos demostrables con su manifestación en la realidad.⁵ De esta manera es como se constituye la ciencia; en la realidad objetiva y para servir a la misma mediante un modo preciso y certero.

Es innegable que las respuestas científicas son siempre una experiencia enriquecedora y edificante que siembran en la razón y el espíritu la semilla de la interrogación y la duda (que concibo como una incertidumbre dialéctica, es decir, como un cambio significativo en nuestros dispositivos para aprehender y transformar la realidad), que para el caso sería la constante formulación de preguntas nuevas y mutables. Brillantemente la ciencia no da respuestas acabadas o finitas, siempre deja la puerta abierta para ampliaciones y novedades que en un momento dado pueden constituir un salto cualitativo (Kierkegaard), una revolución científica (Kuhn) o una mutación metafísica (Houellebecq): lo que en términos de historia de la ciencia se denomina giro copernicano.

Lamentablemente se ha procedido de manera absolutista en cuanto a los enfoques y los procedimientos en la adquisición del conocimiento en tiempos de tensión y desorden, cuando ahora más que nunca necesitamos una hibridación cultural que permita establecer valoraciones, hipótesis y resultados de carácter inter y transdisciplinario que posibiliten la comprensión de la condición humana. El culto fundamentalista de la ciencia ha hecho que los saberes que se consideren medianamente responsables deban atender los requisitos que imponen y rigen en las ciencias físico-naturales. Bajo tales premisas “las cosas humanas” tienen escasa participación en la científicidad.

⁵ El tipo de conocimiento que busca una regularidad, un patrón y una ley (*nomos*) es el que cuenta con una legitimación; por tal motivo a las ciencias que operan bajo estos principios se les conoce como nomotéticas.

Antes de seguir, es pertinente aclarar una palabra que ha estado rondado desde el inicio de este capítulo, tarea fundamental, ya que constituye la columna de la reflexión. ¿Qué es la interdisciplinariedad?, lo que exige establecer por principio, ¿qué es una disciplina?

Llamo disciplina a un corpus de conocimientos que cumple requisitos establecidos y que, sin embargo, no siempre están totalmente definidos. Con todo, una disciplina se conforma al momento de organizar y delimitar un territorio de trabajo con un objeto de estudio en común, concentrando una investigación o circunscribiendo un fenómeno dentro de una visión analítica en particular, lo que establecería el campo de acción de la misma. Todas las disciplinas, por su constitución interna, ofrecen una imagen privativa de la realidad.

En la antigüedad, la primera demarcación disciplinaria es la efectuada en la Edad Media. El currículo consistía en las llamadas siete ciencias liberales, que se dividían de la siguiente manera: *a*) la ciencia de las voces (*Trivium*) y *b*) la ciencia de las cosas (*Quadrivium*). El trivio contenía las artes de la elocuencia: la gramática, la retórica y la dialéctica. El cuadrivio consistía en las cuatro artes liberales: la aritmética, la música, la geometría y la astronomía. Desde entonces han ido creándose, añadiéndose y recategorizándose muchísimas otras “artes” que sin embargo no encuentran punto de comunión y por el contrario siguen cantando sus propias voces y sus propias cosas y, si por casualidad han llegado a toparse, lo han hecho exagerando, nulificando o desvirtuando su parentesco; olvidando su función creativa, vivificante y constructora, tornándose látigo epistémico, helada cama de Procasto, ante la cual espeta Michel Foucault: “Las Luces, que han descubierto las libertades, inventaron también las disciplinas”,⁶ disciplina

⁶ Michel Foucault, *Vigilar y castigar*.

como red y prisión, disciplina como limitación. Disciplina clerical.

De acuerdo con Jurjo Torres,⁷ la tendencia de diferenciar el conocimiento tiene un carácter histórico, puesto que la multiplicidad de disciplinas autónomas es algo que se gesta desde el siglo XIX hermanado con la transformación social que se vivía en la Europa de entonces y que exigía una especialización análoga con la división material del proceso productivo. Las técnicas y los saberes, así como sus lenguajes, se fueron diferenciando progresivamente, haciéndose cada vez más específicos y particulares. Aunado a esto, la hiperespecialización y la dificultad del saber experimental han relegado las funciones que la reflexión humanista tiene a su cargo, dejando al hombre sin posibilidad de aprehender y comprender su realidad. Tenemos un mundo funcional y evolutivo pero pocos son los que lo piensan. Recordemos la polución de jergas teóricas del siglo XX, que la mayoría de las veces, para un público general, le son totalmente extrañas e insignificantes (pienso en la teoría literaria de un Gerard Genette o en la apabullante proliferación de tecnicismos propios de las ingenierías). Basta preguntarle a un joven biólogo si cree que el narrador en *Rayuela* de Julio Cortázar es intradieгético o si considera que la máxima de la doctrina Monroe manifiesta el interés colonialista de los estadounidenses; o en su defecto, podemos pedirle a algún sociólogo que mencione la importancia de la contingencia en la evolución terrestre que permitió el desarrollo de un pequeño y casi insignificante animalito prehistórico como el pikaia,⁸ o que señale escuetamente alguno de los postulados de Koch; o bien, preguntar sim-

⁷ Jurjo Torres, *Globalización e interdisciplinaridad: el currículum integrado*.

⁸ Animal del Paleozoico que se distingue por tener notocordio, cordón nervioso o médula espinal. De él descende el último gran filo de los animales, los cordados, dentro del cual figura el hombre.

ple y llanamente qué es una electrólisis. Estas preguntas, que a primera vista pudieran parecer exageradamente particulares o de una exquisitez culterana “enciclopedante” y que por ende, si uno no está abocado al estudio de una disciplina específica no tendría por qué saber, no son más que los contenidos básicos –en teoría– de español, historia y ciencias naturales del programa educativo de una escuela secundaria cualquiera.

Además, si a esto le agregamos poca retentiva, nulo interés y distractores prodigiosamente divertidos, así como condiciones rígidas y limitadas que dificulten considerar un conjunto de conocimientos como científicos debido a que no cuentan con una estructuración marcadamente positivista,⁹ no es de extrañar que tengamos una ciencia partitiva, excluyente y extremadamente científicista que dictaminará qué es y qué no es una ciencia de manera limitada, dando como resultando un amasijo noticioso inaccesible para la población en general. Esto constituye la crucifixión y muerte de los discursos religiosos, metafísicos, históricos y artísticos, así como de los usos y costumbres de innumerables lugares del planeta: un menoscabo total del caballito de batalla de las ciencias sociales.

En reacción a esta construcción del conocimiento, surge una respuesta crítica encabezada por el filósofo Max Horkheimer (y por la escuela de Frankfurt en general), que rechaza la superioridad de la razón tecnificada y de laboratorio promovida por la moderna cosmovisión pedagógica y social. Horkheimer concibe la razón instrumental como la causa de mecanización y robotización de la sociedad, rechazando que el pensamiento sea identificado por antonomasia con la reflexión lógico-matemática. Estas ideas son desarrolladas en su obra –escrita con Theodor

⁹ A este respecto Louis Althusser dirá que “la generalizada impaciencia” de cobijar una teoría o un objeto de estudio es un síntoma de que aún no se cuenta con una madurez teórica.

Adorno— *Dialéctica del iluminismo*. Conuerdo plenamente. No se trata de establecer jerarquías entre una u otra manera de acceder al conocimiento ni de satanizar las ciencias exactas en pos de imponer como parangón y remedio un encumbramiento de las ciencias sociales y las humanidades. Se trata de comprender la naturaleza distinta de los saberes y consentir en que éstos no están disociados, sino que se corresponden bilateralmente y persiguen el mismo objetivo: interpretar el universo, problema tanto científico como filosófico. Pugnar por un mutuo dinamismo entre la ciencia y la metafísica es un imperativo. El mundo se nos presenta en su inabarcable multiplicidad, por lo tanto es necesario articular un discurso que dé cuenta de su rostro infinito.

Partiendo de que el origen del conocimiento tiene, en la misma medida, un sentido lógico y uno psicológico, resulta innegable la coherencia argumentativa que guardan los conocimientos entre sí. Es posible constatar los pésimos resultados y las distorsionadas aplicaciones de la ciencia debido a la incomunicación de las disciplinas, su *amíquemeimportismo* refulgente ha ocasionado trabas y obstáculos que de otra manera hubieran sido perfectamente salvables. Edgar Morin ha dicho que la ciencia se ha vuelto ciega por su incapacidad de integrar, articular y reflexionar sobre sus propios conocimientos, por su nulo interés en visualizar los fenómenos cognoscitivos como algo global y multidimensional, por atomizar y descomponer todo hasta sus últimas partes sin establecer vínculos que amalgamen lo analizado. En respuesta ha sugerido una solución, no facilitando sino problematizando la discusión, proponiendo la alternativa del pensamiento complejo.¹⁰

¹⁰ Tesis que si bien me parece espléndida no sigo sino como una “guía paralela”. En mi opinión la transdisciplinariedad propuesta por Morin no dista demasiado de mi concepción de interdisciplinariedad. Creo también

En aras de una eficiencia industrial, se ha intentado estudiar los fenómenos hasta sus partes más acabadas, se ha fraccionado el trabajo y hoy día estamos inmersos dentro una especialización total que aísla al astrónomo del músico, al químico del literato, al médico del pintor; especialización que no articula las disciplinas entre sí. Hemos identificado las partes del rompecabezas, sabemos qué lugar les corresponde dentro de la figura que conforman pero no lo hemos armado.

Se ha dejado atrás el carácter enciclopédico y renacentista y se ha desvirtuado el humanismo, que no es estudiar exclusivamente lo relacionado con lo social o lo artístico sino todo aquello que constituye la ciencia del hombre en su conjunto. El humanismo no son únicamente las carreras teóricas; también lo son el pensamiento práctico, los modelos esquemáticos, las abstracciones numéricas. Humanista es aquel que aspira a conocer un poco de todo y busca un desarrollo poliédrico del conocimiento, el especialista en generalidades: humanista es quien, deseando la totalidad, está condenado al yerro. Esta empresa, en efecto, se torna difícil, fatigante y escabrosa, ya que no es necesario esforzarnos mucho ni retener lo aprendido, basta consultar nuestra personal biblioteca de Alejandría que permite, mediante pocos y sedentarios movimientos, acceder a un torrente de información devorador que aglutina el saber humano sin desarrollar el criterio. La *Wikipedia*, para bien y para mal, es una cara del abismo.

El conocimiento es una inmensa red interconectada que nos conduce a una matriz común. Aun en las más abigarradas especializaciones es posible darse cuenta de que es necesario

que el paradigma del pensamiento complejo es repetitivo en exceso y llega a tornarse obtuso y autocomplaciente. Lo que pretendo, así sea de mínima manera, es proponer una ruta de intersección entre la ciencia y la literatura, no regodearme ni desentrañar los abismos que dicha conjunción engendra.

echar mano de otros saberes para conseguir un resultado integral. Sabemos que en la particularización de las disciplinas se encuentra la generalización de la sabiduría, que el descomponer todo hasta sus últimas partes nos lleva a explorar un ángulo nuevo: la especialización es cíclica, cuando finaliza comienza con otro fragmento. Indiscutiblemente el saber es un palimpsesto dentro de ese gran libro que conforma la racionalidad y la existencia humanas.

Las afirmaciones que pretenden argumentar la postura sincrética de estudiar los fenómenos cognoscitivos no es algo nuevo. El físico teórico Thomas Samuel Kuhn puntualizaba el camino de la ciencia normal, que es aquella en donde opera una suspensión de la razón crítica (se da por hecho un conjunto de proposiciones epistemológicas), indicando que las transformaciones de fondo que se presentan en los modelos de la metodología del conocimiento científico afectan directamente todas las áreas del saber; lo que ocasiona la evolución de la ciencia: “Las transformaciones paradigmáticas constituyen las revoluciones científicas y la transición sucesiva de un paradigma a otro por medio de una revolución es el patrón usual de una ciencia madura”.¹¹

La voz de Perogrullo: todo es un cambio continuo dentro del cosmos en donde la vida es el vértice que conjunta las ciencias y la literatura, la autopoiesis que formulan Francisco Varela y Humberto Maturana. Todas las certezas se disuelven en el aire, negarlo es caer en la superficialidad intolerante que critica Chesterton en su ensayo “La estrechez de la novedad”, en donde apuntaba: “El defecto de una teoría puramente progresista, lo mismo en la ciencia que en la literatura, radica en esas personas que hacen las cosas para cambiar y luego hablan como si el cambio fuese incambiable”.¹²

¹¹ Thomas Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*.

¹² G. K. Chesterton, *Ensayos*.

Inclusive, si algún aventurero manifiesta su interés por el conjunto del saber, no pasa de ser considerado un amateur entrometido, un mero espectador. Aquel dedicado a una ciencia determinada y de la cual solo conoce una pequeña parcela no titubea en tildar de diletantista a aquel otro que desea conocer más allá de su zona de trabajo. A estos hombres Ortega y Gasset los tilda de mediocres.

Al respecto sustenta Michele Abbate:

Parecen académicas, y en cierta medida, descaminadas y evasivas las discusiones (doctas y apasionadas, sin embargo) habidas en nuestra época en torno de la unificación del saber y de las posibilidades abiertas en ese sentido por los progresos de la investigación científica. Y esto porque se trata siempre de discusiones cuyo tema es la unificación del saber en cuanto actividad mental y cognoscitiva de élites, que algunos bien pueden concebir como premisa de una unificación mucho más ardua, pero también mucho más determinante, pero que otros –y estos son demasiados– entienden sólo como un irenismo que no excede los límites de la *ecclesia docens*.¹³

Idea parecida sostiene Steiner en su ensayo “El abandono de la palabra”:

Hasta los tiempos de Goethe y Humboldt, a un hombre de capacidad y de retentiva excepcionales le era posible sentirse a sus anchas tanto dentro de la cultura humanística como dentro de la matemática [...] Pero ésta no es ya una posibilidad real. El abismo entre los códigos verbal y matemático se abre cada día más. A ambas orillas hay hombres que, para los otros, son analfabetos. Es tan grande el analfabetismo consistente en des-

¹³ Michele Abbate, *Libertad y sociedad de masas*.

conocer los conceptos básicos del cálculo o de la geometría esférica como el de ignorar la gramática. O para el famoso ejemplo de Snow: un hombre que no ha leído a Shakespeare es inculto; pero no más inculto que el que desconoce la segunda ley de la termodinámica. Ambos están ciegos frente a mundos equiparables.¹⁴

Ahora bien, ¿cómo defino la interdisciplinariedad? Es la cooperación de varias disciplinas que origina una interacción entre ellas, una reciprocidad y un enriquecimiento mutuos que propician resultados óptimos. Es el préstamo de instrumentos analíticos, marcos teóricos y conceptos para justificar una cuestión y esbozar una respuesta, la estructura teórica integral y relacionada que obedece a la voluntad de creación colectiva.

La interdisciplinariedad surge como solución a problemas que sobrepasan los límites de una especialidad determinada, una comunicación y redefinición de conceptos con la finalidad de ajustar las herramientas metodológicas a nuevos campos, tiempos y necesidades contextuales. Ésta ocurre como resultado de la unificación entre diferentes disciplinas que comparten el mismo objeto de estudio, o bien, como soporte de alguna otra disciplina, pero fundamentalmente se debe a que todo el conocimiento es una eterna variable de carácter inestable.

La proliferación de temáticas, así como los vanguardistas objetos de estudio, exigen un estudio en conjunto, de lo contrario especialidades como la bioquímica, la fonología, la sociobiología, la econometría, la hidrobiología, la geoquímica y varias otras serían inconcebibles. “Es evidente que la interdisciplinariedad corresponde a una exigencia obje-

¹⁴ George Steiner, *Lenguaje y silencio*.

tiva y justificada en el caso de que exista un encargo que requiere la cooperación organizada de especialistas que pertenecen a varios sectores de la división del trabajo”,¹⁵ sostiene Althusser. Añade que algunas de estas disciplinas (biofísica, físico-química, bioquímica) no son sino ramas adyacentes provenientes de las mismas ciencias clásicas, de donde colige que dichas disciplinas no son el resultado de un trabajo interdisciplinario y mucho menos “ciencias interdisciplinarias”, sino nuevas ramas de las ciencias clásicas o bien ciencias nuevas. Llega a la conclusión de que es necesario “trazar una línea de demarcación entre la ideología interdisciplinaria y la realidad efectiva del proceso de aplicación y de constitución de las ciencias entre sí” con la finalidad de evitar la postura ofuscada que asuma la interdisciplinarietà como panacea del conocimiento, así como pugnar porque las prácticas interdisciplinarias sean efectivamente realizables en un intento por llevar la noción de interdisciplinarietà de la ideología a la praxis. La importancia del análisis de Althusser radica en que su crítica a la ideología científica permite crear una conciencia de la práctica científica.

Como ejemplo cito a Stephen Gay Gould (1942-2002), que logró pergeñar una teoría evolutiva que pone de cabeza a los darwinistas duros (léase, entre otros, a Richard Dawkins).¹⁶ Gould divulgó los pensamientos de la elite y los otorgó a los mortales: buena parte de su vida fue un Prometeo mal encadenado. Su principal aportación a la teoría evolutiva —y aun a

¹⁵ Louis Althusser, *Curso de filosofía para científicos*.

¹⁶ Para delimitar y evitar confusiones conviene apuntar que la crítica concisa de Gould es en relación con uno de los nueve significados que Ernst Mayr, en su libro *Una larga controversia: Darwin y el darwinismo*, confiere al darwinismo. Estamos hablando de una teoría dentro de la teoría de *El origen de las especies*, del gradualismo, en donde se sostiene que el cambio evolutivo es paulatino, sin cambios abruptos.

la historia de la ciencia— es la teoría del equilibrio punteado¹⁷ (*punctuated equilibria*) en colaboración con Niles Eldredge en 1972, que sostiene la existencia de grandes periodos históricos donde no se presentan variantes evolutivas en las especies; lo que no impide la presencia de cambios drásticos en periodos cortos. Así, tenemos que la aparición del hombre, el raciocinio y la conciencia se deben muy probablemente a un accidente. Fue cuestión de suerte que se desarrollaran los cordados, que nuestro *phylum* subsistiera y evolucionara hasta lo que somos. Algunas palabras de Octavio Paz vienen muy a tono: “El episodio de los dinosaurios significa la intervención del azar y el accidente en el fundamento mismo de las ciencias biológicas: la evolución natural [...] la aparición de la inteligencia humana sobre el planeta, se debe a un accidente [...] Somos hijos del azar”.¹⁸

Y como Gould ha habido muchos estudiosos de la ciencia que han cultivado el humanismo a través de la conciencia crítica, abriendo las disciplinas más allá de las meras relaciones circunstanciales, unificando los oficios en un territorio común: el conocimiento. Max Planck (1858-1947), prominente físico-químico alemán que estableció el principio de la discontinuidad de la energía y el concepto de cuanto, también realizó estudios en música y filología; llegó a ser un reconocido pianista que examinó el fenómeno lumínico, reconociendo a la luz como un compuesto de fotones (entidades mecánico cuánticas

¹⁷ Teoría alterna al gradualismo darwiniano, considerando que la evolución actúa a saltos, intervalos espontáneos luego de grandes periodos estáticos (éxtasis evolutiva). En este sentido dicha teoría permite pensar en la inexistencia de fósiles intermedios, ya que no tendría que haber forzosamente organismos que vinculen a uno con otro. La evolución morfológica sería entonces episódica. La famosa sentencia de Leibniz “*natura non facit saltus*” (la naturaleza no da saltos) es puesta en tela de juicio.

¹⁸ Octavio Paz, “Inteligencias extraterrestres y demiurgos, bacterias y dinosaurios”, *Obras completas II*.

que muestran características particulares de las ondas y sus partículas).

Gracias a fortuitas coincidencias llegó a mis manos un libro que tildar de joya sería majadería. Es una recopilación de conferencias dictadas por el Nobel de física Erwin Schrödinger (1887-1961) titulado *Ciencia y humanismo*. En él, el científico apunta axiomáticamente respecto a la utilidad de la ciencia: “La finalidad de la ciencia, y su valor, son los mismos que los de cualquier otra rama del conocimiento humano. Ninguna de ellas por sí sola tiene finalidad y valor. Solo la tienen todas a la vez”.¹⁹ Rebate también la idea –ahora nos parece evidente pero no siempre fue así– de que la felicidad de la raza humana provenga únicamente de los adelantos tecnológicos que la ciencia aporta.

Schrödinger es reconocido por hacer la formulación matemática de la física cuántica. Es creador de la moderna mecánica ondulatoria para lo cual retoma ideas de Louis de Broglie. Schrödinger postula una ecuación para encontrar el electrón en un plano tridimensional (rompe con el concepto bidimensional que se le atribuía hasta entonces a la dirección del electrón) aunque después sostendrá que no tiene una trayectoria definida, negando de esta manera que el electrón tenga órbitas establecidas. La ecuación que acuña describe el progreso de la función de onda de un corpúsculo sometido a un determinado potencial. En las palabras más sencillas y clarificadoras de Raymond Chang²⁰ (1951-), químico de cabecera en las ingenierías por su libro de texto *Química*, la ecuación de Schrödinger especifica los posibles estados energéticos en que el electrón del átomo de hidrógeno puede ocupar e identifica las funciones

¹⁹ Edwin Schrödinger, *Ciencia y humanismo*.

²⁰ Chang tiene libros publicados sobre pintura, sobre el chino mandarín e inclusive una novela.

de onda correspondientes. Cabe mencionar, como dato curioso, que dicha ecuación es aplicable para el átomo de hidrógeno, que solo tiene un protón y un electrón, no así en los átomos que tienen más de un electrón. Schrödinger contribuye a desarrollar la teoría cuántica (la cual indica que no se puede precisar la posición del electrón en un átomo) y la teoría de los colores. En su opúsculo antes citado alude a la felicidad del hombre y su relación con la ciencia, llegando a una triste conclusión: “Considero [...] muy dudoso que la felicidad de la humanidad haya aumentado gracias a los progresos técnicos e industriales que ha aportado el rápido auge de la ciencia natural”. Sostiene que el valor de la ciencia natural es el mismo que el de cualquier otra rama del saber humano y que ninguna de ellas posee dicho valor si no están unidas. Él lo dice mejor: “Este valor tiene un definición muy simple: obedecer el mandato de la deidad délfica: conócete a ti mismo”.²¹

Y si retrocedemos unos cuantos siglos, podremos darnos cuenta del desarrollo del quehacer humano en diferentes personalidades que aglutinaban el mundo en sus palabras. Hagamos un recuento cronológico partiendo de las raíces del mundo occidental, los griegos, a los cuales Hans-Georg Gadamer atribuye el concepto de ciencia, la capital del espíritu griego que gesta lo que hoy asimilamos como cultura occidental.

Con la obra de Tales de Mileto (639-547 a. C.) se inicia históricamente la etapa madura de la filosofía. Se le atribuyen la creación de la física, la astronomía y la geometría. Tales enunció la teoría de los eclipses, sostuvo que el origen de todas las cosas es el agua y esbozó los principios de la geometría deductiva. Formuló también un teorema que lleva su nombre, el cual afirma que si dos o más rectas paralelas son cortadas por dos secantes los segmentos correspondientes determina-

²¹ *Idem.*

dos sobre cada secante son proporcionales. Acto seguido su discípulo Anaximandro (610-546 a. C.), destacó como filósofo, matemático y geógrafo. Anaximandro formula la teoría de la materia imperecedera; demuestra que la Luna refleja la luz del Sol y que la Tierra es redonda. Es reconocido por inventos como el reloj de sol y los mapas geográficos. Para terminar con los griegos conviene recordar a otro pensador oriundo de la misma ciudad que los anteriores. Anaxímenes (585-524 a. C.) es el filósofo del aire que además pertenecía a la escuela Jónica fundada por Tales. Anaxímenes sostiene que toda la materia tuvo su origen en el aire y que todas las cosas se derivan de él ya sea por compresión o dilatación. En su obra *De la naturaleza* supone que los animales proceden de los peces, sugiriendo de alguna manera ambigua los conceptos de transformación y evolución.

Aprovechándonos de nuestra máquina del tiempo discursiva, demos un salto de casi dos mil años y detengámonos en Pascal (1623-1662), un prodigio de la física y las matemáticas que antes de los quince años había descubierto los principios de la geometría enunciados por Euclides. Científico y metafísico jurado, Pascal demuestra el teorema del hexágono que lleva su nombre, según el cual los tres pares de lados opuestos de un hexágono inscrito en una cónica se cortan en puntos alineados. Pascal comprueba las hipótesis de Torricelli sobre la presión atmosférica y contribuye enormemente a la hidrostática con su *Tratado del equilibrio de los líquidos*, estudio que calcula la presión atmosférica y realiza observaciones sobre la estática de fluidos. Su obra filosófica es una apología del cristianismo y sin duda su gran contribución a la literatura son sus *Pensamientos*, lúcidas navajas por las que vale la pena vivir, sobre todo cuando estamos solos.

Unos cuantos siglos antes, entre los siglos XI y XII, destacará una personalidad increíblemente universalista: Omar

Khayyam (1050-1122), quien en sus *Rubaiyyat* –forma poética persa que consta de estrofas de cuatro versos– cifrará reflexiones axiomáticas orientadas al goce de las pequeñas alegrías de la vida con sus instantes fugaces y felices, sentenciando la imposibilidad del hombre de alcanzar conocimientos ecuménicos y reflexionando sobre la condición humana a través del festejo, el vino y las mujeres: la suprema embriaguez. Khayyam cultivó las matemáticas y la astronomía, disciplinas que enriqueció con sus obras: *Demostración de problemas de álgebra*, *Tablas astronómicas*, *Método para la extracción de raíces cuadradas y cúbicas*, *Tratado sobre algunas dificultades de las definiciones de Euclides*, entre muchísimas otras. Modificó el calendario musulmán, estudió derecho, ciencias naturales, metafísica y ética. Un espíritu aglutinante y humilde según los libros. Este sabio árabe era heredero de la tradición persa, riquísima cultura que vio florecer la inteligencia de Avicena (980-1037), escritor del científico texto en prosa poética *Libro de la curación*, en quien convergen la psicología, la música, la astronomía, la lógica, la geometría y desde luego el misticismo.

René Descartes (1596-1650) haría su parte siglos después. Fundador de la geometría analítica, acuña el plano cartesiano y corona el escepticismo con su duda metódica. *El discurso del método* inaugura el método científico del que somos deudores.

Por su parte Richard Wagner (1813-1883), compositor alemán (*El anillo de los Nibelungos*, *Tristán e Isolda*), fue también un escritor visionario. Con *La obra de arte del futuro* destacó la importancia de conectar las disciplinas artísticas para la elaboración de un arte vanguardista. El libro, poco menos que imposible de conseguir en castellano, es formidable.

Siguiendo con alemanes, resulta imposible no mencionar a Johann Wolfgang von Goethe (1749-1832), maestro de las letras que poseía un conocimiento erudito en botánica, geología, anatomía, mineralogía, física, química, política y diversos campos

administrativos. Además de escribir obras insignes de la literatura como el *Fausto* y el *Werther*, publica sus investigaciones sobre ciencias naturales mediante *La metamorfosis de las plantas* y lo que él consideraba su obra cumbre, la *Teoría de los colores* (un libro verdaderamente extravagante). Estos detalles lo tornan un ensayista científico poco común, actividad que se ve ensombrecida por su terco afán de refutar a Newton.

Se tienen noticias de los estudios realizados por Novalis (1772-1801) en matemáticas, física y biología a través de su *Borrador general*. (Publicado en español bajo el nombre de *La enciclopedia*.) Como podemos ver, el sueño de los poetas (*intelligentsia*) también produce números, no solo monstruos o descripciones del camino a Xanadú.

Charles Nodier (1780-1844), francés considerado el padre de la “literatura frenética”, no solo escribió relatos de fantasmas y vampiros; era a su vez entomólogo, herborista y gozaba de gran prestigio como bibliotecario.

Inmersos en esta somera revisión histórica, resulta obligatorio recordar a un verdadero mago del conocimiento: Alexander von Humboldt (1769-1859). Geógrafo, naturalista, explorador y viajero como pocos, Humboldt es considerado el padre de la geografía. Sus aportes a la antropología, la etnografía, la física, la zoología, la mineralogía, la astronomía, la botánica, la oceanografía, la climatología y la vulcanología son tan indispensables como luminosos. Enfrentarse siquiera a la más escueta de sus biografías es una experiencia apabullante. Un viajero metafísico y, en opinión de cierta historiografía intelectual, el último ilustrado. Entre otras maravillas Humboldt publica los asombrosos y revolucionarios libros *Viajes a las regiones equinociales del nuevo continente* (1807) y el *Ensayo político de la Nueva España* (1811), documento tan cercano y sensible a la historia mexicana. No conforme con ello, gracias a la labor del profesor Ottmar Ette, está por republicarse

su monumental obra *Kosmos, summa* de la experiencia vital humboldtiana.

Emile Zolá (1840-1902) es otro caso de la inserción de dominios científicos en la literatura. Considerado el padre del naturalismo literario, conjunta en su literatura el determinismo de la medicina con sus dotes narrativas, cota que explotarían los también médicos y escritores William Carlos Williams, Mijail Bulgakov o el brasileño Moacyr Sciliar.

Edgar Allan Poe (1809-1849), por su parte, cuenta lo suyo en *Eureka*, ensayo sobre el universo material y espiritual que representa la astronomía, disciplina de la cual era estudioso y aficionado. En este texto es frecuente encontrar referencias a Hume, Laplace, Newton, Kepler y a Humboldt, nombres que, sin embargo, eran más que *vox populi* en la época. Habrá que ser justos: para nadie es una novedad la existencia de dicho ensayo; sin embargo esto no es todo respecto a las capacidades intelectuales de Poe.

Gracias a Stephen Jay Gould, en mi opinión uno de los mejores ensayistas en lengua inglesa de la segunda mitad del siglo XX, tenemos información digna de azotarnos contra el suelo. Por este científico sabemos (al menos yo) que el escritor de *El cuervo* y de algunas de las narraciones más memorables de la literatura occidental estuvo relacionado con el estudio de las conchas marinas. Se trata de una realidad ignorada que ratifica su universalidad. Aclaro. En su libro *Dinossauro No Palheiro*,²² publicado por la Companhia das Letras, Gould, en un ensayo que considero amén de placentero iluminante y prodigioso, valiéndose de su amplio conocimiento sobre el tema y de datos interesantísimos (el primer libro de Poe, el tiraje, precio y portada), nos hace saber cuál fue el único libro que se reeditó mientras vivió: un manual

²² Edición brasileña del libro *Dinosaur in a haystack*.

escolar de malacología²³ testácea, *The conchologist first book*, publicado por primera vez en 1839, reeditado en 1840 y por vez tercera en 1845. Mucho han especulado sus biógrafos sobre este libro pero las certezas son discretas. Se ha dicho que este libro no es sino un plagio de una obra fundamental de entonces (*The conchologist's text-book*)²⁴ del investigador inglés Thomas Brown; se ha dicho también que Poe solo fue un prestanombres y que en realidad el libro pertenecía a Thomas Wyatt; se dijo también (Poe en un diario) que era un libro hecho entre Wyatt, un fulano de nombre McMurtrie y el dipsómano de Baltimore y que éste únicamente había escrito un breve prefacio y una introducción. Se afirmó que era algo irrelevante en su carrera literaria y que su trabajo se reducía a realizar la traducción del francés de los relatos de animales de Georges Cuvier; se dijo, en definitiva, que el libro era una mancha, un desatino y error en su carrera que no valía la pena siquiera considerar. Gould niega tal juicio y revalora la importancia de la obra, ya que en su opinión la creación (ya sea de Poe y Wyatt o inclusive sea un reciclaje del trabajo de Brown)²⁵ es digna de encomio por la siguiente razón: la obra en cuestión es un intento por estudiar no solo la conquiliología (estudio de las conchas de los moluscos) sino también la malacología (estudio de los aspectos biológicos de dichos animales) para así observar un estudio más amplio de tales organismos. De acuerdo con Gould, el libro propone

²³ Estudio de los aspectos biológicos de los moluscos.

²⁴ Gould nos dirá que, en efecto, cerca de tres párrafos revelan préstamos, así como algunas láminas del libro de Brown, dispuestas en orden inverso. Sin embargo, como él mismo señala, él no va a juzgar ni a exonerar a Poe. Y yo tampoco.

²⁵ Gould menciona que en la copia personal de Poe éste tenía una corrección a lápiz que decía algo como “Agradecemos también al señor T. Brown, cuya excelente obra tomamos por base”.

un tratamiento más completo e innovador para el análisis de tales organismos. En cualquier caso el hecho importante es constatar el interés palpable de un literato por el conocimiento científico, situación que no debería extrañarnos ni considerarla obtusa, ya que como señalaba el mismo Gould en el epígrafe de este capítulo, no debería parecernos insólito que personalidades que han cultivado alguna rama del conocimiento puedan también destacarse en un campo distinto a su profesión primaria, así sea en cuestiones aparentemente disímiles. Gould señala y ensalza al final de su ensayo la dualidad de Poe, pero dejemos que él termine la idea (después de todo es el autor de tan altísimo trabajo) diciendo que Poe es ahora una suma: “definitivamente unido en una alianza de contrarios; negro y blanco, ciencia y literatura, naturaleza y cultura. ¿Quién no aplaudiría tal yuxtaposición”.

En nuestro siglo tenemos el ejemplo parecido de Boris Vian (1920-1959), escritor francés (*Que se mueran los feos, El lobo-hombre*) que fue un destacado saxofonista (tocaba jazz), crítico musical e ingeniero de profesión. Ingeniero como también lo era el intelectual mexicano Jorge Cuesta, poeta que realizó estudios en química e intentó detener la oxidación de los cuerpos. Un escritor que leía igualmente a Mallarmé que el tratado de química de Benjamin Richter. Era conocido como “el más triste de los alquimistas”. Por la misma línea circulaba otra inteligencia interesante, Robert Musil (1880-1942), autor de *El hombre sin atributos*. Musil se licenció como ingeniero en el Politécnico de Viena y después se doctoró en psicología. Robbe Grillet (1922-2008), escritor de *La celosía*, fue a su vez ingeniero agrónomo.

El francés Raymond Queneau (1903-1976) además de desempeñarse como literato, escribió un libro de matemáticas: *Bord*. Editó una enciclopedia científica y fue fundador del ínclito e impresionante OULIPO (Ouvroir de Litterature

Potentielle, Obras de literatura potencial), organismo-taller dedicado a realizar investigaciones matemático-literarias absolutamente delirantes.

Guillermo Enrique Hudson (1841-1922), escritor y naturalista argentino que escribió su obra en inglés, efectuó notables trabajos en ornitología. Juan Rodolfo Wilcock (1919-1978), filoso escritor rioplatense que escribió la mayor parte de su fantástica obra en italiano, se recibió en su juventud como ingeniero civil. Ernest Jünger (1895-1998), además de novelista y ensayista, fue un destacadísimo estudiante de zoología. Arno Schmidt (1914-1979), autor alemán para cuya literatura la palabra milagro no será nunca suficiente, fue astrónomo y matemático.

Otra figura depositaria de las “dos culturas” fue Pierre Teilhard de Chardin (1881-1955). Apologista y hombre de ciencia, Teilhard es notable por la conjunción que realiza más allá de las puras disciplinas académicas. Este filósofo, químico, físico y sobre todo paleontólogo añade la teología al campo de sus dominios. Fue un sacerdote destacado, amante del conocimiento que no vaciló al investigar los orígenes físicos de la especie humana. Se doctora con una tesis sobre mamíferos y dentro de su pensamiento filosófico sostiene, como santo Tomás, que el hombre alcanza a Dios a través de sus criaturas. Su trabajo paleontológico fue importantísimo. Es él quien descubre (o desentierra) al ahora falaz hombre de Pekín.

Acaso el mejor ejemplo del pensamiento científico emparentado con una sensibilidad artística y con una intuición estética sea el de Galileo Galilei²⁶ (1564-1642); físico y astrónomo célebre, entre otras cosas, por descubrir el isocronismo del pé-

²⁶ Famosa es la frase de Galileo referida hasta el hartazgo sobre el mundo como libro. Cito de memoria: “Este gran libro está escrito en el lenguaje de

dulo, por formular leyes que rigen la aceleración en la caída de los cuerpos y por difundir las ideas de Copérnico. Este pensador florentino conjuga su actitud estética con la científica, expresando sus certeras opiniones sobre artes plásticas y literatura. De acuerdo con Aleixandre Koyré, Galileo habría recibido una formación más artística que científica. Su padre era músico y su educación fue eminentemente literaria. En la provocadora opinión de Italo Calvino, Galileo es el más grande escritor italiano que el mundo ha visto.

El naturalista suizo Konrad Gesner (1516-1565), por otra parte, es una muestra fabulosa de la capacidad enciclopédica del ser humano. En su obra *Historia animalium* (publicada en cuatro tomos a lo largo de su vida), Gesner compendia toda la información posible hasta su época acerca de los animales conocidos. Ordena la información disponible en distintos idiomas y retoma las opiniones de los antiguos y los modernos para manufacturar una *summa* que no se constriñe a la fisiología de los animales o a sus rasgos metafóricos, sino que incluye las etimologías de cada uno de los nombres, sus representaciones artísticas más conocidas (cabe mencionar que su conocimiento es exhaustivo) y da cuenta de las leyendas y los mitos directa o indirectamente relacionados con cada uno de los animales. En más de un sentido, la *Historia* de Gesner es una enciclopedia imposible, un libro *casi* infinito que no hace distinciones entre el carácter científico y el literario de la obra, que se presenta al lector como una totalidad textual que rebasa por su naturaleza cualquier esquematismo.

las matemáticas, y sus caracteres son triángulos, círculos y otras figuras geométricas". Es posible cotejar la frase, siempre en distintos espacios del conocimiento, en trabajos como los de E. R. Curtius, S. J. Gould, U. Eco, J. L. Borges y Raúl Dorra, entre otros.

Lewis Carroll (1832-1898) fue un matemático reconocido que pasó la mayor parte de su vida dando clases en Oxford. De hecho existen bastantes interpretaciones de su obra desde perspectivas evolucionistas, filosóficas y matemático-logísticas, como la muy estimulante *Alicia anotada* de Martin Gardner.

Nicanor Parra (1914-), forjador de la antipoesía, realizó estudios en física y matemáticas y fue profesor de física teórica en la Universidad de Chile.

Modelos como los anteriores existen mil y uno. Están a la vista pruebas palpables de que tanto científicos como humanistas han explorado los caminos disociados del saber, armando lo que saben hacer: conocimiento, sin etiquetas separatistas ni jerárquicas. Paul Valéry (1871-1945) es un buen ejemplo de ello. Poeta, dramaturgo y matemático aficionado, sostenía que todo poema que no contara con la *precisión* de la prosa no valía la pena. Bertrand Russell (1872-1970) es otro ejemplo acabado; premio Nobel de literatura en 1950, escribe entre otras *La conquista de la felicidad*, *Mística y Lógica*, los ensayos filosóficos *Religión y Ciencia*, *El conocimiento humano* y su obra capital *Principia Mathematica*, realizada en coautoría con Alfred Whitehead.

Pero basta de ejemplos. Queda claro que nuestros conocimientos no son sino una y la misma cosa, palabras con sentido, intuiciones devoradoras, fuertes como pilares de hierro y fugaces como el verbo, en el aire y el instante.

Más vale aceptarlo de una vez: la ciencia aun en sus más rígidas y abigarradas apreciaciones es falible, y muchas veces necesita de un evidente sostén ideológico que le permita establecer comunicaciones y discordancias entre otros juicios críticos para madurar su pensamiento. Las humanidades, por su parte, necesitan la claridad y el rigor de las ciencias naturales sin perder de vista sus especificidades constitutivas.

Solo mediante una dinámica de acuerdos y desacuerdos será posible avanzar hacia una ciencia integral. El humanista contemporáneo, entre otras cosas, deberá ser un especialista en generalidades. El dueño de nada.

Regreso ahora al libro de E. O. Wilson, *Consilience. La unidad del conocimiento*, tentativa por unir los saberes en la que podemos leer frases como la siguiente:

La mayor empresa de la mente siempre ha sido y siempre será el intento de conectar las ciencias con las humanidades. La actual fragmentación del conocimiento y el caos resultante en la filosofía no son reflejos del mundo real, sino artefactos del saber [...] No se puede adquirir una perspectiva equilibrada estudiando las disciplinas a retazos, sino a través de la búsqueda de la consiliencia entre ellas.²⁷

A primera vista, la intención de Wilson no puede sino ser plausible y estimulante: su interés es conciliar el saber en una misma matriz rescatando un término del mineralogista anglicano y jurado conservador William Whewell (1794-1866). El término significa literalmente “saltar juntos”, es decir, la conexión de hechos y teorías de distintas disciplinas para crear un terreno común de respuestas. Hasta aquí no parecería existir problema alguno, sin embargo instantes después Wilson escribirá:

La filosofía, la contemplación de lo desconocido, es un ámbito que se está reduciendo. Tenemos el objetivo común de convertir en ciencia tanta filosofía como sea posible. Si el mundo funciona realmente de manera que fomenta la consiliencia del conocimiento, creo que la empresa de la cultura acabará por

²⁷ Edward Wilson, *Consilience. La unidad del conocimiento*.

caer dentro de las ciencia, es decir, de las ciencias naturales [...] En el proceso, las humanidades, que van desde la filosofía y la historia hasta el raciocinio moral, la religión comparada y la interpretación de las artes, se acercarán más a las ciencias y en parte se fusionarán con ellas.

El problema de Wilson es evidente. Además de ser un practicante de la razón instrumental (con un sectarismo no precisamente velado), la principal insuficiencia de su propuesta radica en que pretende homologar las diferencias entre los saberes, desconociendo así las diferencias constitutivas de cada campo. Su idea de integración del saber supedita la multiplicidad del conocimiento a la ciencia natural, de ahí que más que un ejercicio de conjunción lo que realice con su consiliencia sea una reducción: su propuesta etiqueta y jerarquiza con muy claras intenciones. Este argumento, cargado de buenos deseos, no podía desde luego pasar por alto a la mirada de S. J. Gould, quien en su último libro (publicado póstumamente), dedica una parte considerable del texto a debatir a Wilson. *The Hedgehog, the Fox and the Magister's Pox*²⁸ es el testimonio de un humanista ansioso por zurrir, desde el reconocimiento de la diferencia, la brecha entre las ciencias y las humanidades. No ahondaré demasiado en las críticas de Gould —la riqueza y la

²⁸ El título está tomado de un canónico ensayo de Isaiah Berlin —*El erizo y la zorra*, que es una reflexión sobre la filosofía de la historia en la obra de Tolstoi— que a su vez es un verso del poeta y mercenario griego Arquíloco (712-664 a. C.): “la zorra sabe muchas cosas, pero el erizo sabe una importante”. Berlin, a partir de tal dicotomía, procede de manera asaz aventurera a colocar filósofos y escritores en uno y otro bando, hecho que motiva a Gould a sublimar tal dicotomía y a identificar a la ciencia con el erizo y a las humanidades con la zorra. Conviene apuntalar, para cerrar con este ejercicio de erudición excéntrica, que anterior a Gould el italiano Paolo Rossi había recurrido a la imagen recuperada por Berlin en su libro *Las arañas y las hormigas. Una apología de la historia de la ciencia*.

complejidad del libro, empezando por el título, exigirían otro ensayo como éste—. Me basta con traer una cita a cuento y recomendar la lectura del libro:

We can break these old bones of recrimination, and become equal partners in unity, if we practice, simultaneously, both sides of a superficial contradiction with deeper underlying consonance: that is, if we can enjoy our fusion in intentions, motives, and several aspects of creative practice [...] but also respect our discreteness and separation as guardians of distinct magisteria charged with the exploration of logically different kinds of questions.²⁹

Entonces, en un panorama convulso como el que se nos presenta donde incluso entre los argumentos que pretenden comunicar las ciencias con las humanidades hay diferencias abismales, ¿en dónde podremos hallar un conocimiento aglutinante? Creo que la posibilidad tangible la encontraremos en la unión de los saberes, en la reconciliación de las disciplinas que sin embargo no dejen de reconocer y practicar sus diferencias: la ciencia y la literatura son dominios desiguales pero no excluyentes. Solo de esta manera será posible aspirar a entender al hombre, tanto en su racionalidad como en su emotividad, en su situación multifacética, metafísica y mundana. Edgar Morin ha sostenido que el ser humano es plenamente físico y

²⁹ Stephen Jay Gould, *The Hedgehog, the Fox and the Magister's Pox*. "Podemos romper estos viejos lazos de discriminación, y devenir socios iguales en la unidad si practicamos, simultáneamente, ambos lados de la contradicción superficial con una profunda y subyacente consonancia: es decir, si podemos disfrutar nuestra fusión en intenciones, motivos y distintos aspectos de la práctica creativa [...] pero al mismo tiempo guardamos nuestra discreción y diferencia como guardianes de distintos magisterios armados con la exploración de la lógica particular de las distintas preguntas." La traducción es mía.

plenamente metafísico, plenamente biológico y plenamente metabiológico: un entrecruce de vastedades.

Es medular tener en cuenta los cambios en el objeto de estudio así como en las transformaciones del sujeto en relación con el objeto. Es un hecho que cada día que pasa la brecha entre el conocimiento y la aprehensión de éste se vuelve complicada y espinosa, casi imposible, dejándonos desamparados ante el torbellino descomunal de información que se multiplica exponencialmente. Lo relevante ahora no es solo estudiar la naturaleza en sí misma sino la parte de ella que el hombre puede conocer y comprender, la pequeña zona de competencia que le atañe al investigador en relación con la totalidad que lo rodea, que es también la confrontación del sujeto consigo mismo. El mismo Schrödinger sostuvo: “Parece claro y evidente, pero hay que decirlo: el saber aislado, conseguido por un grupo de especialistas en un campo limitado, no tiene ningún valor, únicamente su síntesis con el resto del saber”, ya que como sabemos esta síntesis, este constante aprendizaje, no tiene otra función que explicarnos a nosotros mismos, comprendernos y erigir un saber que nos contenga y tal vez con ello consiga tornar la existencia una estancia menos dolorosa y absurda. Es necesario que el discurso científico adopte la teoría para poder bastarse; que regrese al hombre y asuma que es obligatorio integrar al sujeto a todos aquellos fenómenos que lo circundan: es necesario que interpretemos y transformemos, que afinemos y *metabolicemos* nuestras capacidades de interpretación y correlación.

Escribió Elias Canetti en su ensayo “La profesión del escritor”:

En un mundo consagrado a la especialización y el rendimiento [...] en un mundo que prohíbe cada vez más las metamorfosis por considerarlas contrarias al fin único y universal de la producción; que multiplica sus medios autodestructivos a la vez

que intenta eliminar el resto de cualidades adquiridas tempranamente por el hombre [...] parece un hecho de importancia decisiva el que haya gente dispuesta a seguir practicando esta preciada virtud de la transformación.³⁰

Transformación entendida como trasgresión, transformación como metamorfosis que desafía a la forma, al canon que divide y encajona.

Aprovechemos y sumemos las herramientas de las que disponemos para desentrañar la vida, resolvamos la singularidad y la multiplicidad que fragmenta al hombre: seamos flujo del río continuo. Unamos los términos –ciencia y literatura– atendiendo sus diferencias y especificidades para lograr comprender y justificar nuestro motivo de existir, el pensamiento y la palabra: la más noble herencia de Leonardo.

Bibliografía

- ABBATE, Michele. *Libertad y sociedad de masas*. Amorrortu, Madrid, 1974.
- ALTHUSSER, Louis. *Curso de filosofía para científicos*. Trad. de Albert Roies, Diez, Buenos Aires, 1975.
- BROCKMAN, John. *The third culture*. Touchstone. Simon and Schuster, Nueva York, 1995.
- CANETTI, Elias. *La conciencia de las palabras*. Trad. de Juan José del Solar, FCE, México, 2001.
- CHANG, Raymond. *Química*. McGraw-Hill, México, 1999.
- CHATELET, Gilles. *Vivir y pensar como puercos*. Trad. de José Luis Sánchez Silva, Lengua de trapo, Toledo, 2002.

³⁰ Elias Canetti, *La conciencia de las palabras*.

- CHESTERTON, G. K. *Ensayos*. Col. “Sepan cuántos”, Porrúa, México, 1997.
- DESCARTES, René. *Discurso del método*. Trad. de Manuel García Morente, Tecnos, Madrid, 2002.
- ENZENSBERGER, Hans Magnus. *Los elixires de la ciencia*. Trad. de Ángel Repáraz, Anagrama, Barcelona, 2002.
- FOUCAULT, Michel. *Vigilar y castigar*. Trad. de Aurelio Garzón, Siglo XXI, México, 2001.
- GADAMER, Hans-Georg. *Elogio de la teoría*. Trad. de Anna Poca, Península, Barcelona, 2000.
- . *Estética y hermenéutica*. Trad. de Antonio Gómez, col. Metrópolis, Tecnos, Madrid, 2001.
- GOULD, Stephen Jay. *Dinossauro No Palheiro. Reflexoes sobre história natural*. Companhia das letras, São Paulo, 1997.
- . *The Hedgehog, the Fox and the Magister’s Pox*. Harmony Books, Nueva York, 2003.
- . *Wonderful Life*. Norton, Nueva York, 2007.
- HORKHEIMER, Max y Theodor Adorno. *Dialéctica del iluminismo*. Trad. de Héctor Murena, Sudamericana, Buenos Aires, 1969.
- KOYRÉ, Alexandre. *Estudios históricos del pensamiento científico*. Trad. de Encarnación Pérez y Eduardo Bustos, Siglo XXI, México, 1999.
- KUHN, Thomas. *La estructura de las revoluciones científicas*. Trad. de Agustín Contin, FCE, México, 2000.
- LEZAMA LIMA, José. *La expresión americana*. Letras Cubanas, La Habana, 1993.
- MAYR, Ernst. *Una larga controversia. Darwin y el darwinismo*. Trad. de Santos Casado de Otaola, Crítica, Barcelona, 1992.
- MORIN, Edgar. *Sociología*. Trad. de Jaime Tortilla, Tecnos, Madrid, 2000.
- PAZ, Octavio. *Obras completas*. Vol. II, FCE-Círculo de lectores, México, 1998.
- RICHARDS, Stewart. *Filosofía y sociología de la ciencia*. Trad. de Sergio Fernández, Siglo XXI, México, 2000.

- SCHRÖDINGER, Edwin. *Ciencia y humanismo*. Trad. de Francisco Martín, Tusquets, Barcelona, 1998.
- SNOW, Charles Percy. *The Two Cultures and a Second Look*. Cambridge University Press, Londres, 1969.
- SOKAL, Alan y Jean Bricmont. *Imposturas intelectuales*. Trad. de Joan Carles Vilaplana, Paidós, Barcelona, 1999.
- STEINER, George. *Lenguaje y silencio*. Trad. de Miguel Ultorio, Gedisa, Barcelona, 2000.
- TORIZ, Rafael. "Binomio cuadrado perfecto", *La Ciencia y el Hombre*. Vol. XV, núm. 3 (sep-dic), pp. 11-16, UV, Xalapa, Ver., 2002.
- TORRES, Jurjo. *Globalización e interdisciplinaridad: el currículum integrado*. Morata, Madrid, 1998.
- WILSON, Edward. *Consilience. La unidad del conocimiento*. Trad. de Joandomenec Ros, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 1999.

II. SOBRE LA POESÍA DE LA CIENCIA

La poesía como ciencia es la refinada y pura actividad del demonio.

JORGE CUESTA

Science too can be a source of a esthetic delight.*

JUDIT WECHSLER

Dijo Hume, y dijo mal, que “nada es más peligroso para la razón que los vuelos de la imaginación”.¹ Como muchos otros antes y después que él, Hume fue un espíritu devoto de la razón, quimera proveedora de espejismos y falsas certezas que contribuye –con tenacidad– a ampliar la brecha entre ciencia y poesía, entre el verso y la prosa.

El mundo occidental ha pretendido olvidar que, en principio, la ciencia y la superstición, la magia y las certidumbres se encontraban unidas en la palabra: danza y pensamiento confluentes en la escritura. El logos no distinguía una separación absoluta del *mythos*; los griegos comprendían, como deberíamos hacerlo, que el ser se dice de muchas formas; aguda sentencia que permite conjurar a la ciencia y la poesía a través de un mismo espectro: el del habla y el lenguaje.²

* “La ciencia también puede ser un manantial de gozo estético.” La traducción es mía.

¹ Citado por Feyerabend en *Contra el método*, Ariel, Barcelona, 1989.

² Cito a Borges al respecto: “Ahora, quienes son capaces de mitos no son

Debo señalar, para evitar malentendidos, que no intento bajo ninguna circunstancia caer en relativismos epistemológicos ni sociológicos —esa pasión tan cara a cierta orientación de los estudios culturales— sino recordar que la razón, como develaron los frankfurtianos y como nos reitera de continuo el sentido común, es falible, despótica y hasta engañosa. Deseo ver la poesía en la ciencia con la intención, por una parte, de reafirmar que ambas vías son una manera de dotar de sentido al mundo puesto que tornan habitable la agreste realidad. Por otra, deseo llamar la atención sobre la experiencia fantástica y sensual que entraña explorar la ciencia, similar en muchos sentidos a la pasión literaria. Es un hecho que poetizar, además de sugerir el nombre original de los dioses (sentencia heideggeriana por demás debatible), conlleva la demostración empírica y geométrica —Spinoza— de la divinidad. Pero no solo de la divinidad. Jorge Cuesta, en su extraordinario ensayo “El diablo en la poesía” sostuvo que no hay obra de arte sin colaboración del demonio; que toda poesía, para serlo, deberá ser bella y revolucionaria, es decir, perversa. De allí la cita: “La poesía como ciencia es la concepción cuya fascinante perversidad todavía no llega a admirarse como se debe [...] Esta es la acción científica del diablo: convertir a todo en problemático, hacer de toda cosa un puro objeto intelectual”.³

Entonces, el poeta y el científico pretenden, por distintas rutas, llegar al concepto, fundir el aliento poético y la pasión

capaces de razonar, quienes son capaces de razonar no son capaces de dimensión mítica; pero en Platón todavía podían convivir las dos cosas [...] y después ya no, ya se ha bifurcado el pensamiento. Ya o razonamos o tabulamos, es muy difícil que hagamos las dos cosas a un tiempo, y sin duda los griegos en aquel momento fueron capaces de ambas actividades. Y ahora, si somos capaces de pensamiento abstracto no somos muy capaces de sueños [...] y cuando el poeta razona se siente que está haciendo algo indebido, y cuando un pensador usa parábolas o metáforas, también sentimos que está haciendo algo vedado”.

³ Jorge Cuesta, *Obras II. El equilibrista*.

científica en un gesto que enlace la imaginación con el asombro (en ese sentido Bach, con la fuga, equilibraría ecuaciones; y los silogismos, por obra de Sor Juana, serían de colores).

Por otro lado no pierdo de vista las agudas palabras de Aldous Huxley –cercano a Cuesta en varios puntos– en su formidable ensayo “Ciencia y poesía”, donde leemos asombrados:

¡Cuántas veces se han acordado las nupcias entre la ciencia y la poesía en el espíritu de muchos y ambiciosos jóvenes escritores! Pero también, cuántas veces han fracasado, o, en el caso de llegar a consumarse, cuántas veces no han sido fértiles más que en abortos [...] Puede extraerse poesía de la ciencia, pero sólo cuando la contemplación de los hechos científicos haya modificado, no sólo el arquetipo de las creencias intelectuales del poeta, sino su existencia espiritual misma [...] Los hechos y hasta la jerga particular de la ciencia pueden prestar un gran servicio al escritor que propenda principalmente a la ironía.⁴

Concuerdo con él. Es imposible sustraerse al hecho de que si se pretende conjuntar dominios discursivos, si no excluyentes sí evidentemente distintos, se trate acaso de una pasión irónica animada por quién sabe cuáles y cuántas opacas razones que sin embargo alientan y justifican la vocación de un temperamento tan irresponsable como difuso. Pese a las evidentes asimetrías que revelaría el más ligero análisis, en este ensayo no establezco una distinción precisa, por motivos expositivos, entre la poética de la ciencia y la poesía como actividad científica. Ambas una metáfora de la creación, el asombro y la maravilla: de la filosofía.⁵

⁴ Aldous Huxley, *Música en la noche*.

⁵ Sin ignorar desde luego la cita de Enzensberger: “Las cosas toman otro

La ciencia de la metáfora

Entremos en la metáfora como a un abandonado castillo inexistente.

JOSÉ EDMUNDO CLEMENTE

Acaso para definir la metáfora sea preciso hacerlo en sus propios términos, es decir, metafóricamente. La metáfora es metáfora de sí misma: la metáfora es la ensoñación del lenguaje.

Etimológicamente la metáfora significa transporte; designa la imagen proveniente de la semejanza en la transposición del nombre de un objeto, es una figura de significación (tropo).

En griego moderno la metáfora alude al camión de la mudanza: se trata, sobre todo, de un traslado.⁶

De acuerdo con Helena Beristáin es una “figura importantísima que afecta al nivel léxico semántico de la lengua que se presenta como una comparación abreviada y elíptica”.⁷

Según Hans Blumenberg, quien a lo largo de su obra ha debatido la legitimidad de las metáforas en el lenguaje filosófico y se ha ocupado del término en sus acepciones históricas, metodológicas y filosóficas, el contenido de la metáfora

Determina, como referencia orientativa, una conducta; [las metáforas] dan estructura a un mundo; representan el siempre inexperimentable, siempre inabarcable todo de la realidad.

aspecto cuando cambiamos la dirección de la mirada y, en lugar de examinar la ciencia en la poesía, nos vamos a buscar la poesía en la ciencia”.

⁶ Para ahondar sobre este particular conviene revisar “La retirada de la metáfora”, de Jacques Derrida, en *Los márgenes de la filosofía*.

⁷ Helena Beristáin, *Diccionario de retórica y poética*.

Indican así a la mirada con comprensión histórica de las certezas, las conjeturas, las valoraciones fundamentales y sustentadoras que regulan actitudes, expectativas, acciones y omisiones, aspiraciones e ilusiones, intereses e indiferencias de una época.⁸

Por su parte, para Paul Ricoeur, la metáfora será la “transposición de un nombre extraño a otra cosa que, por este hecho, no recibe denominación propia”.⁹ A esta definición la distingue como solo nominal y no real, puesto que para acceder al plano “real”, aquel que engendra y clasifica la metáfora, es necesario superar la tropología de la mera acepción nominal, lo que conllevaría a analizar la teoría de la producción del sentido metafórico.

Para el ensayista argentino José Edmundo Clemente, en un libro maravilloso que me hizo abandonar sin la menor culpa los farragosos estudios de Ricoeur, la metáfora es la definición poética por antonomasia, puesto que “descubre ángulos inéditos en el lenguaje común que ninguna gramática puede prever”.¹⁰

Empero, más que analizar el concepto de metáfora o buscar una definición retórica, la metáfora a la que me refiero, aquella que habrá de fundar la poética de la ciencia, será la sustentada por Ramón Xirau, adyacente a la razón poética de María Zambrano y al análisis fenomenico-poético de Gaston Bachelard; designación que sabe (*intuye*) que la poesía es conocimiento; que el cantar y el pensar constituyen lo que Martin Heidegger en feliz síntesis denominó acto poético.

Este sentido, para justificarse, confiere, reubica y profesa el alto valor cognoscitivo de la metáfora puesto que, como escribe Xirau, “la filosofía es, también, creación poética; la poesía, cuando

⁸ Hans Blumenberg, *Paradigmas para una metaforología*.

⁹ Paul Ricoeur, *La metáfora viva*.

¹⁰ José Edmundo Clemente, *Geografía de la metáfora*.

lo es de veras, no puede dejar de ser visión de mundo”.¹¹ Idea que logra empatarse con la del sociólogo Edgar Morin al decir que

el ser humano produce dos lenguajes a partir de su lengua: el lenguaje racional, empírico, práctico, técnico; y el lenguaje simbólico, mítico, mágico. El primero [...] se basa en la lógica y trata de objetivar aquello de lo que habla. El segundo [...] trata de traducir la verdad de la subjetividad.¹²

Un personaje perfectamente consciente de la importancia del lenguaje en la construcción de los conocimientos es Paul Feyerabend, quien en el legendario *Contra el método*, además de continuar y transformar la epistemología progresista inaugurada por Thomas Kuhn, critica frontalmente –en sintonía con su modelo anárquico del conocimiento– el manejo del lenguaje en los textos científicos: “No parece sino que el lenguaje ha dejado de ser propiedad de escritores y lectores y ha sido adquirido por las casas editoras, de modo que a los autores ya no se les permite expresarse como ellos consideran adecuado ni hacer sus contribuciones al enriquecimiento de la lengua”.¹³ Este juicio, aplicable desde luego al campo literario, demuestra una preocupación neurálgica por el lenguaje, ese tejido de pasiones en el que están inscritos nuestros conocimientos. Creer y sostener que la ciencia y sus lenguajes son únicamente una práctica ascética, apolítica y pura es hacer de la práctica científica, como tantas veces ha demostrado con fatigosa tozudez Mario Bunge (cfr. *Epistemología*) no solo una deontología moral sino una mística romántica, un credo más que un saber: la ciencia como un acto de fe.

¹¹ Ramón Xirau, *Poesía y conocimiento*.

¹² Edgar Morin, “La fuente de la poesía”, *Amor, poesía, sabiduría*.

¹³ Paul Feyerabend, *Contra el método*.

Al respecto rescato la interpretación de José Ortega y Gasset en su ensayo “Las dos grandes metáforas” en el que se lee lo siguiente:

Quando un escritor censura el uso de metáforas en filosofía, revela simplemente su desconocimiento de lo que es filosofía y de lo que es metáfora [...] La metáfora es un instrumento mental imprescindible, es una forma del pensamiento científico [...] La poesía es metáfora; la ciencia usa de ella nada más. También podría decirse nada menos.¹⁴

Es preciso ahondar en la metáfora puesto que es la columna vertebral no solo del lenguaje —que hace poemas— sino de la poesía —que es posible encontrar en cualquier momento y casi en cualquier circunstancia. Es ella quien funda cualquier poética—. En ese sentido, la ciencia actual, en lo que tiene de verdadera y mitológica, es una espléndida metáfora de incalculables dimensiones: la metáfora no es lo contrario de lo real. El lenguaje, al ser una metáfora de sí mismo, condiciona y orienta la mayor parte de nuestras percepciones, lo que ocasiona que nuestro pensamiento opere de manera metafórica,¹⁵ como ha quedado señalado por George Lakoff y Mark Jonson en su luminoso texto *Metáforas de la vida cotidiana*.

Me parece evidente. Basta pensar en expresiones como agujeros negros, hoyos de gusano, ondas sonoras, moluscos radiados o mecánica de suelos. La poesía está al servicio de la ciencia, intenta explicitar fenómenos o conceptos novedosos para los cuales no existe nombre, de ahí el echar mano de la facultad poética del lenguaje a través de expresiones con una

¹⁴ José Ortega y Gasset, *Ensayos escogidos*.

¹⁵ Este tema abre abismos seductores que obligarían a replantearnos nuestra relación con el mundo a través de una fenomenología por completo

significación previa (o inusitada) que permiten o facilitan no solo una nomenclatura novedosa sino también el proceso de intelección para pensar y comprender un objeto. Por esa razón Ortega asegura que la metáfora es una verdad, un conocimiento de nítidas realidades a tal punto que en algunas ocasiones –las más– el fenómeno referido no puede sino pensarse en función de la metáfora: ésta deja de ser ropaje para representar la esencia: las imágenes son las cosas y las cosas son las imágenes. Ejemplo de ello es la catacresis, figura retórica que a fuerza del uso constante ha dejado de serlo, es decir, la metáfora deja de serlo puesto que se ha desgastado su asociación primigenia y se ha integrado como una expresión más del sentido común. Piénsese en cuellos de botella, nebulosas celestes, vía láctea, etc. La imagen no es otra cosa sino lo que representa.¹⁶

Finalmente el lenguaje no puede sino ser alegórico, críptico y referencial. Es siempre un juego de espejos en el que resulta imposible aspirar a una nitidez fenomenológica, a un estado puro, libre del humus y de las adherencias inherentes a su ontología. “Quizá la realidad también es una metáfora [...] Quizá las cosas no son cosas sino palabras: metáforas, palabras de otras cosas.”¹⁷

Los ejemplos anteriores avalan la relación existente entre ciencia y poesía en la medida en que ambos discursos son expresiones del lenguaje; después de todo las palabras no olvidan cuando eran una misma cosa en juego y verdad, fórmula que Hans Magnus Enzensberger ha practicado en *Los*

novedosa y despiadada: una confrontación con el mundo a través de *otros* lenguajes y nuevas sensibilidades.

¹⁶ Conviene recordar que la palabra *quark*, término fundamental en la física de las partículas, está tomada del *Finnegan's Wake*, de James Joyce, debido a su sonido: “Tree quarks for Muster Mark!”.

¹⁷ Octavio Paz, *El mono gramático*.

elixires de la ciencia, libro en el que podemos leer poemas de contenido científico en donde la poesía funciona como un vehículo para comprender las matemáticas, la química, la física y varias otras disciplinas desde una perspectiva sensual y placentera.

Un ejemplo de poesía que trabaja con contenidos científicos es la obra del romano Lucrecio (98-55 a. C.), quien en *De rerum natura* expresó en verso las doctrinas de Epicuro a través de seis cantos en los que desentraña puntualmente las teorías de su maestro. *De la naturaleza de las cosas* es el ejemplo preclaro de una épica científica y es, a su vez, una obra extraña que sintetiza tanto en su intención como en su composición algunas de las ideas de este ensayo.

Recalco que el propósito de encontrar poesía en la ciencia no puede reducirse a escribir versos de temática científica: eso no tendría nada novedoso y redundaría en una poesía *contentutisa* y panfletaria (a la manera de Erasmus Darwin), meros ejercicios didácticos que por otra parte han sido bastante practicados y, salvo escasas excepciones, suelen arrojar muy ingratos resultados.¹⁸

Lo que propongo, como tantos otros, es mirar y comprender la maravilla de la cristalización de proteínas, la elegancia pendular de los pingüinos o la conformación de las galaxias; se trata de derivar una poética amplia que comprenda en sus dominios la totalidad de la experiencia, una estética de la existencia a la que sea posible acceder a través de la interacción de esos mundos que no han debido estar separados.

Escribe Octavio Paz en su ensayo “Conocimiento, drogas, inspiración”:

¹⁸ Al respecto dice Huxley en su ensayo antes citado: “Los versos inmortales mueren lo mismo que los demás. Una buena dosis de ciencia puede ayudar [...] a abreviar su inmortalidad”.

Hay más de una semejanza entre la poesía moderna y la ciencia. Ambas son experimentos en el sentido de prueba de laboratorio: se trata de provocar un fenómeno, por la separación o combinación de ciertos elementos, [...] el poeta procede con las palabras como el hombre de ciencia con las células, [...] la poesía es un saber; y un saber experimental.¹⁹

Es un hecho que para llegar a tal estado de compenetración será necesario integrar los avances de la ciencia tanto a nuestra compleja visión del mundo en la más inmediata de las cotidianidades, hecho que William Wordsworth demandaba en el “Preface to Lyrical Ballads”:

The remotest discoveries of the Chemist, the Botanist, or Mineralogist, will be as proper objects of the Poet’s art as any upon which it can be employed, if the times should ever come when these things shall be familiar to us, and the relations under which they are contemplated by the following of these respective sciences shall be manifestly and palpable material to us as enjoying and suffering beings.²⁰

La ciencia deberá observar nuestras sensibilidades y reconocer a los sujetos como teleología y punto de partida de sus procesos y sus progresos. Acaso esta apuesta permita validar las palabras de Maurice Blanchot:

Estamos tentados a decir que el lenguaje del pensamiento es por excelencia el lenguaje poético, y que el sentido, la noción pura, la idea, deben convertirse en la preocupación del poeta, siendo esto

¹⁹ Octavio Paz, *Corriente alterna*.

²⁰ En *A book of English Literature*, editado por Snider y Martin, The Macmillian Company, Nueva York, 1943. “Los más remotos descubrimientos

lo único que nos libera del peso de las cosas, de la informe plenitud natural. La poesía cerca de la idea.²¹

Un libro que explora con lucidez, erudición y claridad los componentes literarios de la ciencia es *La ciencia como escritura* de David Locke, quien a través de ensayos precisos orienta y analiza las relaciones entre ciencia y literatura, desarrollando y demostrando la retórica de la ciencia tanto en su construcción como en su representación: “Si el mundo debe apreciar lo que la cultura científica está diciendo, y lo que está haciendo diciéndolo, debe emplear los métodos de la cultura literaria para descubrir cómo lo está diciendo, y cómo lo está haciendo”.²² El libro, desde luego, es inestimable.

Ejemplo de lo anterior es la obra del geógrafo, científico y poeta árabe Al-Idrisi (1100-1165), autor de la célebre *summa* geográfica de su tiempo titulada *Libro de Rogerio; recreo de quien quiere andar la tierra*, territorio en el que además de esbozar una cartografía del mundo conocido en mapas preciosos,²³ escribe, debajo de cada plano, un par de versos.

Conviene mencionar que en aquellas épocas, para ejercer la cartografía, era necesario, ante todo, ser poeta. En mi opinión la cartografía es la conjunción perfecta de la ciencia con la poesía: un lugar portátil para la magia, el conocimiento y la belleza.

Fue John Dryden quien cinceló un mandamiento humanista que aún ahora sigue vigente:

de los químicos, los botánicos y los mineralogistas podrán servir de tan buen tema para el poeta como los demás que hayan utilizado hasta aquí, siempre que tales cosas pueda conseguirse que se conviertan para nosotros, manifiesta y palpablemente, en seres capaces de experimentar alegría y dolor” (traducción de Santor Torroella).

²¹ Maurice Blanchot, *El espacio literario*.

²² David Locke, *La ciencia como escritura*.

²³ Con los otros dos únicos textos con los que he sentido una comunión

A man should have a reasonable, philosophical, and in some measure mathematical head to be a complete and excellent poet, and besides this should have experience in all sorts of humors and manners of men; should be thoroughly skilled in conversation and should have a great knowledge of mankind in general.²⁴

El ser humano, en sus multiplicidades y fragmentos, debe ser uno mismo para poder desdoblarse en otros.

De la poética de la ciencia

Que la poesía requiere método es cosa sabida y evidente. Que en las múltiples instancias de la ciencia (experimento, prueba y difusión) pueda existir una perspectiva poética es lo que se ha querido (de)mostrar en estas páginas. Apuro entonces una referencia magnífica, un libro que exigiría, como tantos otros libros y como tantos otros temas, un examen profundo y meticuloso. (La anécdota de cómo conocí y conseguí el libro bien valdría una crónica.)

Entre 1972 y 1975 la investigadora americana Judith Wechsler impartiría en el Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT) un curso titulado Sobre la estética en la ciencia y la tecnología.

plenísima debido a su belleza física ha sido con la *Historia animalium* de Honrad Gesner y con las impresionantes litografías de Ernst Haeckel agrupadas bajo el título de *Kunstformen der Natur* (*Obras de arte en la naturaleza*). Sus ilustraciones, muestras de lo más bello entre lo bello del *art déco*, son representaciones alucinantes de medusas, arácnidos, anémonas, tortugas, coníferas y peces entre muchas otras.

²⁴ *A book of English Literature, op. cit.* “El hombre debería tener una mente razonable, filosófica y en cierta medida matemática para ser un íntegro y excelente poeta, además debería tener experiencia en toda clase de humores y costumbres de los hombres; debería ser un excelente conversador y poseer un gran conocimiento de la humanidad en general.” La traducción es mía.

Luego de tal experiencia en 1978 se publicaría la obra que encierra y ejecuta las preocupaciones de este texto. *On Aesthetics in Science* –tarde me he enterado de la versión en castellano publicada por el Fondo de Cultura Económica– es la prueba palpable de que el arte y la ciencia se encuentran plenamente comunicados pese a sus palpables y necesarias diferencias.

Wechsler, con un equipo conformado por dos físicos, un matemático, un psicólogo, un metalúrgico y un científico social, nos *enseña* la belleza de la ciencia a través de los criterios específicos que suele adoptar la práctica científica: elegancia, economía, belleza, simplicidad y correspondencia, criterios que también son cercanos a la literatura y al arte.

La construcción del conocimiento científico, como cualquier otra actividad humana, se encuentra a merced de las afecciones y las abominaciones de los sujetos. La ciencia es una construcción tanto afectiva como intelectual, hecho que por lo general intenta ser negado en las prácticas científicas: “El papel del criterio estético rara vez es mencionado en el corpus de la ciencia y de las matemáticas”.²⁵

Esta obra, además de estimular un diálogo ineludible, aclara los procesos emotivos e intelectuales a los que se enfrenta al sujeto –léase científico o artista– al momento de *crear*. Wechsler sostiene:

We studied “works of science” as one might works of art, examining the relation of form and content, the personal and social context in which a work was created [...]. Viewed as a way of knowing, aesthetics in science is concerned with metaphorical and analogical relationship between reality and concepts, theories and models.²⁶

²⁵ Judith Wechsler, *On Aesthetics in Science*.

²⁶ “Estudiamos las obras de ciencia como alguien podría estudiar las obras

Para Wechsler y sus colaboradores, la estética es entendida como estructura, metáfora, imagen y analogía. Su intención no es estudiar la estética como una disciplina (como sucede en la filosofía) sino asimilarla como una herramienta de conocimiento, como un modelo de delimitación y elección.

Desde esta perspectiva, la propuesta del libro coordinado por Wechsler, que desea percibir los procesos estéticos que influyen en los descubrimientos y la construcción de la ciencia, afecta y transforma no solo la relación del científico con su práctica sino también ocasiona un viraje epistemológico radical: la ciencia, entonces, como reflejo de nuestras pasiones, como una visión de mundo *manufacturada*, no presupuesta.

El libro contiene seis ensayos que van de la racionalidad a la intuición, de Borges a la teoría de los cuantos, de la simetría al arte, de la jerarquía y las relaciones estructurales a las asociaciones analógicas y metafóricas, de las matemáticas al inconsciente, de la taxonomía de la imaginación al árbol de la naturaleza de Darwin, del descubrimiento a la invención, del asombro al conocimiento: del asombro a la belleza. No es exagerado decir que la mirada del científico en mucho se asemeja a la mirada del esteta.

Finalmente, para cerrar este ensayo, quisiera referirme a un extraordinario experimento preparado por Stephen Jay Gould y la fotógrafa Rosamond Wolff Purcell.

Crossing over: where Art and Science meet es un formidable gabinete de curiosidades (*cabinet des curiosités* o *Wunderkammer*) que, a través de fotografías y textos comu-

de arte, examinando la relación de forma y contenido y el contexto personal y social en el cual un trabajo fue creado [...] Vista como un modo de conocimiento, la estética en la ciencia se ocupa de la relación metafórica y analógica entre la realidad y los conceptos y las teorías". La traducción es mía.

nicados pero independientes, mina una vez más la falsa dicotomía entre el arte y la ciencia, la naturaleza y la mente. No exagero al decir que el libro es impresionante y espléndido, tanto por los ensayos que lo componen –siempre un aprendizaje a través de una erudición fresca y extravagante– como por las fotografías –verdaderos instantes de seductora excentricidad. El libro como objeto es ya una obra de arte.

Con todo, debido a la disposición de la información, me parece que el objetivo principal de los autores no es convencer al lector de que el arte y la ciencia están comunicados, cosa que de hecho sucede. Creo que el deseo que anima al libro es la posibilidad de una mirada, esa inquietud del temperamento para observar la realidad y sus alrededores con una visión más amplia y más plena.

No otra ha sido mi intención al intentar comprender la poesía y la poética subyacentes a la ciencia: un ensanchamiento de la experiencia que nos recuerde, en su acontecer, que nuestras creaciones y las de la naturaleza son parte de la heredad que nos corresponde por el hecho bellísimo y miserable de ser mortales.

Bibliografía

- BERISTÁIN, Helena. *Diccionario de retórica y poética*. Porrúa, México, 2001.
- BLANCHOT, Maurice. *El espacio literario*. Trad. de Vicky Palant y Jorge Jinkis, Paidós, Barcelona, 1992.
- BLUMENBERG, Hans. *Paradigmas para una metaforología*. Trad. de Jorge Pérez de Tudela Velasco, Trotta, Madrid, 2003.
- BORGES, Jorge Luis. *Borges en la Escuela Freudiana de Buenos Aires*. Agalma, Buenos Aires, 1993.
- CUESTA, Jorge. *Obras II. El equilibrista*. México, 1994.

- ENZENSBERGER, Hans Magnus. *Los elixires de la ciencia*. Trad. de Ángel Repáraz, Anagrama, Barcelona, 2002.
- FEYERABEND, Paul. *Contra el método*. Trad. de Francisco Hernán, Ariel, Barcelona, 1989.
- GOULD, Stephen Jay y Rosamond Wolff Pourcell. *Crossing over: where Art and Science meet*. Three Rivers Press, Hong Kong, 2000.
- HEIDEGGER, Martin. *Arte y poesía*. Trad. de Samuel Ramos, FCE, México, 2002.
- HUXLEY, Aldous. *Música en la noche*. Trad. de Santor Torroella Caralt, Barcelona, 1980.
- KOYRÉ, Alexandre. *Estudios históricos del pensamiento científico*. Trad. de Encarnación Pérez y Eduardo Bustos, Siglo XXI, México, 1999.
- KUHN, Thomas. *La estructura de las revoluciones científicas*. Trad. de Agustín Contin, FCE, México, 2000.
- LOCKE, David. *La ciencia como escritura*. Trad. de Antonio Méndez Rubio, Cátedra-Universitat de València, Madrid, 1997.
- MORIN, Edgar. “La fuente de la poesía”, *Amor, poesía, sabiduría*. Trad. de Seix Barral, Seix Barral, Barcelona, 2000.
- ORTEGA Y GASSET, José. *Ensayos escogidos*. Aguilar, Madrid, 1967.
- PAZ, Octavio. “Conocimiento, drogas, inspiración”, *Corriente alterna*. Siglo XXI, México, 2000.
- . *El mono gramático*. Seix Barral, Barcelona, 2001.
- RICOEUR, Paul. *La metáfora viva*. Trad. de Agustín Neira, Trotta, Madrid, 2001.
- SCHRÖDINGER, Edwin. *Ciencia y humanismo*. Tusquets, Barcelona, 1998.
- WECHSLER, Judith. *On Aesthetics in Science*. MIT, Cambridge-Londres, 1981.
- XIRAU, Ramón. *Poesía y conocimiento*. El Colegio Nacional, México, 1993.

III. LA DIVULGACIÓN CREADORA: UNA APROXIMACIÓN LITERARIA A LA CIENCIA

... e fa la lingua mia tanto possente,
ch' una favilla sol de la tua gloria
possa lasciare a la futura gente.*

DANTE

Alguna vez, en la primavera de nuestra lengua, la palabra fue carne y juego. Aquellos encargados de transmitir el canto eran, en esencia, figuras de carnaval, divertimentos ocasionales. Al verbo lo habitaba la música, carácter lúdico a flor de piel.

Los juglares, situados de acuerdo con Antonio Alatorre alrededor de los siglos XIII y XIV, eran el saber y el recreo de la gente, medio de comunicación masiva; músicos, poetas o comediantes de feria encargados de relatar, en verso, noticias nuevas y temas de interés para el gran público; danza perpetua que transmitía el arte y el conocimiento desnudando entre maromas y artificios a la poesía de la vida.¹

* "... y haz la lengua mía tan potente, / que una chispa tan sólo de tu gloria / pueda dejar a la futura gente". Citado por G. Steiner. Cfr. "El silencio del poeta", *Lenguaje y silencio*.

¹ Vale mencionar que la labor de los juglares consistía en referir las gestas heroicas de los guerreros; se trataba de canciones o poemas de carácter épico que propagaban leyendas e historias. Los juglares eran los difusores por excelencia. El conocido *Cantar de mio Cid*, piedra de toque de la literatura castellana, fue divulgado por estos personajes.

Siguiendo con la arqueología de la lengua, tiempo antes, probablemente entre los siglos X y XI de la España medieval, una práctica aislada devendría costumbre. Entre los pocos elegidos que tenían acceso a los libros, se instauraba el hábito de glosar los textos latinos, es decir, algunos amanuenses con el afán de explicitar, traducir o descifrar alguna voz, comenzaron a escribir al pie de página y en lengua vernácula sus interpretaciones-traducciones con la finalidad de aclarar oscuros significados. En este sentido nos interesan especialmente las glosas del monasterio de San Millán y las del monasterio de Santo Domingo de Silos por dos razones.² La primera es, como ya se ha mencionado, por su pretensión de hacer comprensibles ciertos textos que de otra manera hubieran sido insondables para las muchas personas de la época que si bien desconocían el latín y algunas otras formas cultas en las cuales se encontraba el saber, hablaban, comían, soñaban y amaban en lengua romance, siendo sujetos, al igual que todos, susceptibles de conocer. Tenemos, pues, a los primeros divulgadores. Y la segunda es porque estas glosas estaban cifradas en español, constituyéndose como el primer manuscrito redactado en nuestra lengua. Estamos, entonces, frente a la primera fuente escrita del idioma, documento primigenio y vertebral del maremagno lingüístico que ahora habitamos.

En la actualidad las cosas no operan así. Se ha puesto de nuevo una pesada coraza sobre el verbo, se le ha robado el movimiento y el juego amarrándosele a la academia, a los libros y eruditos. Se le han impuesto condiciones que, avaladas por mecanismos del poder, seleccionan a los elegidos a través de discursos y filtros institucionales (p. ej., grados académicos, abigarradas especializaciones o exámenes escolares). Se

² El manuscrito de San Millán contiene homilías y sermones de San Agustín, y el de Silos un penitencial para los distintos tipos y grados del pecado.

ha hecho del conocimiento un saber para pocos, únicamente para los capacitados que cuentan con un aval universitario. Esta cuestión resulta fundamental en tiempos en que, como los de ahora, se habla de una distribución social del conocimiento, de democratización de los saberes y de libre acceso a la cultura. Vivimos una época de cambios drásticos donde todos los días suceden incontables descubrimientos imposibles de abarcar. Tecnologías como la televisión y la internet son un medio innegable de distribución del conocimiento, aunque debe acotarse que un saber a medias (léase tendencioso o ideologizante) es siempre peligroso. No obstante la información sigue llegando solo a pocas manos, ya que además de existir problemas de fondo como analfabetismo práctico y funcional, muchos de estos conocimientos y herramientas jamás tocan a la gente. La situación de nuestro país es una incómoda y veraz radiografía. Podemos parlotear copiosamente sobre los alcances epistemológicos del saber, debatir sobre abstracciones filosóficas y artísticas o defender posturas intelectuales pero, mientras existan poblaciones que siguen muriendo por no contar con antibióticos, no podemos hablar de distribución social del conocimiento. Aunque poseamos los instrumentos, si éstos no se utilizan, si no cumplen su función, no se está realizando divulgación ni mucho menos practicando la democracia; cuando más se estará difundiendo, por recurrir a la demarcación hecha por Luis Estrada,³ entre iguales, de científico a científico, de especialista a especialista: la difusión no es divulgación. Penosamente aún en el siglo XXI el puente del castillo sigue estando levantado. La utopía comunicativa de Jürgen Habermas en la que todos nos entenderíamos por dis-

³ Cotéjese su esclarecedor ensayo “La divulgación de la ciencia” contenido en *Antología de la divulgación de la ciencia en México*. La mayor parte del libro es una muy valiosa herramienta.

poner del mismo código sigue y seguirá siendo teórica. El saber permanece en monasterios, conteniendo a los afortunados entre sus muros, abandonando en su miseria a la inmensa mayoría.

Antes de abarcar propiamente lo que significa la palabra divulgar, conviene hacer una pertinente observación: la divulgación, al establecer contacto con el otro, es la cara humana y social de la ciencia. Entonces, en tanto acción social, la divulgación implica contacto, intercambio y relación. La ciencia debe salir a la calle para hablar con la diferencia. Es necesario que el saber se despoje de actitudes arrogantes y quiebre así prejuicios excluyentes para que un mayor número de individuos pueda beneficiarse.

El término divulgar viene del latín *divulgo*, que significa hacer algo público, dar a conocer una cosa. Para cumplir este mandato el panteón griego contaba con Hermes,⁴ mensajero de los dioses encargado de transmitir las palabras de éstos a los hombres, personaje de cuyo nombre se desprendería la palabra hermenéutica (*hermeneutike techné*), disciplina que es en esencia el arte de la interpretación como metamorfosis, pero que descansa, al menos etimológicamente, en la elucidación de los mensajes divinos dados a los hombres.

Creo que las notas anteriores nos permiten acercarnos a una definición. La divulgación consiste en llevar el conocimiento científico a un público general a través de una interpretación; traslada mensajes y códigos específicos con la intención de tornarlos y los hace claros y fieles. La divulgación democratiza el saber y le da vida puesto que lo socializa.

Creo importante mencionar, solo como dato ancilar, dos polémicas dentro de la divulgación de la ciencia: 1) La divulgación científica no es mera traducción (lo que implica ya un

⁴ Hermes equivale dentro de la mitología egipcia a Thoth, creador de la escritura, y al Mercurio romano, deidad de los intercambios y el comercio.

meritorio esfuerzo). La divulgación no consiste solamente en un simple cambio de codificación del discurso; no es un “hacerlo más fácil”, sino hacerlo diferente, una variante distinta para acceder a un determinado conocimiento. 2) La divulgación científica no es una actividad científica. Esta sentencia alude a la postura que sostiene que únicamente la producción de conocimiento es válida, a que solo la investigación es ciencia. Pierre Thuillier en *El saber ventrílocuo* menciona un concepto acuñado por Passmore, la *aristociencia*, que se define como el conocimiento teórico más complejo y más puro del saber que pretende ir a la parte última de las cosas, a lo más abstracto, en donde todo puede y debe ser matematizado. “El gran triunfo, en el fondo, es la página cubierta de ecuaciones complicadas, poniendo en relación cantidades a las cuales el profano es incapaz de atribuir el menor significado intuitivo”.⁵

Conviene señalar que si bien no existe la creación de un producto *per se* y tampoco una formalización lógica en los términos de las ciencias naturales en la divulgación, sí hay un intercambio intelectual, un discurrir de ideas. Luego, en términos estrictos de teoría de la comunicación, sí es una actividad científica. Esta tendencia que considera a la divulgación como algo baladí o minúsculo es común entre los científicos duros, quienes por lo general sostienen que el saber es algo sublime y exquisito, y que para conseguirlo hay que sufrirlo con abigarrados ritos de iniciación. Dichos científicos olvidan que la divulgación pretende informar y debatir, no crear especialistas. Indudablemente existe un horror a la popularización, a que la masa se emancipe. Basta pensar en las constantes trabas que tienen los divulgadores, quienes suelen ser vistos como científicos de segunda o investigadores frustrados. Pese a sus excelentes trabajos, Carl Sagan y Stephen Jay Gould contaron durante toda su vida con

⁵ Pierre Thuillier, *El saber ventrílocuo*.

numerosos detractores. Los policías de la “alta cultura” luchan aguerridamente contra aquellos “arribistas” que pretenden rasgar las sombras y darle voz a los murmullos de conocimiento. En este sentido viene a tono el comentario de Gould: “La popularización de la ciencia en algunos ambientes ha llegado a ser sinónimo de malo, simplista, trivial, banal y adulterado”.⁶

Incluso ahora para divulgar la ciencia se empiezan a exigir papeles. Ya no se podrá enfrentarse como un *amateur* (amante, que es lo que el término significa) a las ideas; se necesitarán papeles, currículos, publicaciones, congresos y cátedras para expresar una opinión de valía. Desde esta perspectiva, la opinión de la sociedad civil responsable e informada vale poco menos que un pepino: se presume la mala y no la buena fe de los interesados.

Sigue imperando, aunque con mayor sutileza y elegancia, la prohibición del discurso. Solo hablan los que están “capacitados”, los sometidos a la tutela del poder discursivo y a las pulimentadas formas de la lengua. La creación de licenciaturas como Ciencias del hogar y Administración del tiempo libre corroboran la pesadilla del hombre moderno: no podrá haber existencia legítima más allá de las instituciones.

Andando este camino que amordaza las voces, en algún futuro próximo sucederá lo que en las películas expresionistas: finalmente nos quedaremos mudos.

Para fortuna de todos nosotros aún subsisten bajo la sombra del juglar espíritus inquietos que desafían las convenciones, que retan y derrotan a los tornadizos rostros de la forma y apuestan por los vasos comunicantes entre la ciencia y su impacto social.

Creo que el ejemplo por antonomasia lo tenemos en el ya citado Stephen Jay Gould, ameno divulgador que, a través de

⁶ S. J. Gould, *La sonrisa del flamenco*.

ensayos dignos de Montaigne, conjunta amenidad y erudición, haciendo parte de sus dominios a la biología, el arte, la literatura, la paleontología, la historia, la filosofía de la ciencia, el béisbol y la cultura popular. Gould no perdió oportunidad de abarcar distintos campos del saber, dejándonos información de primera mano que aun para el más neófito en cuestiones evolutivas e histórico-científicas resultan amigables y comprensibles; lo que le costaría, por otro lado, las críticas severas de un personaje tan interesante como Richard Dawkins. En este punto me detendré muy brevemente.

Como es sabido, el doctor Dawkins, etólogo, divulgador y teórico evolutivo, cobró notoriedad a finales de los setentas debido a un libro tan impresionante como sugestivo titulado *El gen egoísta*, cuya principal aportación al caudal de los estudios darwinistas ha sido la concepción del gen como unidad principal de la selección evolutiva. Para Dawkins, la prosperidad de una especie dependería de su adecuación genética al medio. La imagen que sintetizaría su aportación, de manera rápida, sería la de ver en la gallina un instrumento del huevo para perpetuarse: el domino pleno y absoluto del gen.⁷

Las ácidas disputas entre Gould y Dawkins han sido minuciosamente documentadas en el libro *Dawkins vs. Gould: Survival of the Fittest* de Kim Sterelny; sin embargo, es en *Destejiendo el arco iris* donde Dawkins arremeterá contra la divulgación enarbolada y practicada por Gould, la cual orienta y justifica estas páginas.⁸

⁷ Otra aportación fundamental, en la que por desgracia tampoco me detendré, es la del meme, definido por Dawkins como la unidad teórica de información cultural transmisible. Al respecto existen cascadas de información.

⁸ Me parece importante señalar que las críticas de Dawkins a Gould en este libro son muy precisas. Dawkins refuta tres cuestiones esenciales al trabajo del neoyorkino: a) ¿posee el tiempo una flecha direccional?, b) ¿es interno

Para Dawkins existe mala y buena poesía así como buena y mala ciencia (lo que en sentido estricto no sería ciencia). Dawkins reconoce la existencia de una ciencia poética y la divide en buena —que sería efectiva y didáctica— y mala —que ocasionaría la producción y reproducción de información distorsionada, falible y mentirosa. En sus palabras: “La poesía del evolucionismo general tiene cosas buenas y malas. En conjunto, creo que fomenta más la confusión que la iluminación”.⁹

Evidentemente no podemos confundir las verdades, por poner un ejemplo, de la astronomía con los arrebatos sensibles de la astrología.¹⁰ En este punto es imposible no estar de acuerdo. Sin embargo con lo que resulta igualmente imposible no discrepar es con algunos de sus juicios respecto de la obra de Gould y algunas retóricas de la ciencia. Dawkins, al igual que E. O. Wilson, toma partido franco por la ciencia natural. Más que una conjunción entre ciencia y poesía supedita la segunda a los intereses de la primera: jerarquiza. Así, no titubea en acusar a Blake, Yeats y Keats de botarates por oponerse, literariamente, a los descubrimientos de Newton. En su opinión se trata de un desperdicio de talento poético. Incluso, después de asegurar que D. H. Lawrence es un poeta menor (raro en un científico serio: no nos comparte su rigurosa escala de medición), señala que no habría estado mal que algunos de los versos del bardo, a los cuales sin embargo les reconoce su poder cautivador, hubieran estado nutridos por un par de clases de evolución y taxonomía, falta que torna sus versos “superficialmente acientíficos”. Dawkins, en mi opinión, debe

o externo el motor que impulsa la evolución?, c) La evolución ¿avanza gradualmente o a saltos bruscos?

⁹ Richard Dawkins, *Destejiendo el arco iris*.

¹⁰ Pero no podemos confundirlos sencillamente porque son discursos *diferentes*. La sola pretensión de homologarlos es un desatino.

sentir la poesía con las rodillas; de allí que exija exactitud matemática a los poetas que toquen temas relacionados con la ciencia. En todo caso, el rigor sería un atributo deseable, no obligatorio. Richard Dawkins, como tantos otros científicos y humanistas, no sabe confiar en el misterio. Su pasión por la verdad, en absoluto condenable, lo vuelve ciego a otra pasión igualmente válida y distinta: la pasión por el placer.

Más adelante, en el capítulo “Enormes símbolos nebulosos de un romance elevado”, a través de ejemplos precisos y mayormente contundentes, Dawkins arremete contra Gould no porque lo considere un mal escritor sino precisamente por lo contrario. En su opinión, Gould es peligroso debido a la excelencia de su prosa y a lo inusitado de sus analogías, que le parecen forzadas y evanescentes. Para ahondar en el tema y no ofrecer una perspectiva sesgada sería preciso exponer las críticas de Dawkins a Gould. Lastimosamente por motivos de espacio y pertinencia no podré ahondar en ellas; sin embargo la crítica fundamental de Dawkins es que Gould ha sido víctima, y con él sus numerosos lectores, de la mala ciencia poética. Dawkins, gradualista confeso, no puede estar de acuerdo con el carácter caprichoso de la evolución, es decir, con la contingencia, es decir, con el equilibrio punteado: la principal aportación de Gould y Eldredge a la teoría de la evolución, que suscribo sin vergüenza ni necesidad.

Este tema exige un tratamiento que por diversos motivos no estoy en condiciones de abordar por el momento. Sin embargo mi objeción general —finalmente mis objeciones no pueden ser de otra naturaleza— a las críticas de Dawkins es el romanticismo y el tono místico que le atribuye a los practicantes de la ciencia, una postura que, además de elitista (actitud que desapruébo pero con la que puedo vivir), no resistiría un elemental análisis sociológico. Dawkins sostiene que “es ciertamente importante que algunas personas de entre las más

brillantes y aptas aprendan a hacer ciencia”. No haré más comentarios.

Demos vuelta a la página y topémonos con otro popular divulgador que escribe literatura científica (no ciencia ficción). Se trata del físico ucraniano George Gamow, creador del intrépido señor Tompkins, personaje que en cada uno de los relatos que protagoniza intercala temas adyacentes a la física. Así, el señor Tompkins anda los parajes de la teoría de la relatividad, visita los bosques de la teoría cuántica y sueña con la gravitación y la energía. Algunas de sus obras son *En el país de las maravillas*, *Los hechos de la vida y Relatividad y cuantos*.

Por un camino parecido discurre un delicioso libro de Philippe Boulanger: *Las mil y una noches de la ciencia*, singular y precioso híbrido que conjunta a la literatura con algunos de los conflictos más interesantes y coyunturales de la ciencia. Así, tenemos que la narradora Sherezada va discurrendo a través de fabulaciones sobre las propiedades del número Pi, los fractales, las transformaciones del mundo, el talón de Aquiles, la teoría del caos, la velocidad de la luz, la inteligencia animal, la creación del mundo y la extinción de los dinosaurios; relatos que le cuenta al sultán con el objeto de salvar su vida, para lo cual, en un determinado punto de la narración –cuando el alba la sorprende– discretamente calla en espera de la próxima velada, momento en el que se enfrentará de nuevo con la amenaza de muerte.

Otro escritor fundamental que divulga a través de la literatura, y en quien vale la pena detenerse con atención, es Italo Calvino,¹¹ quien en su serie de cuentos *Las cósmicas* y

¹¹ Considero importante destacar el hecho de que Calvino fue estudiante de la Facultad de Ciencias Agrarias en la Universidad de Turín, así como hijo del agrónomo Mario Calvino y de la botánica Evelina Mameli y hermano del geólogo Floriano Calvino.

Tiempo cero recurre a ideas e hipótesis científicas a partir de las cuales recrea el origen del universo y la historia de la vida.

Los cuentos del italiano abren con hipótesis científicas —epígrafes circunstanciales— acerca de distintos eventos evolutivos: astronómicos, físicos, matemáticos, químicos, genéticos y biológicos. Sin embargo Calvino no construye realidades alternas ni intenta dar una perspectiva lógica de dichas hipótesis; por el contrario, únicamente las utiliza como catalizadores para dar voz a la memoria ancestral que nos cuenta (o recuenta) la historia de fantasía que subyace bajo las distintas premisas académicas. Es necesario establecer una diferencia entre datos científicos e invención fantástica para determinar, clara y taxativamente, el porqué no estamos ante un texto de ciencia ficción:

Yo quisiera servirme del dato científico como de una carga propulsora para salir de los hábitos de la imaginación [...]; en cambio me parece que la ficción científica tiende a acercar lo que está lejos, lo que es difícil imaginar, y que tiende a darle una dimensión realista.¹²

Su narración no ve para adelante sino hacia atrás, como si manejara un automóvil viendo el retrovisor. Esa es la razón de que *Las cósmicas* no quepan dentro del trabajo de escritores como Ray Bradbury, Isaac Asimov o Julio Verne.

Por otro lado, Calvino no pretende tomar retazos de la ciencia para acorazar su discurso narrativo y tornarlo erudito o “interdisciplinario”. El aporte de su creación literaria radica en que invierte el papel que ha desempeñado la literatura en la ciencia, que por lo general la ilustra, ocupando imágenes y recursos literarios (metáforas, símiles, metonimias) para

¹² Italo Calvino, *Memoria del mundo y otras cósmicas*.

explicar su funcionamiento (p. ej., cadenas proteínicas, lluvia de estrellas, etcétera).

En *Seis propuestas para el próximo milenio*, el autor relata, en el apartado sobre “Visibilidad”, que el proceso de creación en *Las cosmicómicas* es distinto a su trabajo anterior, ya que por una especie de generación espontánea surgían en su cabeza imágenes cargadas de significado. Escribe Calvino:

El punto de partida es un enunciado extraído del discurso científico: el juego autónomo de las imágenes visuales debe nacer de ese enunciado conceptual. Mi propósito era demostrar cómo el discurso por imágenes, típico del mito, puede nacer en cualquier terreno, aun en el del lenguaje más alejado de cualquier imagen visual, como el de la ciencia de hoy. Incluso al leer el libro científico más técnico o el libro de filosofía más abstracto se puede encontrar una frase que inesperadamente sirva de estímulo a la fantasía figurativa. Nos hallamos, pues, con uno de esos casos en los que la imagen está determinada por un texto escrito preexistente (una página o una sola frase con la que me topo leyendo), y que puede dar lugar a un desarrollo fantástico tanto dentro del espíritu del texto de partida como en una dirección totalmente autónoma.¹³

Las cosmicómicas rompen con la idea de que las imágenes vienen de la nada (no más creacionismo). En este caso la inspiración proviene de algo concreto, de una cita y no cualquiera, sino una emanada de la ciencia: frase hipotética en aras de fundamento.

En mi opinión *Las cosmicómicas*, tanto en el contenido de los relatos como en su proceso creativo, cumplen y cuentan con características distintivas de los estatutos científicos.

¹³ Italo Calvino, *Seis propuestas para el próximo milenio*.

Finalmente Calvino, con fantasía y visión, amalgamó en una escritura alucinante ciencia con literatura, una divulgación fantástica y creadora.

En el apéndice a *Seis propuestas para el próximo milenio* de la edición de Siruela de 1998 se incluye una conferencia inédita tomada de los manuscritos de Norton Lectures titulado “El arte de empezar y el arte de acabar”, conferencia incompleta en la que el autor apunta lo que pretendía con dicha proyección:

En la serie de cuentos que titulé *Cosmicómicas* (y que comprende además un segundo volumen, *Tiempo cero*), traté de comprender la historia del universo como nos la proponen las teorías cosmológicas de hoy y de hacer un cuento que se tradujese en los términos de una experiencia individual. Es un tipo de cuento que no he abandonado del todo: cuando leo alguna nueva teoría cosmogónica que me inspira, trato de escribir un nuevo cuento [...] A menudo el final de estos cuentos reinstaura una continuidad con la historia universal.¹⁴

La labor notable de Calvino es la manera en que utiliza a la ciencia para hacer literatura sin recurrir a las fórmulas de la ciencia ficción, instaurando una novedosa combinatoria literaria. La imagen que me sugiere su poética es la de un árbol de Tule contenido en una semilla de mostaza.

A partir de sentencias planas y unívocas entresacadas de libros de ciencia, origina follajes de fabulaciones y ensoñaciones —entre cósmicas y cómicas— que van desde el origen del universo, la formación de luz y las estrellas, la condensación de la materia, el origen de la vida y el sexo hasta la extinción de los dinosaurios, la evolución de los peces y la forma del

¹⁴ *Ibid.*

espacio. El mismo Calvino, en una entrevista, hace una mención explícita sobre el lenguaje de la ciencia y el lenguaje de la literatura:

El razonamiento científico tiende a un lenguaje puramente formal, matemático, basado en una lógica abstracta, indiferente de su propio contenido. El razonamiento literario tiende a construir un sistema de valores, en el cual toda palabra, todo signo, es un valor por el solo hecho de haber sido elegido y fijado en el papel.¹⁵

Calvino señala que no podría existir una coincidencia entre los dos lenguajes que él distingue; sin embargo cree en la posibilidad de apostar por ellos. Y es a ésta a la que el autor apuesta, originando cuentos que él llama *cosmicómicos*, y que yo catalogo de *fabulantásticos*; creando con ellos nuevas maneras de explorar la literatura: de hacer hablar, con novedad, a las raíces del lenguaje, algo de lo que sin embargo él no se jacta: “El escritor no puede creer [...] haber encontrado algo absoluto: también aquí puede serle útil el ejemplo de la ciencia, en su paciente modestia de considerar que todo resultado forma parte de una serie quizás infinita de aproximaciones”.¹⁶

A estas alturas puede resultar tedioso, pero considero indispensable ilustrar su teoría con un ejemplo concreto.

Hace trescientos setenta o trescientos sesenta y siete millones de años, a partir de peces con aletas lobuladas y pulmones, se originaron y proliferaron los primeros anfibios e indirectamente todos los vertebrados terrestres. Al respecto el especialista en reptiles extintos, Michel Benton, señala en el capítulo titulado “Cuatro pies en el suelo”:

¹⁵ Italo Calvino, *Punto y aparte*.

¹⁶ *Idem*.

Se dice con frecuencia que durante el Carbonífero (hace 360-286 millones de años) los anfibios “dominaron la tierra”, sea cual sea el significado de tal afirmación. Lo cierto es que se extendieron y diversificaron durante aquella época, y que fue entonces cuando se establecieron las líneas maestras de la evolución posterior de los tetrápodos.¹⁷

En el cuento “El tío acuático” presenciábamos este gran salto evolutivo. Calvino emprende la empresa de describir el paso de los organismos del agua a la tierra. Qfwfq, el narrador, dará cuenta de la evolución a través de su simpático tío-peza N’ba N’ga.¹⁸

Ahora estaba claro que los tiempos del agua ya habían pasado —recordó el viejo Qfwfq—, los que se decidían a dar el gran paso eran cada vez más numerosos, no había familia que no tuviera alguno de los suyos en lugar seco, todos contaban cosas extraordinarias de lo que se podía hacer en tierra firme y llamaban a los parientes. Entonces a los peces jóvenes no había quien los contuviera, agitaban las aletas en las orillas de barro para ver si funcionaban como patas, como les había sucedido a los más dotados. Pero justamente en aquellos tiempos se acentuaban las diferencias entre nosotros: había familia que vivía en tierra desde varias generaciones atrás, y cuyos jóvenes ostentaban maneras que no eran ni siquiera de anfibios sino casi de reptiles; y había quien se demoraba todavía en su condición de pez, y hasta se volvía más pez de lo que había sido pez en otros tiempos.¹⁹

¹⁷ Stephen Jay Gould *et al.*, *El libro de la vida*.

¹⁸ Cabe destacar que los peces evolucionaron grandemente durante el periodo Devónico, razón por la cual se le conoce como la edad de los peces.

¹⁹ Cfr. Italo Calvino, *Las cosmicómicas*.

Sin lugar a dudas estamos situados en el periodo Carbonífero dentro de la era Paleozoica, periodo en el que surgen los Apalaches, prosperan los bosques carboníferos y aparecen los reptiles. Comúnmente dentro del Carbonífero se suelen agrupar los periodos Misisípico y Pensilvánico, en los que se extendieron los bosques pantanosos, cuyos desechos constituyeron los más grandes depósitos de carbón del planeta.

De acuerdo con el relato, los familiares de Qfwfq, incluidos sus abuelos, son ya anfibios puesto que todos pataleaban en la playa, todos salvo uno, el tío abuelo N' ba N' ga, quien se niega a abandonar el agua, rehusándose a evolucionar. “Sí, teníamos un tío abuelo pez, y precisamente por parte de mi abuela paterna, nacida de los Celacantos del Devoniano.”²⁰

Históricamente podemos identificar la especie a la que pertenecen los personajes según los registros fósiles. Con los datos dados por Calvino y acorde con Michel Benton, posiblemente Qfwfq y su familia serían (más probablemente sus abuelos) ejemplares del *Ichthyostega* del Devónico tardío, uno de los primeros tetrápodos. En este periodo aparecen también los primeros reptiles, conocidos según Claude Villee como tronco de los reptiles, semejantes a sus antecesores anfibios. En este punto se inscribe el *Seymouria*, considerado por los biólogos como un anfibio a punto de convertirse en reptil o como reptil que ha dejado de ser anfibio, y que yo no dudaría en identificar con Qfwfq, quien se encuentra en punto del camino entre los peces, los anfibios y los reptiles.

Calvino relata el momento de transición en que los vertebrados salen del agua, distinguiendo a los distintos organismos que debieron haber convivido entonces.

Existe una teoría que pretende dar cuenta del porqué los peces abandonaron el territorio acuático. Se trata de la hipótesis

²⁰ *Idem.*

formulada por Alfred Sherwood Romer, la cual sostiene que los peces emigraron para huir de la desecación paulatina de las aguas.

Como dice Benton al respecto:

Los peces hubieran podido bien “veranear” (enterrarse en el lodo y “dormir” durante la estación seca con sus sistemas desconectados, como hacen los modernos peces pulmonados), o bien cruzar la tierra en busca de otras masas de agua. Es decir, según Romer, ¡la marcha sobre el suelo se desarrolló como una búsqueda de permanencia en el agua!²¹

En el relato del italiano podemos identificar los tres grupos característicos. Por un lado tenemos al tío, quien es un pez; por otro, a Qfwfq, a quien podríamos tomar por un anfibio; y por último contamos con Lll, la enamorada de Qfwfq, a quien consideraríamos reptil.

La narración es graciosa al igual que el anciano tío, quien peca de intolerante y anquilosado como todo viejo que se respete y de vez en vez suelta antiguallas inentendibles como: “¡Y a ver si bajas un poco las aletas compadre!”. Sus familiares tratan de anfibizarlo conminándolo a dejar el agua y a patalear en tierra.

Entonces aparece Lll, animal ágil y acostumbrado al terreno árido, cuyos familiares tienen tiempo de habitar la Tierra. Se trata de reptiles consumados cuyos huevos, a diferencia de los anfibios, son puestos en lugares secos y con cáscara dura. A este punto conviene la explicación de Claude Villedieu: “Una de las principales diferencias entre reptiles y anfibios es el tipo de huevos que ponen. Los segundos los depositan en el agua cubiertos de una especie de jalea, en tanto los reptiles los ponen en tierra, cubiertos de cascarón”.²²

²¹ Cfr. S. J. Gould, *El libro de la vida*.

²² Claude Villedieu, *Biología*.

Calvino, probablemente sin una intención manifiesta, hizo de la literatura un vehículo para divulgar algunas maravillas de la ciencia.

La fragmentación del fuego

Como hemos visto a lo largo de este ensayo (y los dos que lo preceden), es necesario que el discurso científico se integre a la cultura, al devenir cotidiano para aspirar a una comunicación integral. Es necesario que conozcamos nuestra ciencia para no estar alejados de algunos de los conflictos paradigmáticos de nuestro tiempo. Creo que la divulgación de la ciencia con una intención literaria podrá acortar esas distancias en la medida en que comprendamos que los contenidos de la divulgación deben ser el sustrato para alimentar la conformación y el debate de la sociedad civil. La información y el conocimiento, por fuerza, deben ser los rectores de nuestra(s) política(s).

Para una inmersión de la ciencia en la sociedad nada mejor que las recomendaciones de Schrödinger, que si bien están dirigidas a los científicos naturales también son aplicables para todos los profesionistas:

No perder nunca de vista el papel que desempeña la disciplina que se imparte dentro del gran espectáculo tragicómico de la vida humana; mantenerse en contacto con la vida; no tanto con la vida práctica, sino más bien con el trasfondo idealista de la vida, que es aún mucho más importante. Mantener la vida en contacto contigo. Si a la larga no consigues explicar a la gente lo que has estado haciendo, el esfuerzo habrá sido inútil.²³

²³ Edwin Schrödinger, *Ciencia y humanismo*.

Esta síntesis, esta conjunción de aprendizaje y necesidad, de conocimiento y decisión no tiene otro objetivo que el de explicarnos a nosotros mismos; percibirnos en nuestra simpleza o complejidad. No se trata solamente de pensar sino de *pensarnos*, erigiendo un saber que nos contenga y, acaso con ello, hacer de la vida una estancia menos anestesiada y menos estúpida.

Es de sobra conocido el mito del titán Prometeo, quien por orden de Júpiter creó al hombre con barro y agua, figura a quien Minerva infundiría vida. Pero los hombres pasaban frío, estaban abandonados a sus desgracias. Viendo esto el titán resolvió darles el fuego y compartir con ellos el privilegio de los dioses. Robó entonces una chispa a Vulcano y les dio el dominio sobre la luz y el calor, la llama hechicera que esculpiría las armas y cocería los alimentos. Su amor por el hombre fue cobrado con creces. Júpiter ordenó a Vulcano que encadenara a Prometeo en la cima de las montañas del Caúcaso, en donde todos los días un águila impasible le devoraría el hígado, que habría de regenerarse por las noches para que el tormento continuara al día siguiente. Así era castigada la bonanza de los hombres.

Existe también una leyenda poco conocida al respecto entre algunos pueblos originarios de América. Se trata de la historia del tlacuache.

Cuenta la leyenda que este animal endémico del continente robó un poco de fuego a los dioses y lo guardó en su bolsa,²⁴ convirtiéndose en el proveedor de la lumbre de los primeros pobladores de estas tierras. El ladrón, desde luego, no podía quedar impune. Su castigo fue quemarse la cola como una rata vieja. En agradecimiento por su comedimiento, el

²⁴ El tlacuache es un marsupial, es decir, un mamífero que se caracteriza por contar, la hembra, con una bolsa donde alberga y amamanta a sus crías. Actualmente los marsupiales solo se encuentran en América y Australia.

tlacuache aparece de vez en cuando en canciones y leyendas al amparo de la noche.

Hoy día, en efecto, podemos asegurar que poseemos el conocimiento: ese fuego que abrasando nos abraza. Pero aún ahora permanece enterrado, estático y solitario en inalcanzable antorcha. Es preciso fragmentarlo, hacer que su lengua de flama toque a todos los mortales: dividirlo en esquiras infinitas que calcinen el velo de nuestras tinieblas. Tal vez entonces comprendamos el porqué hubo quien escribió la comedia y no la tragedia humana; tal vez entonces regrese la carne a la palabra, el juego al pensamiento.

Tal vez entonces podamos escuchar, como T. S. Eliot, el crepitar perpetuo en su melódico murmullo: canto de brasa, sermón del fuego.

Bibliografía

- ALATORRE, Antonio. *Los 1,001 años de la lengua española*. Colmex-FCE, México, 2000.
- BOULANGER, Philippe. *Las mil y una noches de la ciencia*. Trad. de Pedro Crespo, col. Ma Non Troppo, Robinbook, Barcelona, 2001.
- CALVINO, Italo. *Memoria del mundo y otras cósmicas*. Trad. de Aurora Bernárdez, Siruela, Madrid, 1995.
- . *Punto y aparte*. Trad. de Gabriela Sánchez Ferlosio, Tusquets, Barcelona, 1995.
- . *Seis propuestas para el próximo milenio*. Trad. de Aurora Bernárdez, Siruela, Madrid, 1998.
- . *Las cósmicas*. Trad. de Aurora Bernárdez, Minotauro, Barcelona, 1999.
- DAWKINS, Richard. *Destejiendo el arco iris*. Trad. de Joandomenec Ros, Tusquets, Barcelona, 2002.

- GOULD, Stephen Jay. *La sonrisa del flamenco*. Trad. de Joandomenec Ros, Madrid, Crítica, 1995.
- GOULD, Stephen Jay et al. *El libro de la vida*. Trad. de Oriol Canals, Crítica, Barcelona, 1999.
- LEYVA, José Ángel. *Lectura del mundo nuevo*. Universidad Autónoma de Sinaloa, Culiacán, 1996.
- SCHRÖDINGER, Edwin. *Ciencia y humanismo*. Trad. de Franciso Martin, Tusquets, Barcelona, 1998.
- STEINER, George. “El silencio del poeta”, *Lenguaje y silencio*. Trad. de Miguel Ultorio, Gedisa, Barcelona, 2000.
- TONDA, Juan et al. *Antología de la divulgación de la ciencia en México*. UNAM, México, 2002.
- TORIZ, Rafael. “La fragmentación del fuego”, *La Ciencia y el Hombre*. Vol. XVI, núm. 3 (sep-dic), pp. 51-58, UV, México 2003.
- THULLIER, Pierre. *El saber ventrílocuo*. FCE, México, 1995.
- VILLEE, Claude. *Biología*. Trad. de Fernando Colchero, Interamericana, México, 1968.

Archipiélago

I. STEPHEN JAY GOULD Y MICHEL FOUCAULT: POR UNA SABIDURÍA DEL ARCHIPIÉLAGO

Todo lo que existe en el Universo es fruto del
azar y de la necesidad.

DEMÓCRITO

Una de las imágenes más bellas que he contemplado es la del archipiélago; atolones perdidos en el azul inmenso unidos por aquello que los separa, intersticios marinos que —como los cuerpos de los amantes— a la vez que unen también alejan sin remedio.

Probablemente nunca se leyeron y no obstante guardan entre sí una extraña, comprensible cercanía que acaso a primera vista parezca absurda y desfasada pero que, si miramos con sigilo, se revela como un puente verdadero.¹ ¿Qué pueden tener en común un filósofo e historiador de los saberes y las

¹ Uno de los grandes privilegios de abandonar los libros por años, si es que eso verdaderamente sucede, es que nos permite andar el mundo y hacernos de lecturas. Ante la afirmación aventurera de que “probablemente nunca se leyeron” no me queda otro remedio sino citar a Stephen Jay Gould en su ensayo “El obispo titular de Ticiópolis”, contenido en el libro *Dientes de gallina y dedos de caballo*, en el que, entre otras cosas, alude a cómo los cambios históricos en las distintas clasificaciones temporales —la filatelia o la taxonomía por decir algo— funcionan como indicadores de las revoluciones conceptuales: “El filósofo francés Michel Foucault señaló este principio como clave para la comprensión del pensamiento. En su obra *Folie et déraison*, por ejemplo, señalaba que a mediados del siglo XVII apareció un nuevo método de tratar a los dementes que se extendió con gran rapidez por toda Europa.

prácticas humanas, teratólogo encandilado ad nauseam con las experiencias límites (sodomismo, drogas duras), de figura macabra, infinita seducción y –digámoslo rápido– “asesino del sujeto”, con un paleontólogo soberbio, obsesionado con el estudio de los moluscos, historiador y divulgador de la ciencia, exegeta acucioso de Darwin, proclive a la integración del conocimiento y humanista descarado? Por principio diríamos nada, para inmediatamente recular y comprender que la discontinuidad y la contingencia, rasgos que perfilan y dan forma a sus búsquedas particulares, constituyen una palpable semejanza.

Desde luego no analizaré el *corpus* de sus obras. Para tal empresa me faltaría tiempo –que requeriría ésta y otras vidas– así como la lucidez de sus talentos. Si tomo a personalidades tan distintas no es por el rigor del filósofo, por la minuciosidad del historiador o por practicar una erudición extravagante. Lo hago, sobre todo, por el placer de su lectura, por la música que encierran sus palabras y por la literatura que brota entre temas tan aparentemente aliterarios. Me detengo en Gould (1941-2002) y Foucault (1926-1984) por el hechizo de sus temas y por la creación de una obra que los trasciende y que en algún momento de la vida me tocó afectivamente como suelen hacerlo las más altas pasiones.

Sé que es lugar común, tal vez el sino de los tiempos, pretender relacionar las disciplinas. Sé que en uno de sus tantos delirios melifluos, la academia se ha permitido hiperbólicas licencias interpretativas –agudas fiebres hermenéuticas– que desvirtúan y pervierten “el sentido íntimo del texto”. El conflicto de las interpretaciones es, desde mi perspectiva, irresoluble; lo que por otra parte no es solo un síntoma negativo. La divergencia abre la posibilidad de construir mayores y más ensanchadas posibilidades para la interpretación, territorio en el que es factible dismantelar visiones totalitarias, socavar la univocidad y cruzar duelo con el agudo cáncer del pensamiento

único: todo texto, por fortuna, es muchos textos. Toda interpretación es producto de otras interpretaciones.

En ese sentido, Gould y Foucault son alfiles de distintas coloraturas que en líneas siempre diagonales se tocan y encuentran en el pilar de su pensamiento. Ambos, en sus contextos particulares, comulgan en la idea de fractura, entendiendo a la historia –social y natural– como un proceso discontinuo, coyuntural e imprevisible. Gould, de manera literal, debatirá hasta el último aliento la citada sentencia de Leibniz *Natura non facit saltus*, contraviniendo así la tesis del gradualismo darwiniano sostenida no nada más por el mismo Darwin sino, en nuestro tiempo, defendida con apasionamiento por Richard Dawkins; tesis que, por otra parte, Gould considera una noción esencial del liberalismo victoriano, una forma cerrada y decimonónica que pretende excluir el contexto social de las teorías, lo cual no tendría por qué restar un ápice de cientificidad a las mismas. Así, Gould sostiene al referirse al equilibrio punteado –que en alguna medida guarda parentesco con la tradición hegeliana y marxista de la teoría de cambios punteados–:

The fact that I learned Marxism from my father may have predisposed me toward being friendly to the kind of ideas that culminated in punctuated equilibrium; it has absolutely nothing to do with whether punctuated equilibrium is true or not, which is an independent question that has to be validated in nature.²

Hasta entonces, los locos eran exiliados o tolerados, y se les permitía vagar de un lado para otro. A mediados del siglo XVII, fueron internados en instituciones junto con indigentes y los desempleados [...] Tal vez esta clasificación nos parezca insensata y cruel, pero, como plantea Foucault, semejante juicio no nos ayudará a comprender el siglo XVIII”.

² “The Pattern of Life’s History”, *The third culture*, editado por John Brockman. “El hecho de que aprendiera marxismo con mi padre pudo haberme predispuerto a ser amistoso con el tipo de ideas que culminarían en el equi-

En sintonía con la teoría del equilibrio punteado (desarrollada en coautoría con Niles Eldredge), cito las palabras de Foucault en su obra de método:

Por debajo de las grandes continuidades del pensamiento, por debajo de las manifestaciones masivas y homogéneas de un espíritu o de una mentalidad colectivas, por debajo del terco devenir de una ciencia que se encarniza en existir y rematarse desde su comienzo, por debajo de la persistencia de un género, de una forma, de una disciplina, de una actividad teórica, se trata ahora de detectar la incidencia de las interrupciones. Interrupciones cuyo estatuto y naturaleza son muy diversos.³

Heracliteanos comprendieron que todo fluye, pero no con una aceleración constante e ininterrumpida sino que, como en una presa, el flujo a veces se desliza con rapidez en tramos breves; otras, el líquido permanece estancado, pálido y sosegado por tiempo indefinido. La linealidad solo es una muletilla historiográfica, didáctica y hasta confusa que probablemente oscurezca más las zonas que pretenden alumbrar por un exceso de rigor interpretativo: los límites de nuestra comprensión, como los de la mayoría de los seres humanos en el devenir de la historia, difícilmente exceden los parámetros de las circunstancias. Hemos construido, por distintas razones, una historia funcional y teleológica, pasando de largo la advertencia, entre otras, de Odo Marquard: “Los seres humanos somos siempre más nuestras contingencias o casualidades que nuestras realizaciones”.⁴

librio punteado; lo cual no tiene absolutamente nada que ver con si el equilibrio punteado es verdadero o no, puesto que es una pregunta independiente que tiene que ser validada en la naturaleza”. La traducción es mía.

³ Michel Foucault, *La arqueología del saber*.

⁴ Odo Marquard, *Apología de lo contingente*.

Con todo, la semejanza de nociones históricas tal vez no sea suficiente para empatar a un ínclito bibliófilo como Gould con un arqueólogo desarticulador del dogmático poder de los textos. (Probablemente *Las palabras y las cosas* no sea sino, incluso pese a su autor, la primera flamígera flecha que de manera sistemática —entendiendo “sistema” dentro de los parámetros autónomos de la argumentación foucaultiana— y sin ningún afán contextual posmodernista de medio pelo, incendia definitivamente la *episteme* que articula la modernidad y la coherencia de nuestros más preciados saberes: la totalidad de las ciencias humanas).⁵ Gould, seguidor de la noble herencia de Montaigne, es exactamente lo contrario. Él está convencido de los beneficios del humanismo, es un hombre de ciencia. Foucault, incómodo de veras, es el genio maligno que se encarga de reprocharnos la fetichización del texto en monumento, de hacernos ver la opaca pero siempre vigente policía discursiva que nos envuelve en la diseminada espiral del poder. Foucault desconfía de los textos, entidad que, a su manera, el paleontólogo venera; de ahí que muchas de las críticas más sosas a sus libros sostengan que Gould no se cansa de presumirle al lector su bien nutrida biblioteca.

Empero, sería desleal poner a Gould como un textólatra irredento y acrítico, siendo que una de sus características más seductoras es la revisitación a fondo de obras canónicas: Gould, en el sentido cortazariano, es un lector macho. Inspecciona a cabalidad los datos que le son proporcionados, de los que parte para sugerir, siempre desde la perspectiva intimista del ensayo literario, ideas revolucionarias. Creo que él da mejor diagnóstico de sí mismo al escribir que su

⁵ Para Foucault, las tres “ciencias” que conforman nuestras certezas son la economía, la biología y la lingüística. Idea que, además de ser arrebatadamente sugerente, es absoluta y deliciosamente debatible.

habilidad especial radica en la combinación y no en la originalidad (cfr. *La falsa medida del hombre*), refiriéndose a que muchos de sus colegas, en lo que respecta a las investigaciones del determinismo biológico y la medición de la inteligencia a través de *test* particulares, bien pueden utilizar y conocer las fuentes originales en los que se fundamentan, más no se molestan en corroborar si esos datos, esos presupuestos teóricos, son inducidos por una ideología determinada. Gould sabe, y lo dice reiteradamente, que la objetividad absoluta es una falacia, que toda observación –como sostuvo Darwin– debe ser hecha a favor o en contra de un punto de vista⁶ y que la práctica científica es también una política; tema que el francés, como dismantelador de las estructuras de poder inherentes a toda práctica humana, analizará en la mayor parte de su obra.

Por su parte Foucault, por parafrasear a Lenin, es un textólatra vergonzante: la mayor parte de su trabajo es una inspección de las fuentes primigenias. Mucho le debe a Braudel y a la escuela de los anales. No por nada Deleuze describe a Foucault como el último archivista.

Tanto el norteamericano como el francés discutirán durante toda su vida con la verdad, con las nociones preconfiguradas de verdad. Tanto el Foucault de *La verdad y las formas jurídicas* como el Gould –acompañado de Lewontin–, de *The Spandrels of San Marcos and the Panglossian paradigm*, buscan dinamitar certezas. Uno es una pesquisa minuciosa de la articulación de verdad y las investigaciones penales, viendo en el *Edipo* de Sófocles no un arquetipo psíquico de la existencia, sino una puesta en escena de la construcción de las investigaciones jurídicas, manifestación escénica de las prácticas penales griegas. Otra es una certera y bella crítica a la idea limi-

⁶ Cito a Darwin de memoria: “All observation must be for or against some view if it is to be of any service”.

tada y dominante del adaptacionismo en la evolución, tomando como base la arquitectura de la catedral de San Marcos.

El punto que los hermana es la contingencia tanto la de mi lectura simultánea de sus obras como la que se presenta en el equilibrio punteado y en la discontinuidad de la historia. Idea, como todas, vetusta; similar en más de un sentido a las nociones de ruptura de Bachelard, a la estructura de las revoluciones científicas de Kuhn y a la teoría de las catástrofes de René Thom.⁷ Gould y Foucault saben que la armonía dialéctica solo puede ser textual.

Freud sostuvo que las revoluciones científicas embisten axialmente al narcisismo de los hombres, a su natural arrogancia. En ese sentido Gould y Foucault son herederos de los lúcidos e irreverentes pensadores que no se cansan de redimensionar el concepto de hombre. Uno demuestra que únicamente somos seres elementales dentro un proceso biológico universal, mero brote tierno dentro del casi infinito follaje de la vida y que estamos sentenciados a desaparecer sin haber alcanzado jamás una falsa y autocomplaciente cumbre categórica. Otro, en conmovedora poesía, escribirá, para memoria del viento, que una vez desaparecidas las disposiciones que configuran la invención del hombre “podría apostarse a que el hombre se borraría, como en los límites del mar un rostro de arena”.⁸ Ambos son detractores, dentro de sus campos de estudio, de cualquier tipo de teleología histórica.⁹

Cada cual en sus respectivos discursos objeta la vana concepción del descubrimiento “científico” como mera acumulación de verdades inmutables. La evolución –ergo la historia– nunca

⁷ Para el caso de la discontinuidad temporal en las ciencias duras es referencia obligada el ensayo de J .B. S. Haldane, *El tiempo en la biología*.

⁸ Michel Foucault, *Las palabras y las cosas*.

⁹ Ambos también cuentan con notorios y variados intereses literarios.

es gradual. Su importancia se debe a rupturas violentas en los campos epistemológicos establecidos, giros copernicanos que ponen de cabeza nuestras certezas. Baste pensar en el trabajo de Copérnico, Galileo Newton, Marx, Nietzsche o Freud,¹⁰ a los que sin duda habría que añadir a los atolones que nos ocupan. Por otra parte es necesario puntualizar las diferencias entre ambos que, al igual que sus semejanzas, también son evidentes.

El proyecto de Foucault, por su naturaleza, es más general que el de Gould, puesto que se refiere a la historia como una totalidad. Gould, por el contrario, es específico, puesto que enfoca sus análisis a la teoría de la evolución.¹¹ Al respecto Foucault dice en *La arqueología del saber*:

Por detrás de la historia atropellada de los gobiernos, de las guerras y de las hambres, se dibujan unas historias [...] historias de débil declive: historia de las vías marítimas, historia del trigo o de las minas de oro, historia de la sequía y de la irrigación, historia de la rotación de cultivos, historia del equilibrio obtenido por la especie humana.

En este sentido, la propuesta de Gould estaría comprendida en el amplio espectro demarcado por el francés.

¹⁰ En 1964 Foucault presentaría la ponencia Nietzsche, Freud, Marx en un coloquio sobre filosofía en París. El texto, interesante aunque meramente descriptivo, alude a las heridas del narcisismo que causan ciertos discursos revolucionarios. De más está decir que la obra de Gould, revisando a Darwin, se inscribe de alguna manera en este tenor.

¹¹ En este punto convendría resaltar el agudo y exhaustivo análisis de Michael B. Shermer “This View of Science: Stephen Jay Gould as Historian of Science and Scientific Historian, Popular Scientist and Scientific Popularizer”, en el que, “entre” otras ideas precisas para ubicar a Gould, Shermer sostendrá que una de las principales aportaciones científicas de Gould será su impacto en la historia de la ciencia, apreciación con la que coincide: el equilibrio puntuado como una posible llave epistemológica para explorar y entender la historia.

Otra diferencia fundamental radica en que el objetivo de Foucault, heredero de la visión nietzscheana, es socavar cualquier morada, dejarnos a la intemperie. Foucault pretende demoler la idea de una justicia distributiva de la historia, puesto que esta justicia anestesiaría la toma de conciencia a través de la conciencia histórica:

La historia continúa, es el correlato indispensable de la función fundadora del sujeto: la garantía de que todo cuanto le ha escapado podrá serle devuelto; la certidumbre de que el tiempo no dispersará nada sin restituirlo en una unidad recompuesta; la promesa de que el sujeto podrá un día –bajo la forma de la conciencia histórica– apropiarse nuevamente de todas esas cosas mantenidas lejanas por la diferencia, restaurará su poderío sobre ellas y en ellas encontrará lo que se puede muy bien llamar su morada.¹²

Debe quedar muy claro: Michel Foucault no avala bajo ninguna circunstancia cualquier tipo de humanismo, lo que obliga a pensar las prácticas y la existencia de los colegios de humanidades como los conocemos. Foucault ha minado de manera categórica lo que entendemos por ciencias humanas.

De la misma manera deberá rescatarse un acierto grandioso todavía poco explorado en el trabajo de Gould y sugerido, si bien de manera oblicua por el francés en *Las palabras y las cosas*: la biología, esencialmente, como ciencia histórica.

De la mitosociología

No cabe duda: la cultura en buena parte nos orilla al mero *name dropping*, a la asimilación osmótica del conocimiento. Sa-

¹² *Idem.*

bemos que no es necesario haber leído a Freud o a Marx para atisbar, con un poco de intuición y bastante a ciegas, que sus libros articulan y desarticulan buena parte de la problemática intelectual, política, psíquica y económica de la contemporaneidad. Nuestros saberes y vicios, tanto los mediatizados como los legitimados por el *homo academicus*, son mayormente rumores intelectuales, habladurías pretenciosas y caricaturizadas. De alguna manera estamos condenados a hablar de oídas.

Sabemos que en los debates filosóficos actuales, más que debatir las propuestas de Foucault, lo que impera es una Foucaultlogía (*Fucología*); rama del saber que discute y aborda más la silueta mediática del historiador que, digámoslo con sus riesgos, su *pensamiento*. La cultura de la que disponemos será epidérmica o no será. Los autores son fetiches, muñecos de ventrílocuos que, descontextualizados, manejamos a voluntad.

Al respecto afirma Pierre Bourdieu: “¿No sucumbimos a una forma de fetichismo, a un foucaultismo no muy foucaultiano? [...] Es necesario someter siempre las citas a la crítica, hay que examinar su función, su verdad, su validez [...] Hay que establecer una relación desfetichizada con los autores”.¹³

Esta práctica esnobista e irresponsable, de una incidencia altísima y preocupante, me irrita bastante. Nada me parece tan degradante para el pensamiento como las posturas acrílicas y reproductoras de prejuicios. Ejemplo a la mano: el *boom* latinoamericano. Dudo mucho que García Márquez, Vargas Llosa o Carlos Fuentes sean leídos en la proporción en que venden sus libros. Lo que se transfiere con sus obras es la pertenencia a un mundo, a un estado intelectual y social perfectamente delimitado: llámese clase media ilustrada o burguesía alienada.

¹³ En “¿Qué es hacer hablar a un autor? A propósito de Michel Foucault”, *Capital cultural, escuela y espacio social*.

Actualmente, el auge del que goza Foucault me parece comparable al que tuvieron (y en algunos casos mantienen) personalidades como Jean-Paul Sartre, André Breton o incluso Noam Chomsky. La teoría feminista estadounidense, la antropología de género, la teoría política y numerosas asociaciones político-gays (*queer theory*) han hecho de su figura el estandarte representativo de lo políticamente correcto. Tanto la biografía de Didier Eribon como la de David Macey, pero especialmente la de James Miller, muestran al francés como un *rockstar* de macabras tendencias.¹⁴

A su vez, novelas como la de Hervé Guilbert (*Al amigo que no me salvó la vida*) o la de Jorge Volpi (*El fin de la locura*) hacen de la figura de Foucault un personaje malvado, anodino o incluso estúpido.

De Gould podrían decirse, asimismo, muchas cosas. Las ahorro y dejo que la siguiente imagen resuma mi punto.



Imagen tomada de <http://mundosimpson.netfirms.com/famosos.html>.

¹⁴ Justo me parece remarcar que de las tres biografías las dos rescatables son la de Eribon y la de Miller. Una por el rigor y el aparente objetivismo. Otra por exactamente lo contrario: la de Miller –*La pasión de Michel Foucault*– deja traslucir el apasionamiento del biógrafo, lo que torna jugosa y estimulante su narración. Descarto la de David Macey por aburrida.

Su importancia llegó a ser tan arrolladora dentro de la cultura popular americana que mereció el mayor homenaje sociológico que Estados Unidos puede dar a sus ciudadanos: ser invitado a la serie de Matt Groening, devenir personaje de *Los Simpsons*.

Desde luego mi intención no es juzgar el acercamiento popular hacia la obra de estos autores, sino demostrar que un uso tendencioso o caricaturizado suele entorpecer más que clarificar. Es necesario, en toda circunstancia, enfrentarse con gozo pero también con responsabilidad a los textos: es necesario, en un ejercicio de crítica seria, desmitificar a los autores.

Destronemos mitos. Fundemos otros.

Coda

Sostuve al inicio de este ensayo que una de las imágenes más plenas que conozco es la del archipiélago; aquello que permanece unido por la distancia. De alguna manera Stephen Jay Gould y Michel Foucault articulan y dirigen el espíritu de este libro: lo orientan y lo justifican, lo alumbran y lo cohesionan. Ambos autores han sido, además de columna vertebral, la posibilidad de otras miradas.

Ahora, con estas palabras discretas desde un lugar de la costa, apago una pasión y, como los amantes verdaderos, me separo y me disgrego.

Bibliografía

BOURDIEU, Pierre. “¿Qué es hacer hablar a un autor? A propósito de Michael Foucault”, *Capital cultural, escuela y espacio social*. Trad. de Isabel Jiménez, Siglo XXI, México, 2002.

- BROCKMAN, John. "The Pattern of Life's History", *The third culture*. Touchstone. Simon and Schuster, Nueva York, 1995.
- DELEUZE, Gilles. *Foucault*. Trad. de José Vázquez Pérez. Paidós, Barcelona, 1987.
- FOUCAULT, Michel. Nietzsche, Freud, Marx. Ponencia, trad. de Carlos Rincón, Argentina, 1964.
- . *La arqueología del saber*. Trad. de Aurelio Garzón del Camino, Siglo XXI, México, 2001.
- . *Las palabras y las cosas*. Trad. de Elsa Cecilia Frost, Siglo XXI, México, 2001.
- GOULD, Stephen Jay. "El obispo titular de Ticiópolis", *Dientes de gallina y dedos de caballo*. Trad. de Antonio Resines, Crítica, Barcelona, 1995.
- . *La estructura de la teoría de la evolución*. Trad. de Ambrosio García Leal, Tusquets, Barcelona, 2004.
- . *Wonderful Life*. Norton, New Cork, 2007.
- MARQUARD, Odo. *Apología de lo contingente*. Trad. de Jorge Navarro Pérez, Diputació de Valencia-Institució Alfons el Magnanim, Valencia, 2000.
- MAYR, Ernst. *Una larga controversia: Darwin y el darwinismo*. Trad. de Santos Casado de Otaola, Crítica, Barcelona, 2001.
- MONOD, Jacques. *El azar y la necesidad*. Trad. de Francisco Ferrer, Orbis, Barcelona, 1985.
- VRBA, Elisabeth y Niles Eldredge. *Macroevolution. Diversity, Disparity, Contingency*. The Paleontological Society, Lawrence KS, 2005.

Bajamar

Como brotan, sonrientes, del mar los desengaños.

BAUDELAIRE

Pero yo había leído más libros que días vivido,
en mi tan fugitivo, tan ineficaz paso.

BUFALINO

I. LA FORMA DE LA PRISIÓN: RADIOGRAFÍA DE LA ACADEMIA

Serán muy pocos los que podrán gozar del “status” simbólico y del uso del poder despótico que la escuela confiere.

IVÁN ILLICH

La entrega de diplomas, que da lugar a ceremonias solemnes, es efectivamente comparable al acto de armar caballero a alguien.

PIERRE BOURDIEU

Intentar aprehender y definir una nación no es nunca cosa sencilla: la multiplicidad y la divergencia contenidas en las letras de su nombre se revelan como una cascada vigorosa y desquiciada imposible de dominar. Sin embargo, bajo el presupuesto de que apenas conozco un puñado, aseguro que la República Mexicana es uno de los países más clasistas del planeta. Esa palabra define de manera muy precisa el ser y el parecer del mexicano.

Bien a bien no podría esbozar una hipótesis absoluta que diera cuenta del vasallaje y el desprecio histórico y vigente hacia lo distinto, instancias tan caras a nuestra nación. En México, la necesidad de no ser como el otro —y de hacer sentir al otro *esa* otredad que lo hace diferente— más que un deporte nacional es un credo a prueba de balas.

No teniendo monarquías evidentes (aunque sí “nobleza” de estado y farandulera) en el país hemos preferido hacer de los grados académicos y la vida escolarizada las tiaras de la gloria. Ser alguien en el mundo implica estar titulado.

Contra esa falacia tozuda escribo este ensayo.

La academia: el reino de los últimos días

Para hablar del reino de este mundo, específicamente de las investiduras “reales” que otorgan las aulas, es necesario conocer y comprender el deseo profundo de ser el mejor, el *non plus ultra*; saber para subir (Gabriel Zaid), característica *sine qua non* de los triunfadores de nuestro tiempo.

Es un hecho que la institución y los grupos de estudiosos han implantado sus dominios allende las aulas universitarias. Sus aditamentos coyunturales son las glorias académicas, premios recibidos, libros publicados, estudios en el extranjero y la solvencia económica. La academia mexicana, espléndida alumna, ha comprendido que uno de los mejores capitales es el capital curricular. Nuestras universidades están repletas de especuladores.

En el contexto universitario, como en casi cualquier otro contexto, la posesión nos articula. Para estar acreditados es preciso contar con un fajo regordete de credenciales que nos permitan presentarnos ante nuestros semejantes: toda actividad humana, para bien y para mal, exige legitimación. Al respecto escribe Odo Marquard: “Hoy en día domina la tendencia a obligar a todo y a todos a legitimarse [...] Es patente que hoy todo necesita una justificación: la familia, el Estado, la causalidad, el individuo, la química, la verdura, el corte de pelo, el humor, la vida, la educación, el bañador”.¹

¹ Odo Marquard, *Apología de lo contingente*.

Hemos creado un complejo sistema jerárquico que permite reconocer a nuestros iguales, nuestros superiores y desde luego al detritus social, que es como siempre la inmensa mayoría.

Existimos con base en títulos y dinero, somos lo que tenemos: licenciados y doctores sin rostro, empresarios sin sustancia, individuos sin criterio. Finalmente el hombre se ha vuelto institución. Para entender la manera en que se conforma la institución, su organización interna y sus cotos de poder me apoyaré en Georges Lapassade, quien en su libro *Grupos, organizaciones e instituciones...* ayuda a concebir y desmenuzar algunas ideas al respecto de la burocracia, noción en la que me detendré muy brevemente.

Lapassade reconoce algunas características esenciales del funcionamiento de las instituciones, generadoras por excelencia de las prácticas burocráticas. Enumeraremos algunas de ellas:

1. El burocratismo es un problema de poder, una disfunción. La burocracia es la enfermedad inherente a la gestión de las instituciones. Esto quiere decir que la institución no responde más a sus normas “biológicas” sino a intereses políticos. En México este fenómeno ampliamente extendido es conocido como *grilla*.
2. Es un fenómeno de cosificación. Esto quiere decir que se presenta una alienación en los individuos, quienes se despersonalizan, definiéndose únicamente por la función que realizan dentro de un organismo determinado.
3. La decisión burocrática es oscura, no conoce su génesis ni el cuándo ni el cómo. Todo lo que se sabe es que proviene de alguna oficialía poderosa, de algún territorio confuso. No existe un rostro tras la instrucción; “uno de los rasgos esenciales del universo burocrático descrito por Kafka”.²

² Georges Lappasade, *Grupos, organizaciones e instituciones*.

4. No existe por consiguiente comunicación horizontal; solo se responde a órdenes legitimizadas de manera automática.
5. Las técnicas burocráticas fomentan el conformismo y nulifican la iniciativa ante la ejecución maquinal de las actividades, lo que ocasiona sumisión y apatía dentro de un ambiente monótono.
6. La burocracia provoca el *carrerismo*, término que Lapassade toma de las prácticas burocráticas francesas y que traduciéndolo a nuestro contexto no es otra cosa que “compadrazgo” y “amiguismo”; es decir, la conformación de mafias dentro de las instituciones para ascender dentro de las jerarquías que existen en el interior de las mismas. Se trata de servirse de la institución, circunstancia tan frecuente en todos los estratos de la política en todos los lugares del mundo. Está visto que los servidores públicos, esencialmente, se abocan a consolidar negocios personales.
7. Por último, y esta característica es la que considero de mayor relevancia: *el desplazamiento de los fines*; es decir, la postergación del motivo principal de la institución. Clarifico. Pongamos para el caso que se funda en un lugar X un instituto de ecología, cuya función principal será la investigación y la producción de conocimiento. Con el paso del tiempo y la gestión del instituto tales actividades se verán condenadas a pasar a un segundo plano, puesto que para que la institución permanezca es preciso mantener en funcionamiento al instituto: conservar su estructura constitutiva, observar su organización, administrarla y, en resumidas cuentas, mantenerla a flote.

La burocracia mexicana, además de erigirse como el arte del simulacro y la conservación por excelencia, es el ejemplo

maravilloso de que trabajar esforzadamente con la intención de no trabajar en absoluto acabará por rendir sus frutos: las peras del olmo.

Tipología del reino de este mundo

En todo reino que se respete siempre hay jerarquías muy bien delimitadas. De más está decir que el paraíso universitario no se destaca por ser la excepción.

Arranquemos con los vasallos, los autóctonos de nuestra patria: los licenciados, muchedumbre inabarcable que se reproduce como conejos sin control. ¡Oh, el licenciado!, figura que se fragmenta en mil y un oficios, masa sin esperanza ni trabajo que no encuentra acomodo en el mundo laboral.

Justo es remarcar que la figura del licenciado no siempre valió tan poco ni era sinónimo de holgazanería. Remitiéndonos a su cuna, podemos ver que hasta hace unas décadas, en nuestro país, hablar del “licenciado” era referirse a presidentes, embajadores, profesores y *abogángsters*.

Nadie como los licenciados para demostrar el ocaso de los ídolos. En la actualidad, si bien hay tantos licenciados como delincuentes, el mito de divinidad y omnipotencia que los envolvía se ha disuelto en medio de palabrerías, escalafones, currículos, productividades académicas y carreras magisteriales. Si otrora decir “Licenciado Magaña, para servirle” era algo así como estar frente a Carolina de Mónaco o a un obispo de provincia, en la actualidad ponerse la camiseta de graduado es bastante pueril; de hecho, para que la frase adquiriera cuerpo y seriedad, debe ser pronunciada con algunos añadidos que si bien no son remuneradores o glamorosos, al menos sí altruistas e interesantes: “Buenas, soy el licenciado Godínez, juego en la liga nocturna de fútbol con los

chavos de la colonia, toco en una rondalla y manejo taxi los fines de semana”. La licenciatura ya no es cardinal: ahora es un mero accesorio que ha dejado de tener vigencia. Máxima civil: la licenciatura, en la actualidad, no vale nada. Al respecto me gustaría rescatar el punto uno de la “Metafísica para licenciados” de Juan Villoro puesto que, además de ser una estoica defensa, es una afirmación de tan vilipendiada ontología: “Hay que saberse licenciado. El currículum no interviene en esta condición. El aplomo existencial deriva de que la palabra se repita. No importa si usted es técnico en aire acondicionado o doctor en astrofísica. Se es licenciado como se es omnívoro”.³

Desde luego resulta necesario distinguir niveles, precisar el escalafón. No es lo mismo un administrador de la Universidad Iberoamericana que uno de la UNAM; como tampoco lo es un economista de la Universidad Veracruzana comparado con uno del CIDE. Peladaje y caldo, *yuppies* y nacos, no son iguales. Gracias a la concepción del conocimiento como un atributo comercial y a la escolaridad como una manda religiosa seguimos habitando una sociedad de castas. Presuponemos, por variadas razones, que a mayor costo habrá una mayor calidad educativa. Al respecto apunta Illich: “La aguda pirámide educativa asigna a cada individuo su nivel de poder, prestigio y recursos [...] La aceptación del mito escolar por los distintos niveles de la sociedad justifica ante todos los privilegios de muy pocos”.⁴

En *La distinción*, esa herramienta desmitificadora de pujante vigencia, Pierre Bourdieu reconoce la relación que se instaaura entre el capital cultural heredado por la familia y el capital académico transmitido en la escuela. Sostiene que la

³ Juan Villoro, *Domingo breve*.

⁴ Iván Illich, *Alternativas*.

cultura que se “posee” es la conjugación de ambos elementos, y señala que dicho capital cultural se inscribe como una exigencia objetiva para la pertenencia a la burguesía, puesto que el permiso de apropiarse y acceder a las herramientas necesarias para comprender y disponer legítimamente de la cultura deberá ser avalado de manera previa por credenciales; en este caso por el rito sagrado de la titulación, llave mágica para gozar los derechos y los deberes que otorgan las instituciones. Idea análoga a la de Illich es la de Gabriel Zaid en *De los libros al poder*, texto en el que, entre otras oportunas críticas, arguye que los títulos son un evanescente y efectivo capital curricular, documentos mitológicos que no valen el papel en el que están escritos.

Por su parte Foucault (cfr. *El orden del discurso*) acuñará el concepto voluntad de verdad –de estirpe nietzscheana– para referirse a un sistema de exclusión que descansa en los fundamentos de la institución, salvedad que se apoya en la pedagogía, los libros, los recintos académicos y las sociedades de sabios que se refuerzan con la forma en que se utiliza el saber en la sociedad. En opinión del francés se ha hecho un monumento del documento.

Al respecto Illich rematará con certeza:

Ese portentoso papelito llamado título o diploma se ha convertido en la posesión más codiciada. Recompensa principalmente a quien fue capaz de soportar hasta el final un ritual penoso; a la vez, representa una iniciación al mundo del *ejecutivo* [...] La escuela se ha vuelto intocable por ser vital para el mantenimiento del *status quo*. Sirve para mitigar el potencial subversivo que debería poseer la educación en una sociedad alienada, ya que al quedar confinada a sus aulas sólo confiere sus más altos certificados a quienes se han sometido a su iniciación y adiestramiento [...] No hay mucha diferencia entre los que jus-

tifican su poder con base en la herencia y los que lo hacen con base en un título.⁵

Afortunada me parece la analogía (acaso sería más pertinente hablar de genealogía) que realiza Zaid de la universidad con el monasterio, viendo en ambos el ejemplo de la sociedad de los hombres de libro:

Los nuevos hombres de libros pasan del campo a la ciudad, del claustro del convento al claustro académico, de la recitación a la disputatio, de la copia de manuscritos a la imprenta, de la obediencia eclesiástica a la libre profesión a la obediencia burocrática, de las reglas de perfección teocrática a las reglas de perfección tecnocrática [...] El hogar se vuelve cenobítico: celdas juntas con servicios comunes de solitarios dedicados a lo suyo. Los ciudadanos ideales son piezas de relojería sincronizadas por el Estado: mónadas monacales bajo regla de perfección kafkiana.⁶

La universidad se erige como benefactor y padrino para efectos de asignación de estatus: el *tlatoani* de nuestro tiempo es el investigador de tiempo completo.

En nuestro mundo erudito y verdadero la gente tiene mayor valor por las horas que invierte sentada en un pupitre frente a una pizarra, oyendo por años a un monitor que ha tenido que sufrir o “gozar” el mismo vía crucis. La satisfacción y el reconocimiento son directamente proporcionales a las horas escuela acumuladas. Paradójicamente, quien pasa la mayor parte de su vida dentro es quien mejor vive afuera. Salvo contadas excepciones, uno no puede existir sin ver-güenza si no se cuenta con el aval universitario.

⁵ *Idem.*

⁶ Gabriel Zaid, *Crítica del mundo cultural.*

Estamos frente a lo que Celso Furtado ha llamado la ciencia institucionalizada, idea que únicamente puede ser rechazada y combatida a través de la imaginación, esa necesaria y efectiva defensa contra la academización precoz del conocimiento. “Aquel que no utiliza cierto lenguaje o adopta ciertos modelos queda descalificado, independientemente de lo que tenga que decir. La ciencia institucionalizada es siempre conservadora.”⁷ Análogo será Foucault al referirse al grupo de procedimientos que permiten el control del discurso, las circunstancias de su manejo:

Se trata de determinar las condiciones de su utilización, de imponer a los individuos que las dicen cierto número de reglas y no permitir de esta forma el acceso de ellos a todo el mundo. Enrarecimiento, esta vez, de los sujetos que hablan; *nadie entrará en el orden del discurso* si no satisface ciertas exigencias.⁸

Nuestros atributos universitarios, dentro de una economía de mercado con una mentalidad escolarizada, son la mejor manera de configurarnos en este mundo de añadidos.

Pero ¿cómo conseguir una licenciatura?, y ¿por cuánto? Con la democratización de la educación y el mercado educativo volverse licenciado es similar de alguna manera a comprar un zapapico o un automóvil. Illich sostiene que en sociedades como la nuestra –garantes de un capitalismo industrial desaforado– en las que la ideología dominante es la de la escolarización a toda costa, no es extraño concebir la educación como un producto especializado e institucional, esclavista y represor; por tanto “una vez aceptada esta divisa proveniente de una mentalidad cuantitativo-

⁷ Celso Furtado, *El capitalismo global*.

⁸ Michel Foucault, *El orden del discurso*.

productiva, tendremos que toda educación que pueda recibirse fuera de la escuela o ‘fábrica educacional’ dará la impresión de ser algo espurio, ilegítimo y, ciertamente, no acreditado”.⁹

A tono con lo anterior escribirá Bourdieu:

A diferencia de los poseedores de un capital cultural desprovisto de certificación académica, que siempre pueden ser sometidos a pruebas, porque no son más que lo que hacen, simples hijos de sus obras culturales, los poseedores de nobleza cultural –semejantes en esto a los poseedores de títulos nobiliarios, en los que el ser, definido por la fidelidad a una sangre, a un suelo, a una raza, a un pasado, a una patria, a una tradición, es irreductible a un hacer, a una capacidad, a una función– no tienen más que ser lo que son, porque todas sus prácticas valen lo que vale su autor, al ser la afirmación y la perpetuación de la esencia en virtud de la cual se realizan.¹⁰

Para muestra un ejemplo sencillo. Cuando alguien ingenuamente se vale de la cultura popular o de la experiencia y la práctica cotidianas para emitir un juicio, automáticamente éste se encuentra desprovisto de valor puesto que no cuenta con una referencia bibliográfica reconocida.¹¹ En nuestras sociedades escolarizadas y sectarias solo es válido lo que cabe dentro del imperio de las aulas.

En mi opinión, la mentira y el autoritarismo tienen cara de posgrado.

⁹ *Idem.*

¹⁰ Pierre Bourdieu, *La distinción*.

¹¹ A este punto convendría marcar la diferencia, siquiera nominal, entre la *doxa* –opinión popular– y la *episteme* –opinión especializada. Ahondar en esta diferencia requeriría la elaboración de otro ensayo, sesudo y erudito, que por el momento no me encuentro en condiciones de confeccionar.

Al respecto Tomás de Iriarte tiene una aleccionadora fábula titulada “La abeja y los zánganos”, cuya moraleja viene muy a tono:

A tratar de un gravísimo negocio
se juntaron los Zánganos un día.
Cada cual varios medios discurría
para disimular su inútil ocio;
y por librarse de tan fea nota
a vista de los otros animales,
aun el más perezoso y más idiota
quería, bien o mal, hacer panales.
Mas como el trabajar les era duro,
y el enjambre inexperto
no estaba muy seguro
de rematar la empresa con acierto,
intentaron salir de aquel apuro
con acudir a una colmena vieja,
y sacar el cadáver de una Abeja
muy hábil en su tiempo y laboriosa;
hacerle, con la pompa más honrosa,
unas grandes exequias funerales,
y susurrar elogios inmortales
de lo ingeniosa que era
en labrar dulce miel y blanca cera.
Con esto se alababan tan ufanos,
que una abeja les dijo por despique:
“¿No trabajáis más que eso? Pues, hermanos,
jamás equivaldrá vuestro zumbido
a una gota de miel que yo fabrique”.

¡Cuántos pasar por sabios han querido
con citar a los muertos que lo han sido!

¡Y qué pomposamente que los citan!
Mas pregunto yo ahora: ¿los imitan?¹²

Recuerdo también el cuento de Salman Rushdie “En la subasta de las zapatillas rubíes”, en donde asistimos a una subasta insólita en la que se pone a voluntad de martillo una ontología:

Se subastarán árboles genealógicos, escudos de armas y linajes reales, y en cualquiera de ellos se podrá insertar el nombre que uno quiera, el propio o el de una persona amada. Se ofrecerán también pedigrees: alsacianos, birmanos, saluki, siameses, terriers cairn. Gracias a la infinita generosidad de los Subastadores, cualquiera de nosotros, gato, perro, hombre, mujer o niño, puede ser de sangre azul; puede ser –tal como queremos ser y tal como, escondidos en nuestros refugios, tememos no ser– alguien.¹³

Moraleja: para ser alguien en este mundo verdadero es necesario contar con cédula profesional.

Es imposible negar la existencia y la reproducción de discriminaciones jerárquicas: entre un obrero y un estudiante de doctorado media un abismo social tan grande como el Cañón del Sumidero. Al respecto quisiera citar, como colofón, un diálogo de la *Medusa* de Emilio Carballido al joven Perseo:

Medusa: No hay más que un sitio: el que todos los hombres tienen en el espacio y en el tiempo.

Superior, inferior: si no los usas como términos físicos, ya no quieren decir nada. ¿Qué es superior? ¿El hombre que mueve

¹² Tomás de Iriarte, *Fábulas literarias*.

¹³ Salman Rushdie, *Oriente y Occidente*.

una palanca o el que escribe una oda? No son posiciones, son oficios.¹⁴

Concuerdo con Carballido. En efecto, ningún trabajo es superior a otro ni existe punto de comparación. La única diferencia entre estudiar poesía épica y atender una zapatería, más que en los emolumentos, debería consistir en la manera en que el sujeto se confronta con su realidad. No dudo de que el lustrar y vender un zapato ortopédico con ahínco pueda ser más estimulante que redactar la enésima tesis sobre el yo lírico en *El cantar del mio Cid*.

A estas alturas es evidente que padecemos no solo los arrebatos de la aristocracia universitaria sino que, para mayor gravedad, vivimos bajo el yugo de una educación opresora y limitante que constriñe, frustra y excluye sin miramientos.

Al no tener una solución viable a la mano —que no sea un ramillete de buenas esperanzas— todo lo que me queda, desde un desvencijado pupitre, es alzar la mano, pedir la palabra y expresar mi desacuerdo.

Nota. En México, conforme con el *Diario Oficial de la Federación* del día 30 de octubre del año 2000, el acuerdo 286 expresa que es posible validar conocimientos autodidactos u obtenidos a través de la experiencia laboral. Al menos hipotéticamente este implemento corrobora la idea de Illich: “La comprensión puede adquirirse de una manera cómoda y no estructurada, por medio de la cual el individuo se fuera conociendo más a sí mismo a través del diálogo con las personas de su ambiente”.¹⁵

Dicho acuerdo permite acreditar estudios de bachillerato, contaduría, informática, enfermería, ingeniería agronómica,

¹⁴ Emilio Carballido, *Teatro*.

¹⁵ *Idem*.

ingeniería civil, administración, ciencias farmacéuticas, actuaría, computación, ingeniería electrónica, ingeniería industrial, ingeniería química, veterinaria, medicina general, pedagogía, zootecnia, odontología, psicología, turismo y derecho.

Para efectos de titulación es necesario acreditar un Examen General para el Egreso de la Licenciatura.

Bibliografía

- BOURDIEU, Pierre. *La distinción*. Trad. de María del Carmen Ruiz, Taurus, México, 2002.
- . *Capital cultural, escuela y espacio social*. Trad. de Isabel Jiménez, Siglo XXI, México, 2002.
- . *Cuestiones de Sociología*. Trad. de Enrique Martín, Istmo, Madrid, 2003.
- BROOKS, David. *Bobos en el paraíso*. Trad. de Bettina Blanch, Debolsillo, Barcelona, 2002.
- CARBALLIDO, Emilio. *Teatro*. FCE, México, 1996.
- FOUCAULT, Michel. *El orden del discurso*. Trad. de Alberto González, Tusquets, Barcelona, 2002.
- . *La arqueología del saber*. Trad. de Aurelio Garzón del Camino, Siglo XXI, México, 2002.
- FURTADO, Celso. *El capitalismo global*. Trad. de Jorge Eduardo Navarrete, FCE, México, 1999.
- IRIARTE, Tomás de. *Fábulas literarias*. Espasa Calpe, Madrid, 2003.
- ILICH, Iván. *Alternativas*. Trad. de CIDOC, Joaquín Mortiz, México, 1974.
- LAPASSADE, Georges. *Grupos, organizaciones e instituciones. La transformación de la burocracia*. Gedisa, Barcelona, 1999.
- MARQUARD, Odo. *Apología de lo contingente*. Trad. de Jorge Navarro Pérez, Diputació de València-Institució Alfons el Magnànim, Valencia, 2000.
- ORTEGA y GASSET, José. *La rebelión de las masas*. Porrúa, México, 1998.

- REIMER, Everett. *La escuela ha muerto*. Trad. de Ernesto Mayans, Labor-Punto Omega, Barcelona, 1986.
- RUSHDIE, Salman. *Oriente y Occidente*. Trad. de Miguel Sáenz, Plaza & Janés, México, 1997.
- TORIZ, Rafael. "Gabriel Zaid. La escritura como metafísica de la presencia y otras cosas", *Revista de Literatura Mexicana Contemporánea*. Vol. 12, núm. 28 (ene-mar), pp. 67-77, The University of Texas at El Paso, 2006.
- VICTOR HUGO. *Cromwell*. Col. Literatura Universal, Editores Mexicanos Unidos, México, 1997.
- VILLORO, Juan. *Domingo breve*. ISSSTE, México, 2000.
- ZAID, Gabriel. *Crítica al mundo cultural*. El Colegio Nacional, México, 2002.

II. LA DESTRUCCIÓN DE TODOS LOS LIBROS

El lenguaje sólo puede ocuparse significativamente de un segmento de la realidad particular y restringido.

El resto —y, presumiblemente, la mayor parte— es silencio.

GEORGE STEINER

.....

REMY DE GOURMONT

Probablemente no exista nada más pesado que la carga farragosa y desesperanzada de las losas de la escritura. Sus inicios lo corroboran.

La primera voz de los hombres, suavidad y desgarre que se desvanece después de haber sido proferida, fue escrita en la superficie más tosca y desapacible: la carne de la tierra, los arcillosos muros y tablillas de Mesopotamia y Babilonia.

Otras voces en otros ámbitos señalan, si bien en historias diferentes, las mismas anécdotas tristes. Cuenta Antaki que el emperador Huang Che, después de haberse consagrado al estudio de las aves y los cuerpos celestes, dio con la escritura; entonces lloró desconsolado. De súbito, se habría topado con la prisión infranqueable de los dominios de la palabra: la escritura, diligencia que equipara el hombre con la divinidad y

torna cautivo al demiurgo, quien conoce en el mismo instante, dirá Borges, la escritura del Dios y la cárcel, “que es profunda y de piedra”.¹

Algunos atribuyeron la escritura a animales. Hanuman, rey mono que combate junto a Rama en las sendas y las palabras del sánscrito del *Ramayana*, fue el creador de una gramática; a su vez Thot, el cabeza de Ibis, habría descubierto, según Sócrates (*Fedro*), la ciencia del número: el cálculo, la geometría y la astronomía; también los caracteres de la escritura (*grámmata*). Los griegos pensaban en ella como un regalo de Cadmo, fenicio príncipe fundador de Tebas.

Mucho se ha dicho sobre la libertad. Fina ironía o cruel paradoja, el elemento libertario ha sido siempre ese pesado grillete, el verbo y su despótico dominio.² Por eso ahora estas letras, en franca rebeldía, se hacen el haraquiri, sublevadas y negadoras se muerden a sí mismas como la serpiente Uroburos; y si bien lo que impondría sería un considerado y congruente silencio, en el camino a la libertad se fugarán algunas letras antes de que impere la afonía.

Una premisa articula este ensayo: la escritura, contrario a lo que se cree, define y reduce el ámbito de lo posible, entraña la elección, la limitante; la escritura no como libertad sino mazmorra, depurada y melódica ergástula: la de las palabras escogidas, unas y no otras, barrotes que operan en el texto, en la linealidad del lenguaje. Domine, pues, la ausencia, el esplendente silencio, puesto que solo la negación de la escri-

¹ Jorge Luis Borges, *Nueva antología personal*.

² En este momento no se abordará la infinita problemática que plantea la imagen, ya sea la primigenia escritura pictográfica (cuevas de la Pasiega, Niaux o Lascaux) y el regreso –si es que alguna vez se fue– del mundo icónico que habitamos. Al respecto dice Barthes en *Variaciones sobre la escritura*: “Somos, mucho más que antaño y a pesar de la invasión de las imágenes, una civilización de la escritura”.

tura devolverá la libertad, aquella creadora que nos reinstala de nuevo en el infinito de lo posible.

Destruyanse todos los libros para tener la posibilidad de escribirlos todos sin escribir ninguno.

Parla, parola

Numerosas falacias configuran nuestra visión de mundo, esta es acaso la peor de todas: el lenguaje es la única manera de enfrentarse con la realidad. Hay otra casi igual de cancerígena, clásica: la lengua escrita es más fuerte que la oral. Mentira mediocre que puede corroborarse en el popular axioma latino “scripta manent, verba volant” que, según Alberto Manguel, “en nuestro tiempo, ha pasado a significar ‘lo escrito permanece, las palabras se las lleva el aire’ [y que] significaba antiguamente lo contrario; se acuñó en alabanza de la palabra dicha en voz alta, que tiene alas y puede volar, comparándola con la palabra silenciosa sobre la página, inmóvil, muerta”.³

Coincido. La letra escrita es un cadáver, animal disecado para exhibición, ajeno en parte a la vitalidad del habla, a la voz que vuela, que flota en la oralidad de los vivos y que humanamente muere negándose a vivir una existencia artificial.

Cierto es que cada lengua conforma distintas *Weltanschauungen* y que hasta ahora es el medio más utilizado para enfrentarse y aprehender la realidad. Igual de ciertas son las palabras de Steiner: “El más alto, el más puro alcance del acto contemplativo es aquel que ha conseguido dejar detrás de sí al lenguaje. Lo inefable está más allá de las fronteras de la palabra. Sólo al derribar las murallas de la palabra, la observación visionaria puede entrar en el mundo del entendimiento total e

³ Alberto Manguel, “Los lectores silenciosos”, *Una historia de la lectura*.

inmediato”.⁴ Concuero. El lenguaje –traslúcido a instantes– es un velo del pensamiento; horadado como cota de guerrero y a la vez pesado como el manto bruñado del hidalgo, es red de la conciencia que impide, en su estrepitoso bullicio, la elocuencia del silencio.

Sé que dichas afirmaciones podrían llevar al Wittgenstein del *Tractatus* a cantar la palinodia de la palabra, tautológicamente, a través de la palabra. Respondo como él: lo que aquí he escrito no aspira en particular a novedad alguna. Nunca he estado de acuerdo con aquella angosta sentencia acerca de que el lenguaje, salvo las proposiciones empíricas de las ciencias naturales, no porta significado. Creo que tal limitación logra circunscribir aún más las de por sí limitadas capacidades del lenguaje. Por el contrario, me parece acertado y responsable decir que de lo que no se puede hablar hay que callar. (Más bello lo escribe Calderón: “Cuando tan torpe la razón se halla, mejor habla, señor, quien mejor calla”).⁵ Disiento en el ataque a la metafísica y a la ética, en aquel sostén empírico o fundamento material que el filósofo exige al lenguaje para poder expresarse a sí mismo; no estoy de acuerdo en que solo las proposiciones de la ciencia sean cognitivamente significativas. La palabra en su perenne laberinto no ha necesitado, como no necesita, ningún amarre lógico para existir e incluso para portar verdad. La palabra es ciencia.⁶ En cambio concuerdo con la conceptualización pragmática que hace del lenguaje cuando, al decir de sus proposiciones, las señala como esclarecedoras puesto que a través de ellas sale de ellas, por medio del lenguaje abandona el lenguaje, “tiene, por así decirlo, que arrojar la escalera después de haber subido

⁴ George Steiner, “El abandono de la palabra”, *Lenguaje y silencio*.

⁵ Pedro Calderón de la Barca, *La vida es sueño*.

⁶ ¿Y qué si no lo fuera?

por ella”.⁷ (Posteriormente, en su segunda etapa, diría que es imposible salir puesto que afuera falta el aire.) Mientras vivió, el vienés cumplió su palabra; en vida solo publicó otro libro, las *Investigaciones filosóficas* (donde recularía y concebiría ahora el lenguaje como una herramienta polifuncional). Durante largo tiempo mantuvo cerrada la boca, congruente con su pensamiento, pero ¿cuánto más dijo con su mutismo cifrado?

Otro vienés, crítico de la escuela burocratizada, reproducionista e inoperante que algunos hemos padecido, Iván Illich, dirá que

es mucho más lo que un hombre retransmite a otro a través del silencio que a través de las palabras. Las palabras y las cláusulas están compuestas de silencios mucho más significativos que los sonidos de las mismas [...] El lenguaje es una cuerda de silencio en el cual los sonidos son los nudos —de la misma manera que en un *quipu* peruano, en que los espacios vacíos hablan.⁸

Illich recurre a un viejo ejemplo atribuido a Confucio: el lenguaje como rueda, en donde varios rayos convergen en el centro, pero eso son, rayos, siendo los espacios vacíos los que forjan la circunferencia. Queda ahora el silencio como parte de la lengua, o más: el silencio como lengua. Su conocimiento permite el lenguaje irrestricto, múltiple e insubordinado; de ahí la dificultad y la necesidad, según Illich, de aprender ahora la gramática del silencio, idioma que habla todas las lenguas porque, al ser la lengua, resquicio de Babel o compuesto esperanto, huye también de la clasificación, escabulléndose en su vastedad —similar a la grandeza de la noche o el océano— al entendimiento;

⁷ Ludwig Wittgenstein, *Tractatus Logico Philosophicus*.

⁸ Iván Illich, *Alternativas*.

y al no admitir confines su dimensión es inconmensurable: la de aquello que no está, aguda espada de Damocles capaz de emerger en cualquier instante, cual ténpano de fuego sobre el líquido abisal, en todo su poderío: el del sonido inaugural y corrupto. Por eso ahora estas letras pretenden halagar, en un susurro, a lo inaudible: apreciar la belleza de una espada clavada en la lengua.

No obstante el silencio tampoco es la lengua perfecta; el silencio está poblado de voces, nos dice Sor Juana. Por tal razón, el motivo de este ensayo no es la utopía comunicante ni la unificación del sentido en una misma estancia (evidentemente el regreso a Babel es imposible e indeseable). Toda Lengua es las lenguas, incluso lo callado posee sus reglas y sus signos. Por tal motivo no se trata ahora de imponer una semiótica del silencio o una comunicación gestual: se trata de callar para siempre, de un pensar sigiloso similar a la muerte. Se trata de abolir la lengua y su estrecha clasificación, sus categorías y formas aprisionantes, se trata de pensar antes del verbo creador y su extendida potestad, rindiendo culto a Harpócrates (Horus) y concebir al silencio como una materia sensible, caricia erótica del discurso más sugerida que evidente.⁹

Desde luego, no niego la necesidad de la comunicación verbal, puesto que obedece, según Rousseau, a las pasiones del hombre:

Es, pues, de creer que las necesidades dictaron los primeros gestos [...] No fue el hambre ni la sed, sino el amor, el odio, la piedad, la cólera, los que les arrancaron las primeras voces. Los frutos no se sustraen a nuestras manos, puede uno nutrirse de

⁹ Escribe intenso Aldo Carotenuto: “En tanto la comunicación verbal se asocia con el Logos, el mundo secreto (y por ende, del silencio), está ligado a Eros, el mundo de las emociones”, *Eros y Phatos. Matices del sufrimiento amoroso*.

ellos sin hablar; se persigue en silencio la presa con que uno quiere alimentarse, mas para conmover un corazón joven, para rechazar un agresor injusto, la naturaleza dicta acentos, gritos, quejas: he ahí las más antiguas palabras inventadas.¹⁰

Sigo su impulso al decir del lenguaje de los primeros hombres. Hemos creído que el pensamiento es competencia de geómetras (lengua) cuando en realidad es asunto de poetas (silencio); no fue necesidad sino pasión lo que conformó el habla, ni fue naturaleza sino artificio, puesto que antes del pensar estuvo el latir; antes de las ciudadelas de concreto estuvo el campo abierto que hemos llenado de palabras, catedrales que no dejan ver, gracias a su monumental y explícita belleza, la hondura cabal del universo.

Aclaro, sucinto, que tampoco suscribo un ingenuo alegato fundado en la recurrente idea de que el lenguaje no puede sino decir que no dice, que no hace sino precisar su imprecisión. Medianamente intento ratificar una poética del silencio, contemplación e interpretación del espacio que se ensancha o angosta entre, debajo y sobre las palabras. Sugiero la posibilidad de un metalenguaje más extenso y menos restrictivo, para lo cual me apoyo en Severo Sarduy:

Si no hay posibilidad de metalenguaje, si postular su funcionamiento conduce a la repetición automática o irracional, ¿cómo modificar las cosas, cómo emprender su crítica a partir del lenguaje que las enuncia? El grafógrafo —que responde— es, sólo en apariencia, tautológico: conoce la ineficacia de la distanciaci3n, sabe que no hay equivalencia sin p3rdida, *mise en-ab3me* sin residuo. El que aparenta escribir la escritura sostiene que el 3nico modo de criticar, a partir de las palabras, las cosas, no es

¹⁰ J. J. Rousseau, *Ensayo sobre el origen de las lenguas*.

envolverlas en sus reflejos hipertrofiados, sino introducir una distorsión, una fuerza deformante, en su propia constitución, en el estrado superior del signo de que son cimiento [...] Para modificar el referente hay que perturbar el significante, dislocarlo, someterlo.¹¹

Esta fuerza, este sentido que logrará derruir los muros de la prisión, se encuentra en lo no dicho. A este respecto Octavio Paz, refiriéndose al silencio de Sor Juana Inés, apunta: “El silencio es indecible, expresión sonora de la nada; el callar es significante aun de aquellas cosas que no se pueden decir [...] el callar no es no saber qué decir sino no saber en voces lo mucho que hay que decir”.¹²

La palabra se hace, con el silencio se nace; nos regresa a un estado original, al de la onomatopeya, la antesala de la voz. Paradójicamente esta cuestión se solventa en los versos de Hans Magnus Enzensberger al homenajear el teorema de Gödel: “Para justificarse / cada sistema imaginable / tiene que trascenderse, / es decir, destruirse”.¹³ Foucault asiente con esta idea al indicar que “toda obra estaba hecha para consumarse, para callarse en un silencio en el que la palabra infinita iba a recobrar su soberanía”.¹⁴

Veamos ahora su esqueleto.

Según Hjelmslev, una lengua natural se compone de dos planos: el de la expresión (léxico, fonológico y sintáctico) y el del contenido (conceptos o ideas), la palabra física y la mental, las grafías, sus reglas y sonidos y lo que éstas representan, forma y sustancia. Dice Eco:

¹¹ Severo Sarduy, “Los instrumentos de corte”, *Antología*.

¹² Octavio Paz, “Sor Juana Inés de la Cruz”, *Las peras del olmo*.

¹³ Hans Magnus Enzensberger, *Los elixires de la ciencia*.

¹⁴ Michel Foucault, “El lenguaje al infinito”, *Entre filosofía y literatura*.

Para elaborar una forma de la expresión, una lengua escoge (del *continuum* de sonidos que una voz humana es capaz de emitir) una serie de sonidos y excluye otros, que existen y se pueden producir, pero que no pertenecen a la lengua en cuestión. Para que los sonidos de una lengua sean comprensibles hay que asociarles los significados, o bien los contenidos. El *continuum del contenido* es el conjunto de todo cuanto se podría pensar y decir, o sea, todo el universo físico y mental.¹⁵

La lengua, pues, se conforma por una disposición sintáctica y una semántica y aun más, por una pragmática, es decir, por reglas de uso, interdictos, pertinencia lingüística; factores que permiten, en todo el espectro de la expresión, un orden del discurso, sancionando un contexto de emisión. El italiano añade que una lengua natural pretende ser *omnifable* puesto que desea dar cuenta de la totalidad de la experiencia física y mental, y añade que, si bien no lo consigue, es el lenguaje verbal, dentro de todos los sistemas semióticos, el que cuenta con un mayor grado de afabilidad. Verdad, es cierto. Pero verdad a medias. El lenguaje más afable sigue siendo el del silencio, puesto que no diciendo nada permanece siempre agazapado en su intención y riesgo latente de poder decirlo todo sin desgranar alientos.

Este sendero de vacío y oquedad, que pareciera más bien una burda aporía, ha sido ya transitado con anterioridad y no solo por escritores. Así tenemos a Elbert Hubbard, quien publica su *Essay on silence*, libro que de acuerdo con John D. Barlow en su obra *El libro de la nada* estaría encuadrado de manera elegante para resguardar sus páginas en blanco; similar a *The Nothing Book* publicado en 1974 (obra con varias ediciones), que consiste exclusivamente en hojas vacías.

¹⁵ Umberto Eco, *La búsqueda de la lengua perfecta*.

A su vez John Cage, compositor estadounidense, manufacturaría en 1952 la composición musical *4' 33"*, que consta, según algunos, en contemplar durante ese lapso a los intérpretes frente a sus instrumentos. En mi opinión asistimos a la ejecución del silencio, que desde luego nunca es el único ni el mismo, puesto que en cada realización hacen presencia distintos sonidos del ambiente. Indudablemente en la pieza se cuela la influencia de la música aleatoria inaugurada por Charles Yves y continuada por Henry Cowell, maestro de Cage, quien, influido por el budismo Zen (doctrina que sostiene la posibilidad de enfrentarse con el pensamiento sin necesidad del lenguaje), escribe los libros *Silence* y *Empty Words*. Parecido, aunque anodino, es el disco de Frank Zappa titulado *Don't buy this record*, en el cual el único contenido es la frase aguardentosa salida de la boca del compositor: "I told you, don't buy this record".

Lo que Barlow realiza en su libro es un extenso recorrido alrededor del concepto de la nada bajo distintos enfoques: histórico, filosófico, científico (deteniéndose con amplitud en el aspecto físico-matemático), cultural y artístico. Por lo tanto, al hablar de la nada, del cero y del conjunto vacío surge el silencio, lo que estaba antes del todo. La tradición judeocristiana se instaure, sabemos bien, con la palabra. Todo lo hecho fue dicho por Dios; las cosas no se formaron ni respondieron a una teleología, todo apareció de súbito, de la nada y las tinieblas. Fue una *creatio ex nihilo*, construcción arbitraria, imposición con sostenes evanescentes que de la misma manera en que fue creada puede derrumbarse. Que se diga de una vez: el pensamiento no necesita la muletilla del lenguaje verbal, es autosuficiente y comprensible en sí mismo.

Quando se logra ese entendimiento, la verdad ya no necesita sufrir las impurezas y fragmentaciones que el lenguaje acarrea

necesariamente. No tiene por qué adecuarse a la concepción ingenua, lógica y lineal del tiempo, implícita en la sintaxis. En la verdad última, pasado, presente y futuro se abarcan simultáneamente. La estructura temporal del lenguaje los distingue artificialmente.¹⁶

El lenguaje es algo tan artificial y accesorio como las nociones del tiempo. Es necesario visualizar la latente posibilidad de traspasar su arbitrio; la mejor manera de hacerlo –tal vez la única– acaso sea mediante él mismo.

Considero que Steiner logra exponer palmariamente sus ideas en torno a las salvedades del lenguaje con los ejemplos de los códigos matemáticos; es claro y certero. Bien señala que la ciencia y sus códigos se han alejado del habla. Recurre al desarrollo de la geometría analítica y la teoría de las funciones algebraicas, recurre a la especialización y la personalización de los lenguajes del conocimiento, a la progresiva y la rutilante intraducibilidad para decirnos que incluso en el reino del *logos*, éste ha sido trascendido. “Las grandes arquitecturas de forma y significación concebidas por Gauss, Cauchy, Abel, Cantor y Weierstrass”, dice Steiner, “se apartan del lenguaje a un ritmo acelerado. O, más bien, exigen y confeccionan lenguajes propios, tan articulados y elaborados como los del discurso verbal. Y entre estos lenguajes y los de uso común, entre el símbolo matemático y la palabra, los puentes se van volviendo cada vez más tenues, hasta que se desmoronan”.¹⁷ No toda experiencia intelectual puede ser verbalizada; por el contrario, algunas existen y se desarrollan en sistemas autónomos y cerrados, creando su propio lenguaje, uno no verbal en el que la palabra cede su escaño a la fórmula, a la cifra, lo que en modo

¹⁶ George Steiner, “El silencio y el poeta”, *Lenguaje y silencio*.

¹⁷ George Steiner, “El abandono de la palabra”, *op. cit.*

alguno es solo una síntesis lingüística. Tales expresiones se vuelven una manera alterna para pensar la realidad y asimilar la experiencia. Con todo, habrá que puntualizar, ya que la ciencia no es pionera en este ámbito puesto que, en uno de los tantos contrasentidos que enriquecen la historia, la intención de expresar experiencias que no cabe en las palabras¹⁸ ya se atisbaba en los místicos. He ahí a santa Hildegarda de Bingen, quien para comunicarse con Dios, ante la obvia imposibilidad de aprehender y transmitir su experiencia religiosa con el lenguaje de los hombres, inventa y da forma a un canto propio, habla una voz personalísima, el “don de lenguas”, la glosolalia o lengua de trance que refiere, en su ininteligibilidad, al éxtasis; ignoto idioma mediante el cual los iniciados dan cuenta de las revelaciones místicas. Dicha práctica, acoto, no nace con ella. La glosolalia o “don del espíritu” es registrada primigeniamente por los apóstoles Lucas y Pablo durante la primera celebración del Pentecostés, donde el Espíritu Santo desciende a la festividad y otorga su gracia.

Parecido aunque diferente es el caso de Hugo von Hofmannsthal, que en 1902 renuncia, escribiendo “La carta de Lord Chandos” dirigida a Francis Bacon, a la poesía (y la escritura) aduciendo la insuficiencia del lenguaje como medio de expresión. Sabe que las palabras no corresponden con la realidad, que jamás podrán hacerlo. Chandos se ha enfrentado, con el telón de fondo de las campiñas inglesas, a lo inefable. Sabe, como los nominalistas, que en la palabra rosa no está la rosa, que el lenguaje solo viste mínimamente la experiencia y que en lo no dicho radica la esencia, la *cosa*. Sabe que en las

¹⁸ Al respecto una cita debatible de Giorgio Agamben tomada de *Idea de la prosa*: “La experiencia decisiva, de la que se dice que es tan difícil explicarla para quien la haya vivido, no es ni siquiera una experiencia. No es más que el punto en el que rozamos los límites del lenguaje”.

palabras, que son conceptos, no se encuentra la *Poesía*. Luego, lo demás, es silencio.

Esta afirmación lleva a preguntarnos por la pertinencia de la palabra y su deturpación, que ha ocasionado desgaste y bullicio. Baste recordar que, en el origen, las palabras eran multidireccionales, amplísimas; connotaban más de lo que denotaban; expandían su “semanticidad” por extensos campos de la experiencia: las palabras se tocaban con los dedos. Con el tiempo fueron acotando sus dominios, restringiendo sus facultades. Las palabras no fueron ya registros de vida; se tornaron conceptos, especificidades, letra muerta. Se socavó su capacidad aglutinante, tornáronse vías de una sola mano, senderos unívocos por los que, melancólicos y cabizbajos, transitamos hacia el abismo.

Desde luego, podríamos poner punto final a esta disquisición si admitiéramos los cauces obvios y efectivos del lenguaje plástico, científico, pictórico, musical o algún otro; eso no nos interesa. El asunto cardinal consiste en desmontar al verbo, en ver las limitantes de la escritura y romper —un poco a tientas— con la idea del pensamiento constituido únicamente como estructura lingüística y con la concepción de la palabra como insuperable medio de concreción de la conciencia. Para tal aspiración traigo a colación a los poetas, quienes conociendo su herramienta han intentado depurarla, tornarla diáfana e incluso desaparecerla. He allí Vicente Huidobro y Alfonso Reyes con la jitanjáfora;¹⁹ Lewis Carroll con su gramática del sinsentido (*nonsense*); escritores que jugando con las leyes

¹⁹ Reyes explica este término, en un ensayo contenido en *La experiencia literaria*, como poemas que se dirigen a la sensación y a la fantasía más que a la razón: “Un poco de jitanjáfora no nos viene mal para devolver a la palabra sus captaciones alógicas y hasta su valor puramente acústico [...] es de carácter popular, y muchas veces infantil [...] se caracteriza por su mayor eman-

de la lógica, la semántica y la sintaxis han pretendido registrar una realidad que se escapa allende los territorios de la palabra.²⁰ Otro sedicioso es Joyce y su empresa farragosa del *Finnegan's Wake*, en donde cada vocablo nunca es solo un vocablo; más que con palabras trabaja con imágenes auditivas camaleónicas, ocasionando una pluralidad semántica difícilmente apresable para otro lector, me atrevo a decirlo, que no

cipación de los moldes lógicos y lingüísticos. A tal grado, que a veces resulta complicado traducirla en escritura [...] sólo una transcripción musical lograría captarla”. Distingue también una jitanjáfora culta, aquel disparate racional de la gramática, aquella que espolea al pensamiento y que colinda más con el *nonsense*. Diríamos que mientras que una jitanjáfora subvierte y aun inventa una lengua, otra solo hace malabares semánticos. Ejemplo: inserto un discurso del pequeño juguete de teatro –titulado *En la luna*– de Huidobro en boca de Don Juan Juanes: “Señores y conciudadanos: La patria en solemifados momentos me elijusna para directar sus destídalos y salvantiscar sus principientos y legicipios sacropanzos. No me ofuspantan los bochingarios que parlantringan y especusafian con el hambrurio de los hambrípedos. No me ofuspantan los revoltarios, los infiternos desontifechos que amotibomban al poputracion. No me ofuspantan los sesandignos, los miserpientos, los complotudios. La patria me clamadita y yo acucorro a su servitidio cual buen patrófago, porque la patria es el primnístico sentimestable de un coramento bien nastingado.

Si los dineoros de la naciatra se perdisquean, no os inquiurbéis, ellos estaranguros en mis bolsefos. No os inquiurbéis por tan posoca.

Risodantamos, carcadajamos de los hambrífogos. No manijustran escopitrallas. Las armifuegas están guarditas en mis casuertas. Risodantemos, amiguiñones, de los inocingenuos y visiocardios profetistófalos de una igualdadia imposibrante. Marchifundiemos resueltigrados al solipondio que es sacrificento para el pentrímano por nuestra patria por su estuandilla glorificiente.

No temiscuad, amiguiñones, los legideales de nuestra patria son sacropanzos. Os lo prompturo. Este caotitorio del momestante con mi intelecto, con mi solsofa muy prontigüedo domifarré.”

²⁰ Escribe Paz en el capítulo IV de *El mono gramático*: “Destejer el tejido verbal: la realidad aparecerá. (Dos metáforas.) ¿La realidad será el reverso del tejido, el reverso de la metáfora –aquello que está del otro lado del lenguaje? (El lenguaje no tiene reverso ni cara ni lados.) El lenguaje no habla de las cosas ni del mundo: habla de sí mismo y consigo mismo”.

sea el mismo autor.²¹ Prudente me parece rescatar al padre de estas lenguas malditas, el francés Philippe de Beaumanoir, principal exponente de la *poésie du non-sens*, género que comprende las *fatrasies*, las *resveries*, las *oiseuses* y las *fatras* y que germina durante los siglos XIII y XIV. Se trata de delirios verbales, construcciones compuestas por la locura, la obscenidad y la parodia; son el incoherente carnaval de la lengua puesto en escena como poesía.

Es fácil ver entonces el sendero, enmarañado por la costumbre, las florituras y los boscajes de la palabra, del lenguaje divergente, en donde resalta la vereda que nos ocupa, rúa del silencio que quizás conduzca a la tierra descrita por Jaroslaw Iwaszkiewicz, que “espesa y dura no deja penetrar las voces y en su profundidad impera el silencio como en un desierto”,²² lugar en el que se escucha una sospecha: “el lenguaje desborda, de alguna manera, su forma propiamente verbal [...] hay muchas otras cosas en el mundo que hablan y que no son lenguaje [...] probablemente hay lenguajes que se articulan de una manera no verbal”.²³

En este momento me quedo callado.

²¹ Obviando la curiosidad que constituye la célebre traducción de la primera página del *Finnegan's* que realizó Salvador Elizondo, sostengo que, si bien la traducción pudiera ser medianamente posible, la empresa es impertinente. El intento constituiría una reescritura absoluta y diferente: siempre una imposibilidad. La escritura, desde luego, como marca de la angustia, la incomunicación y el laberinto. Considero la traslación impertinente porque la razón de traducir ese tipo de hipertextos –trazos que se despliegan en referencias internas y externas, palimpsesto compuesto por escrituras ensimismadas que se difractan en distintos sentidos– olvida la presencia de la voz, el baluceo: ese fantasma del sentido que, por decirlo con Valéry al referirse a la poesía, es un péndulo viviente que oscila entre el sonido y el sentido. El *Finnegan's*, rumor del lenguaje, está más cerca de una sinfonía que de una novela.

²² Jaroslaw Iwaszkiewicz, *El bosque de abedules*.

²³ Michel Foucault, Nietzsche, Freud, Marx.



Misa Gótica, impreso poblano del siglo XVIII, tomada de la exposición Libros prohibidos. Censura y expurgo en la biblioteca palafoxina, curada por la Secretaría de Cultura de Puebla y la Biblioteca Palafoxiana.

El libro devorado

Los hombres que queman libros saben lo que hacen.

GEORGE STEINER

Cuenta la palabra que en lejanas tierras, donde la niebla habita plácida cual muro de cal y los valles verdes con sus pardeos esmeralda atrapan las miradas, se deja ver de vez en vez, en la medianía del sol y primavera de la noche, una rara ave que cruza los vientos cual piedra de fuego, dejando una estela de flama que ocasiona la decoloración de la flora puesto que el fulgor de su plumaje calcina el verdor de sus vestidos y viste de café los ramajes del otoño.

Sabios entendidos de animales y cosas raras, aquellos que inventan los vocablos y con ellos a las cosas, no han encontrado en sus pergaminos ni en sus ciencias el origen de la alada flecha de llama. Lo único que saben es que es el mayor embeleso de aquel que la mira, que deja sin habla el aliento sacrílego que pretende dar cuenta de su magnitud y belleza y que roba para siempre la tranquilidad, puesto que después de su contemplación no hay espectáculo en el mundo que se acerque siquiera a la brillantez momentánea de su cauda dorada.

Se piensa que habita en rocas hirsutas, guarida incorrupta que resguarda sus latidos. Dicen que aquel que la posea tendrá la felicidad máxima y luego, como daga en el pecho, la muerte.

Esta rara ave ha sido encerrada por hispídas lenguas en jaulas de oro: la llaman literatura; que con sus garras y pico no cesa de devorarnos, dándolo todo y nada, recordándonos con su prodigiosa memoria lo que ha sido y lo que somos y lo que jamás seremos. El ave está encerrada en los libros desde donde

canta lo siguiente: solo tenemos el desasosiego, la certidumbre de no haber llegado a tiempo a nada. Es el *Eclesiastés* quien taxativo sentencia como vanidad de vanidades el perseguir el conocimiento, que no es otra cosa que un ir tras el aire: afición por los fantasmas.

Los libros, como refiere el poema “Desiderata” al decir de la comparación, todo lo vuelven vano y amargado. Empobrecen el mundo puesto que hacen más ricos los reinos imaginarios, esas geografías de palabras que roban esplendor a los áridos parajes que estamos condenados a habitar. Empobrecen el mundo porque solo nos permiten hojeadas a los paraísos artificiales. Empobrecen el mundo porque nos enseñan, con la mayor de las bellezas, la única finalidad del ser en el mundo, que es morir. Y su jaula es dorada porque es hermosa, refulgente: un calabozo que cobija. En efecto, grabó Heidegger en la memoria de los tiempos, el lenguaje es la casa del ser, idea con la que Reyes, en alguna prosa, asiente y comulga al escribir que a “la gelatinosa vida del ser hay que resguardarla con paredes de hierro”.²⁴ No ha existido jamás tan eficaz y seguro grillete.

Pergeñar frases ajenas, además de ser un burdo pastiche de las ideas de otros, constituir un acto de habilitación cultural y sembrar falacias de autoridad viene a ser, a la postre, un humilde gesto de honestidad, acción que pretende, en su candidez, reconocer los trabajos y los días de aquellos que se han ocupado con anterioridad de la palabra. Para eso sirven los libros, para recordarnos que todo ha sido dicho y que cualquier intento de novedad no es sino mera inexperiencia. “Estaremos siempre sorprendidos por nuestras imitaciones, por nuestras situaciones conscientes o inconscientes, por las analogías consagradas, por la sutileza de ciertas similitudes”, sostiene Jabès

²⁴ Alfonso Reyes, *Algunos ensayos*.

en ese metalibro que es *Le Livre des Ressemblances*,²⁵ sustancia poética (no encuentro otro nombre que le asiente mejor) que rebasa sus dimensiones —es un libro sobre el libro, escrito fuera de sí mismo, al margen— y que prefigura una ontología distinta y plural del concepto Libro.

Ya todo tiene nombre. La memoria es vetusta y copiosa, inabarcable. Llegamos tarde al banquete al cual no fuimos invitados. El papiro lo demuestra.²⁶

En un bello y a la vez desalentador texto, *Los demasiados libros*, Gabriel Zaid nos señala escueto:

Los libros se publican a tal velocidad que nos vuelven cada día más incultos. Si uno leyera un libro diario, estaría dejando de leer cuatro mil, publicados el mismo día [...] ¿Y para qué leer? ¿Y para qué escribir? Después de leer cien, mil, diez mil libros en la vida, ¿qué se ha leído? Nada. Decir: yo sólo sé que no he leído nada, después de leer miles de libros, no es un acto de fingida modestia: es rigurosamente exacto.²⁷

La lectura conduce al nihilismo; lo que retendremos de un libro no será un capítulo, un párrafo o siquiera un frase. No. Lo que nos acompañará será un dulce o amargo sabor de boca, alguna reverberancia escueta, un eco diminuto diluido en la memoria. En todo caso lo que nos queda de los libros son apenas unas cuantas palabras que no completarían media solapa. Lo otro, lo que nos dan para la vida, no se puede transcribir.

²⁵ Edmond Jabès, *El libro de las semejanzas*.

²⁶ Me dice un Reyes que imagino barbón, diminuto y mofletudo en un ensayo tan bueno (*Ancorajes*) que semeja un pellizco de pezones: “Largo el arte y breve la vida. Luego hay que ser precoz. Y como capítulo primero, hay que haberlo leído todo [...] Si entras aquí, abandona toda esperanza: estás, para siempre, entre la *perduta gente*, entre poetas”.

²⁷ Gabriel Zaid, *Crítica del mundo cultural*.

Así, lo único que resta es la destrucción, no la vuelta al origen sino la creación a través de la ruina. Es necesario quemar los libros pero no a la manera de un obtuso conquistador que inflama los códices, ni tampoco como un acto de soberbia y poderío de monarca a la manera de Itzcoátl o el chino Qin Shih Huang Ti del que da cuenta Borges, emperador que pretendía fundar la historia a partir de su reinado y erigir una muralla que protegiera su imperio. No. Es necesario destruir los libros para aspirar a una catarsis, a la redención; aquello que los surrealistas denominaron destrucción creadora y que se refleja a la perfección en la novela del autor checo Bohumil Hrabal *—Una soledad demasiado ruidosa—* en su máximo esplendor. Se trata en efecto de hacer una *émula de la flama*, un rito del fuego y su lengua crepitante que reinstale la literatura en su justo escaque.

Venga al vuelo una reflexión pertinente sobre la destrucción en palabras de Stephen Jay Gould:

Destruction comes like a thief in the night. But destruction can wipe a slate clean and create space for novelty that would otherwise never have won opportunity. The pathways may be peculiar and unpredictable at all scales, but the results can be wonderful [...] Humans can read this book because dominant dinosaurs, after prevailing against mammals for more than a million years, succumbed to externally triggered catastrophe.²⁸

²⁸ “La destrucción llega como un ladrón por la noche. Pero la destrucción puede hacer borrón y cuenta nueva y crear un espacio para lo nuevo que de otra manera nunca habría tenido lugar. Los métodos acaso sean peculiares e impredecibles en todas las escalas, pero los resultados pueden ser maravillosos [...] Los seres humanos pueden leer este libro porque los dinosaurios dominantes, después de prevalecer por más de un millón de años contra los mamíferos, sucumbieron a la catástrofe desencadenada en el exterior”, S. J. Gould y R. Wolff Purcell, *Crossing over: where Art and Science meet*.

La llama y la palabra, los libros y el infierno cuajan esta dupla que encuentra ecos en algunos autores y sus libros. Entre ellos Canetti, Cortázar, Bradbury y Hrabal, quienes alimentando al fuego, han comprendido el poder de la creación, ahogada melodía de la hoguera.

Cierto, existen personas que a través de la conservación de los libros demuestran su infinito cariño. La trilogía de Nicholas A. Basbanes, *A Gentle Madness*, *Patience and Fortitude* y *A Splendor of Letters* lo corroboran. Basbanes es un defensor de la palabra escrita, del libro como objeto. Sus tres textos dan cuenta de las grandes bibliotecas, inmensas guaridas que han tenido los libros en el decurso de la historia, y relatan también anécdotas de bibliófilos. En ese sentido sus historias, todas, son relatos de amor. Sus libros son metalibros, hablan de sí mismos. Será en *El esplendor de las letras* en donde converse acerca de la destrucción criminal, el asesinato de la memoria. Ya sea que nos recuerde la destrucción de Cartago²⁹ o la incineración de obras hecha por los nazis, la tesis que esgrime el autor es la siguiente: no importa lo mucho que pretenda abolirse la palabra escrita, ya que después de todo, esa cercana fugitiva, permanece. En el mismo tenor deambula otro libro contundente. Me refiero a la *Historia universal de la destrucción de los libros* del venezolano Fernando Báez, libro que relata la inefable masacre cometida con las bibliotecas desde los primeros libros elaborados en la región mesopotámica de Súmer hace aproximadamente cinco mil trescientos años hasta los recientes memoricidios efectuados en Irak. Su tra-

²⁹ “*Delenda est Cartago*” decía al final de cada uno de sus escritos el abominable Catón el Viejo, quien fue uno de los artífices del desencadenamiento de la tercera Guerra Púnica. Bien sabida es la envidia de este xenófobo político romano, que sin embargo no logró destruir del todo la majestuosa memoria de los cartagineses. Paradójicamente es un tratado de Catón, *De agricultura*, la primera obra de prosa completa escrita en latín.

bajo no puede sino mover a la indignación, puesto que demuestra, en sus palabras, que

el instinto destructor es cultivado socialmente, desarrollado en la madurez individual, y su grado de daño responde a las expectativas sociales de quien lo ejerce. Ningún individuo o sociedad destruye o mata sino aquello con lo que no quiere dialogar. Es el monólogo más radical de la acción vital. Destruir un libro es negarse al diálogo que supone la razón plural de éste.³⁰

Parecerá paradójico, de hecho lo es, pero no es esa la destrucción a la que se apela. Mi intención no es enmudecer ni negar la conversación, noble actividad que permiten los libros (*retirado en la paz de estos desiertos...*). La destrucción a la que me refiero es consanguínea a la actividad practicada por el vigésimo barón de Teive, heterónimo de Pessoa, quien después de escribir su único libro, ante la imposibilidad de un arte mayor, decide suicidarse y destruir su obra *La educación del estoico*,³¹ consiguiendo con este acto una indiscutible trascendencia, impoluta creación artística que, inmaculada a causa del fuego, consigue en sus cenizas la libertad.

Será respecto a la relación emotiva o patológica que se instaaura entre el sujeto y la escritura, y solo en ese sentido, que recurro al Derrida de *La diseminación*, en concreto a “La Farmacia de Platón”, donde concibe, como el griego, a la escritura como fármaco, antídoto y veneno que nos instala, al

³⁰ *Sobre la destrucción de libros* en <http://www.enfocarte.com/3.18/filosofia2.html>

³¹ Conviene señalar que el texto se conserva. El libro, una suerte de aforismos del orden del *Libro del desasosiego*, solo desaparece en el interior de la ficción pessoana.

mismo tiempo, en un estado narcótico similar al de la droga, tibio bienestar que a través de la intoxicación por la palabra –hablada o impresa– hace del individuo un fármaco-dependiente.³² De ahí la necesidad de la escritura, padecimiento que solo se libra mediante su ejercicio; innatural fuente de placer, enervante taumatúrgico, agente extraño y patológico: la escritura como paliativo (la medicina efectiva, el diagnóstico categórico, será la disolución de la palabra, la incineración de todos los libros para escuchar la voz de las piedras, admirar el maravilloso y refulgente jardín Zen que se oculta tras la arena y regresar al hombre la salud que le ha arrebatado la burocratización de la cultura).

La teoría derrideana del mundo como texto y su ambición por desprenderse del logocentrismo de Occidente, si bien seductora, me deja un tufo sofístico que no podría precisar. No obstante dicha tesis no deja de ser plausible. Así, el franco-magrebí señala que el *fármakon* no puede ser solo benéfico; dice, como tantos otros siguiendo al Sócrates del *Fedro*, que la escritura es contraria a la vida y la memoria puesto que lejos de contribuir al ejercicio de la reminiscencia la escritura nos libera de responsabilidades, sembrando la simiente del olvido. Ya no será necesario preservar el recuerdo ni la nostalgia puesto que los libros, que vuelven pétrea la palabra, se encuentran agazapados para –con muda voz– evocar aquello que fue. Más contundente me parece Emilio Lledó:

Fármaco, efectivamente, para la memoria, la escritura traslada a los ojos el medio natural del lenguaje, que es el oído. Esta

³² El lenguaje como vitamina. Transcribo un fragmento de “Vitamin”, melodía segunda del disco *Science* de Incubus: “You stare at me like I’m vitamin. On the surface you hate, but you know you need me”. El lenguaje y su crítica, la riqueza y la miseria de la palabra, conforman una ineluctable relación de codependencia.

transformación del sonido en signo visual, es una de las características esenciales de las letras. Por eso son fármaco para la memoria. Son un producto artificial que, sin embargo, suple, con su independencia del tiempo y del individuo que las crea, las limitaciones de ambos [...] Por eso son fármaco las letras; droga y misterio [...] este carácter “mediador”, es lo que las convierte en algo parecido a un fármaco, algo cuyo sentido es “hacerse” otra cosa.³³

Transcribo la reflexión en boca de Sócrates, quien hablando por el rey Tamus le refiere a Fedro lo que el soberano dijo a Thot (Theuth):

Ella (la escritura) no producirá sino el olvido en las almas de los que la conozcan, haciéndoles despreciar la memoria; fiados en este auxilio extraño abandonarán a caracteres materiales el cuidado de conservar los recuerdos, cuyo rastro habrá perdido su espíritu. Tú no has encontrado un medio de cultivar la memoria, sino de despertar reminiscencias, y das a tus discípulos la sombra de la ciencia y no la ciencia misma. Porque cuando vean que pueden aprender muchas cosas sin maestros, se tendrán ya por sabios, y no serán más que ignorantes, en su mayor parte, y falsos sabios en el comercio de la vida.³⁴

Más adelante Sócrates dirá que el inconveniente principal de la escritura es precisamente su inmovilidad, su desventaja frente a las facultades del habla que, escenificándose siempre en el momento de ser proferida, puede recularse, sostenerse y a fin de cuentas defenderse. Un texto al convertirse, como ya se ha dicho, en grafía indeleble, está destinado al ostracismo

³³ Emilio Lledó, *El surco del tiempo...*

³⁴ Platón, *Diálogos*.

y la permanencia. De ahí la concepción dialéctica del habla frente a la fijeza del libro, situación que tornará a la de por sí ya inhabitable prisión del lenguaje verbal un lugar peor, el albañal de la escritura, calabozo sin ventanas.³⁵

Regreso ahora a la concepción de la escritura como narcótico, que no me parece en absoluto novedosa. Con anterioridad Sigmund Freud analizaría (cfr. *El malestar en la cultura*) dicho fenómeno al sostener que la desdicha y la eterna irrealización del principio del placer nos acometen desde tres flancos: el cuerpo, el mundo externo y las relaciones con los otros. Freud recomienda un método crudo pero a saber el más efectivo para huir de la desgracia: la intoxicación, alteración premeditada del cuerpo percibiente, sensación que el arte puede proveer al igual que algunas sustancias enervantes. Ya sea protección episódica o felicidad efímera, la intoxicación atenúa la hostilidad manifiesta del mundo. Infelizmente esta droga, la escritural, ya no es suficiente —o tal vez ha saturado a sus receptores—. Es una batalla perdida por exceso; la lectura y la comprensión se han difuminado en una remota lejanía. Los libros y su saber se reproducen geoméricamente, asistimos a la ejecución del grado *xerox* de la escritura. No existe más una posibilidad de consumo real de los libros; y el intento aventurero por dar cuenta en su cabalidad, cual navegante que se lanza a un nebuloso destino marino, solo conduce a la muerte, la locura y la evanescencia: “Todo está dicho ya, y hemos llegado demasiado tarde al cabo de siete mil años que el hombre existe y piensa”.³⁶

La escritura, la que alguna vez fuera escudo, se ha vuelto contra nosotros.

³⁵ Apunta Bernardo Soares en alguna parte de su biblia para antimetafísicos: “Escribir es olvidar. La literatura es la manera más agradable de ignorar la vida”, *Libro del desasosiego*.

³⁶ Jean de La Bruyère, *Los caracteres*.

La obra del fuego, hoguera de palabras

Somos infelices y miserables por muchos motivos: acaso el principal sea porque recordamos, jamás nos acordamos de olvidar. Creo que, entre otras cosas, por eso duele la existencia, porque no hay remedio para la culpa, porque en nuestro cuerpo y mente va siempre grabándose la vida, pero no a la manera de un palimpsesto que, una vez colmado, puede ser borrado para empezar de nuevo; no, estamos escritos con tinta indeleble y no disponemos de Nepentia. La escritura, pese a todo, es una herida del deseo, cicatriz volitiva, marca imborrable de la memoria y la voluntad a la manera de un tatuaje: la escritura es esencialmente una agresión, flagelación elegida. Jabès: “Escribir es, quizá, revelar a sí mismo la palabra, en el umbral de la muerte”.³⁷ Lo más cercano a un bebestible que abata la memoria, lo más cercano a un estado anímico en donde no exista el remordimiento, es un territorio en donde los libros no tengan lugar.

No pudiendo aspirar a la posibilidad de un mundo sin memoria, siempre queda la rústica opción de inflamar las palabras,³⁸ desquebrajar el mundo de los libros –cementerio de bosques y arboledas– y hacerlos arder como la madera de la que fueron extraídos. Y aun esta idea, como todas, es ya vieja como me recuerda Borges en su ensayo sobre Nathaniel Hawthorne, en donde menciona una obra del estadounidense, *Earth's Holocaust*, en la que, confabulados todos los hombres, deciden exterminar el pasado, cosa rara, en una hoguera a la que inflaman “con todas las genealogías, con todos los diplomas, con todas las medallas [...] con todos los libros”. Ni siquiera el título

³⁷ Edmond Jabès, *op cit.*

³⁸ Sostiene William Blades en su obra –dotada de singular belleza– *The enemies of Books*: “There are many of the forces of Nature which tend to injure Books; but among them all not one has been half so destructive as Fire.”

(ya no digo el contenido) de este texto podía ser original. El bastión que otorgaría un alivio ya fue cantado y bellamente:

El propósito de abolir el pasado ya ocurrió en el pasado y –paradójicamente– es una de las pruebas de que el pasado no se puede abolir. El pasado es indestructible; tarde o temprano vuelven todas las cosas, y una de las cosas que vuelven es el proyecto de abolir el pasado.³⁹

En esos términos grabó ese Tiresias del sur. Sigo adelante ahora solo para terminar lo empezado.⁴⁰

Existe un término griego para denominar la destrucción de libros: biblioclastia, que es definido por el *Piccolo Dizionario di Bibliofilia* como “Odio, feroce avversione verso i libri, accompagnata da volontà distruttiva. Simile alla Bibliofobia”.⁴¹ A su vez Umberto Eco en su texto *Desear, poseer y enloquecer* distingue tres tipos de biblioclastia:

Existen tres formas de “biblioclastia”, es decir, de destrucción de los libros: la biblioclastia fundamentalista, la biblioclastia por incuria, y aquella por interés. El biblioclasta fundamentalista no odia los libros como objeto, teme por su contenido y no

³⁹ Jorge Luis Borges, *Otras inquisiciones*.

⁴⁰ No obstante, una frase de Foucault que recuerdo haber leído en algún lado, apunta y motiva diciendo que la novedad de un discurso no radica en lo que se dice, sino en el acontecimiento de su retorno; así, tendríamos que asentir con él cuando formula la muerte del autor y la inutilidad de emparentar los discursos con personalidades específicas (tiempo, nombre y espacio); por el contrario, deberíamos pensar en función de familias discursivas, afinidades semánticas. En ese sentido mi lamentación por el pesimismo cíclico en ciertos autores carecería de fundamento, empero, la melancolía de mis palabras cabe como muestra de luto por ese antiguo remanente, ese padrastro de la escritura que a través del estilo quebraría, en cierta medida, la idea de un espíritu homogéneo, de un vetusto discurso precedente sin voz ni nombre.

⁴¹ En www.bottegantica-arezzo.com/glossario.html

quiere que otros los lean. Además de un criminal, es un loco, por el fanatismo que lo anima. La historia registra pocos casos excepcionales de biblioclastia, como el incendio de la biblioteca de Alejandría o las hogueras nazis. La biblioclastia por incuria es la de tantas bibliotecas italianas, tan pobres y tan poco cuidadas, que a menudo se transforman en espacios de destrucción del libro, porque una manera de destruir los libros consiste en dejarlos morir y hacerlos desaparecer en lugares recónditos e inaccesibles. El biblioclasta por interés destruye los libros para venderlos por partes, pues así obtiene mayor provecho.⁴²

Fernando Báez, en su ensayo antes citado, trae a cuento el libro del psicoanalista Gérard Haddad, *Los biblioclastas*, en donde su autor fija una determinada tipología psicoanalítica de los destructores de libros. Cito la paráfrasis que hace Báez de las ideas de Haddad:

Si se come un libro, es para recibir la aptitud que éste contiene como elemento de generación, para poder engendrar. Si se quema, por el contrario, es para negar su paternidad, rechazar la función de ser padre: *El auto de fe actúa en forma velada y extrema el odio y el rechazo al Padre*. El odio al libro, señala Haddad con enorme inteligencia, desemboca, no pocas veces, en el racismo, pues el racismo más que el color de la piel, niega el libro de otra cultura, entendida como acto de generación de otro pueblo.⁴³

Modelo de esta destrucción es la noveleta ilustrada de Cortázar *Fantomas contra los vampiros multinacionales*, narración que principia con extraños robos en bibliotecas célebres del

⁴² “Breviario”, *El malpensante*, www.elmalpensante.com/31_breviario.asp

⁴³ *Sobre la destrucción de libros*, fuente electrónica citada.

mundo, así como amenazas de muerte a escritores, a quienes les está prohibido volver a ejercer su oficio so pena de muerte. Finalmente se incendian las bibliotecas, es entonces cuando Cortázar contacta a una camarilla de intelectuales (Paz, Moravia, Sontag) y al superhéroe francés:



Imagen tomada de *Fantomas contra los vampiros multinacionales*, de Julio Cortázar.

En la narración del argentino la destrucción es motivada por los intereses criminales capitalistas. Su texto obedece a las coyunturas políticas de la época (Kissinger, Pinochet, Nixon) y, a estas alturas, se le nota la fecha. No obstante es una vigente crítica *literaria* al sistema económico que padecemos. En este caso se pretende abolir la insurrección, poner la inteligencia en llamas. De ahí que varios escritores sean agredidos (a Sontag, p. ej., le rompen una pierna) y les roben sus libros. Esta destrucción es una metáfora de la ideología voraz de la economía y la política contemporánea. Pese a sus limitantes, el texto aun cabe, tanto por su originalidad creativa –que sobrepasa

con creces a la literaria— como por su temática contestaria, dentro de las diatribas al paradigma globalizador.

Otro libro parecido, aunque con un sostén más bien filosófico, es, desde luego, el de Ray Bradbury, que tiene uno de los epígrafes más contundentes y seductores de la literatura: *Fahrenheit 451*: la temperatura a la que el papel de los libros inflama y arde. Su *incipit* es igual de efectivo:

Era un placer especial ver las cosas devoradas, ver los objetos ennegrecidos y cambiados. Empuñando la embocadura de bronce, esgrimiendo aquella gigantesca serpiente que escupía su petróleo venenoso sobre el mundo, sintió que la sangre le latía en la cabeza, y que sus manos eran las de un prodigioso director que ejecuta las sinfonías del fuego y los incendios para destruir los harapos y las ruinas calcinadas de la historia.⁴⁴

La utopía negativa de Bradbury es un territorio en donde no cabe la tristeza ni la diversidad. En ese lugar todas las personas son unidimensionales puesto que se ha abolido la contingencia, la humana capacidad de hacerse daño: la lectura no existe. Montag es un bombero encargado de exterminar todos los libros puesto que ellos permiten ejercitar el pensamiento, propulsan la reflexión y roban la tranquilidad que otorga la ignorancia. Montag es el ejemplo de una destrucción que no crea; dictadura que —como todas— proscribire la libertad: su fuego es definitivo, consume y desgracia. Los habitantes de su novela viven alienados, fantasías huecas y monocordes, páramos grises, ascéticos, y vacíos. Todos son hombres solitarios a los que les han cerrado el diálogo, confinándolos a las cuatro paredes-monitores de sus viviendas. El país de Montag son nuestras ciudades industriales: el Tokio en perenne vigilia hecho de

⁴⁴ Ray Bradbury, *Fahrenheit 451*. La traducción es mía.

luz y concreto, la danza solitaria del acero en Nueva York, el desierto de lo real en Las Vegas, únicas amistades: la soledad y el ordenador.

Con todo, su novela no niega la memoria. Los marginales de su comarca son prueba del recuerdo, evocación de la palabra. Esos fugitivos, sin necesidad de la escritura, regresan la literatura a su origen: el habla, personas como libros; el otro, en su corporeidad y no en su representación, como diálogo vivo. Los desheredados de Thot ya no lloran su carencia, ellos detentan el poder del discurso irrestricto, y esta es la principal laguna del silencio, que libre como es, capaz de ser amo de todo, es dueño de nada. La palabra, al evocar, mantiene y amarra, instauro la posesión. Por esa razón el hijo del hombre no escribe, y cuando lo hace, para fruición de la tierra, borra y se lleva su escritura a la cruz.

El poder grandioso de Rumpelstiltskin se evapora al encadenarse a su nombre, al encarnar su ser al lenguaje, que entonces lo posee y lo torna para siempre palabra, el duende ya no es el duende, es solo la voz que lo dice. “Para existir se necesita primero ser nombrado; [...] para entrar en el universo de la escritura, es necesario asumir, con el propio nombre, la suerte de cada sonido, de cada signo que lo perpetúan” (Jabès).⁴⁵ A Rumpelstiltskin la embriaguez de la hoguera a mitad del bosque le cuesta la libertad. Dato curioso: la lengua alemana posee la palabra *Wortberglaube*, que consiste en la asimilación de la existencia de una palabra por la previa existencia de un objeto. Entonces el caso Rumpelstiltskin como paradoja: ¿la cosa crea la palabra o viceversa? Pregunta imprecisa que encuentra ecos en la eterna disputa de Cratilo y Hermógenes.

Llego ahora a la cumbre, los libros que generan este ensayo: *Auto de Fe* y en mayor medida, la simiente, *Una*

⁴⁵ Edmond Jabès, *op. cit.*

soledad demasiado ruidosa, de Hrabal, libros escritos con fuego, libros que nacen de la destrucción de libros, prosa de altas llamas que hace, en las cenizas, una escritura fúlgida, una destrucción que crea, biblioclasmo necesario como el que acuña Fernando Rodríguez de la Flor en su vigoroso texto *Biblioclasmo. Por una práctica crítica de la lecto-escritura*, y que atiende, ni caso tiene decirlo, a una destrucción similar a la que apelo. Rodríguez señala, a semejanza de lo que hace Zaid, el ambiente ruidoso que habitamos, el exceso panta-gruético de la información: la reproducción casi infinita de la escritura que origina dispersión y congoja. Muchos libros pervierten e imposibilitan la recepción, diseminan el sentido como gritos en un estadio. Los muchos libros, como la mucha gente, no nutren las conversaciones; por el contrario, entorpecen con su bullicio, contradicen su ser, el libro no es un libro. Los recintos del saber del hombre, vitrinas de sus honores y vanidades,⁴⁶ espejos que nos reproducen en el teatro de la letra impresa, se tornan insulsos, museo de antigüedades: la biblioteca como necrópolis, cementerio de la memoria, biblioteca.

El exceso produce asco o impavidez. Los museos y los recintos libresco son excelentes solo para espectadores. Por eso debemos entender el biblioclasmo de Rodríguez como algo positivo; distinguir una biblioclastia necesaria de una biblioclastia criminal, es decir, diferenciar la destrucción reparadora y creadora de la destrucción *per se* de la que se quejan Báez y Basbanes y yo con ellos. Rodríguez de la Flor apela por la supresión de adendas baladíes, apela por una entropía del régimen tipográfico. Sabe que es imperioso una medida

⁴⁶ Harold Rabinowitz y Rob Kaplan citan en su libro antológico *A passion for Books*, a Henry Ward Beecher: "Where is human nature so weak as in the bookstore?".

homeostásica, que no tiene caso añadir un libro más a la voluminosa montaña de lo prescindible. La maldición de El Tostado, fecundo escritor que respondió al nombre de Alonso de Madrigal, obispo de Ávila, se cierne sobre los escribas profusos; hoy, de él, nada queda. Necesariamente recuerdo y apelo a Don Quijote, a uno de mis pasajes favoritos, el capítulo VI de la primera parte, pequeño diamante que motiva la carcajada irredenta y que demuestra en escasas páginas la grandeza de su autor. El fragmento alude al escrutinio de la biblioteca del hidalgo que realizan el cura y el barbero en presencia de la sobrina y la ama. Vemos allí la más efectiva crítica literaria: libro bueno se queda, libro malo va a dar al corral para ser quemado y no aturdir al personaje. Así, después de haber condenado gran parte de los libros de caballerías, los que restan de pequeño tamaño –señala el cura– no deben sino ser de poesía, y pueden ser exonerados del fuego puesto que no cometen daño alguno más allá de entretener, incapaces de obnubilar la razón como los de cabalgaduras, idea que la sobrina preocupada contraviene:

Bien los puede vuestra merced mandar quemar, como a los demás; porque no sería mucho que, habiendo sanado mi señor tío de la enfermedad caballeresca, leyendo éstos se le antojase hacerse pastor y andar por los bosques y prados cantando y tañendo, y, lo que sería peor, hacerse poeta, que, según dicen, es enfermedad incurable y pegadiza.⁴⁷

La destrucción del cura y el barbero se me antoja necesaria y efectiva, responsable y elogiosa. Es preciso destruir para crear, podar para dar forma y asegurar la permanencia. El

⁴⁷ Miguel de Cervantes Saavedra, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

problema radica en el criterio de selección, en la figura del censor, problema que por ahora no me compete.

En un principio, la primera y única novela de Canetti integraría parte de una serie mayor de ocho, que en su conjunto conformarían la *Comédie humaine de la locura. Auto de fe* fue la única que vio la luz. Originariamente el título era de suyo sugerente: *Kant se prende fuego* fue un nombre que Herman Broch recomendó cambiar en vista de la obvia referencia al paseante de Königsberg.

La novela, terminada en 1931 y publicada hasta 1936, relata la historia de Peter Kien,⁴⁸ un sinólogo austero y estoico que en mala hora decide casarse con la mujer encargada del servicio de la casa (Teresa, ama de llaves). Proterva idea. En adelante la historia será como la de tantos seres brillantes (y mezquinos) supeditados a espíritus miserables, hombres y mujeres que ven cortados sus trabajos por cretinos insensibles que solo sirven para chantajear e imponer su nefasta voluntad sobre seres despistados (y arrogantes). Su mujer lo echa de la casa y, no conforme, como por lo general sucede en los inicuos procesos de divorcio, le da una certera y cruel puñalada que recuerda la furia de algún animal rabioso; le niega su razón de ser, le roba su lugar en el mundo: se queda con sus libros. Creo que pocas imágenes en la literatura me han conmovido tanto como cuando Kien, en un cuartucho desolado

⁴⁸ Relata Canetti en su ensayo sobre *Auto de fe* contenido en *La conciencia de las palabras* que, en principio, el nombre del personaje era *B*, abreviatura de *Büchermensch*, que se traduce como hombre-libro, puesto que era el único atributo que le confería. Después, al haber delimitado coherentemente la historia, cambió el nombre por Brand, que es incendio, grabando de esta manera el destino del personaje: “él mismo se prendería fuego junto con sus libros y ardería con su biblioteca en un incendio”. Con ulterioridad pasaría a Kant y luego al definitivo Kien, que en alemán, nos dice el traductor, significa leña resinosa o tea.

y sucio, recuerda la disposición de sus tesoros, acomodando con exactitud perfecta –dentro de una oscuridad en la que apenas y se cruza un par de rayos ambarinos– en anaqueles imaginarios (como niño solitario que juega entre títeres de un teatro de sombras), los libros dentro de su cabeza. La dulzura de su gesto no es sino el prólogo a su resolución. Finalmente Kien, en un estado alterado de la conciencia, instalado de nuevo en su morada y rodeado de sus libros, se prenderá fuego junto con sus tesoros: una creación del fuego en estridente carcajada.

No concuerdo con aquellas opiniones que ven en Peter Kien solamente una locura autodestructiva, neurosis reprimida que culmina con el despeñadero del personaje hacia el vacío. Adentrarse en los terrenos de la locura es algo insano, sobre todo porque estamos allí. En mi opinión si se quiere ver en Kien a un orate bibliomaniaco, en todo caso, dicha categoría no opera como una transformación, como algo a lo que se ha llegado sino que, por el contrario, es preciso reconocer que desde el inicio del viaje, en el umbral de la novela, la demencia estaba presente. El lugar de llegada de Kien es un puerto del que jamás se partió. Es insulsa la distinción entre locura y razón, porque, en cierta medida, el contacto con los libros no presupone una “normalidad”, y sobre todo porque ambos polos de la psique humana no están disociados como quisieran los partidarios de las clasificaciones. Locura y razón no son sino una y la misma cosa, nos lo dicen *Don Quijote* y *El alienista* de Machado de Assís, nos lo dicen *Las memorias de un enfermo de nervios* de Schreber⁴⁹ y

⁴⁹ Justo es remarcar que, anterior al libro de Schreber, se destaca por su lucidez la *Memoria* del matricida y fraticida Pierre Rivière (*Moi, Pierre Rivière ayant égorgé ma mère, ma soeur et mon frère...*), que a sus veinte años, en 1835, asesina a su familia, según su confesión, por divino mandato. El texto, rescatado por un grupo de investigadores bajo la supervisión de

Esa visible oscuridad de William Styron, lo sentencian el gato de Chesire⁵⁰ y Foucault en su *Historia de la locura* al asumirla como una parte sancionada de la razón: Peter Kien no es solo un loco, en todo caso es la Demencia, gemela categórica de la razón.

Por otro lado la novela de Hrabal, *Una soledad demasiado ruidosa*, es una experiencia demoledora. A esa lectura debo este ensayo.

La novela cuenta la miserable historia de Hanta, un viejo bebedor que se dedica a prensar papel, lo que lo obliga a destruir sus amados libros. Hanta es una herida y un dolor que, más que conmovirme, me pertenece. La vida con los libros es el relato de una soledad asesina, del murmullo de las voces de todos aquellos y aquello que amamos y que está destinado a perderse para siempre. Nada somos más que el dolor de lo que muere: una tarde rubia, la primaria infinita, aquella playa con aguas de tamarindo, el olor de las abuelas, la bóveda celeste vista con los ojos del padre, la mascota muerta, el circo alucinante o la boca encendida que pronunció con fe imposible el color de nuestro nombre. Pronto nos damos cuenta de que no somos sino el perfume de una copa en la que alguna vez hubo vino.

Foucault, es una prueba irrefutable de la falsedad de los estereotipos “causales” de la criminalidad. Asistimos a la invención de un móvil –en este caso la locura– que justifica y presupone las patologías de los sujetos en función de tabular y definir las conductas atípicas que cuestionan la (evanescente) normalidad. El caso Rivière increpa el ideal teleológico del Estado que asume que todo crimen deber ser diseccionado y asimilado para su comprensión, delimitación y prohibición. Es, en efecto, un asesino, empero ¿es la locura, construida por los censores, la causa de su conducta? Acaso la respuesta se encuentre en otra parte.

⁵⁰ “— Pero si yo no quiero estar entre locos... —comentó la niña.

— ¡Ah! Pero eso no puedes evitarlo —le dijo el gato: aquí estamos todos locos. Yo estoy loco. Y tú también.”

Hanta, que vive en una pocilga atestada de libros –aquellos que inútilmente trata de salvar– intenta, en su trabajo diario de trituración, construir un instante de efímera belleza: crea con los libros extrañas esculturas que no conocerán otro público que las fauces de la prensa. Hanta construye balas que contienen libros espléndidos y únicos adornados con litografías maravillosas. Hanta bebe para ensanchar su percepción y para combatir su pensamiento. Hanta vive para destruir los libros que ama y para recordar la alegría de sus amores. Hanta muere para hacer de su soledad una compañía vociferante, verdadera, absoluta.

Como a él, me queda claro que la existencia con los libros no puede ser una esperanza porque la vida misma es una negación de lo que somos. Como él, soy culto a pesar de mí mismo. Como él, vivo para devorar mi circunstancia.

Como Hanta, habito un mundo de muchedumbres solitarias en el que el fuego que consume es el único refugio: contra los libros, contra la muerte, contra los otros y contra uno mismo.

Destruir los libros es una posibilidad para arder en el instante, para guardar silencio.

He llegado a buen puerto: escribo este ensayo porque ahora sé que soy tan pobre que lo único que tengo, lo único que me han dejado, son palabras.

Bibliografía

- AGAMBEN, Giorgio. *Idea de la prosa*. Trad. de Laura Silvani, Península, Barcelona, 1999.
- ANTAKI, Ikram. *Grandes temas. Arte*. Joaquín Mortiz, México, 2002.
- BÁEZ, Fernando. *Historia universal de la destrucción de los libros*. Destino, Barcelona, 2004.

- BARROW, John, D. *El libro de la nada*. Crítica, Barcelona, 2001.
- BARTHES, Roland. *Variaciones sobre la escritura*. Trad. Enrique Folch González, Paidós, Barcelona, 2002.
- BASBANES, Nicholas. *A Splendor of Letters*. HarperCollins Publishers, Nueva York, 2003.
- BLADES, William. *The enemies of Books*. Trubner & Co., Londres, 1880.
- BORGES, Jorge Luis. *Nueva antología personal*. Bruguera, Barcelona, 1980.
- . *Otras inquisiciones*. Alianza, Madrid, 2002.
- BRADBURY, Ray. *Fahrenheit 451*. Del Rey, USA, 1991.
- CANETTI, Elias. *La escuela del buen oír*. Trad. de Juan José del Solar, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, Barcelona, 2003.
- . *La conciencia de las palabras*. Trad. de Juan José del Solar, FCE, México, 1994.
- CAROTENUTO, Aldo. *Eros y Pathos. Matices del sufrimiento amoroso*. Trad. de Renato Valenzuela, Cuatro vientos, Santiago de Chile, 1996.
- CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de. *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Prólogo y comentarios de Diego de Clemencín, Codex, Buenos Aires, 1953.
- CORTÁZAR, Julio. *Fantomas contra los vampiros multinacionales*. Destino, Barcelona, 2002.
- DERRIDA, Jacques. *La diseminación*. Trad. de José Martín Arancibia. Fundamentos, España, 1997.
- ECO, Umberto. *La búsqueda de la lengua perfecta*. Trad. de María Pons, Crítica, Barcelona, 1999.
- ENZENSBERGER, HANS Magnus. *Los elixires de la ciencia*. Trad. de José Luis Reina Palazón, Anagrama, Barcelona, 2002.
- FOUCAULT, Michel. Nietzsche, Freud, Marx. Ponencia, trad. de Carlos Rincón, Argentina, 1964.
- . “El lenguaje al infinito”, *Entre filosofía y literatura*. Trad. de Miguel Morey, Paidós, Barcelona, 1999.
- . *Siete sentencias sobre el séptimo ángel*. Trad. de Isidro Herrera, Arena, Madrid, 2002.

- FREUD, Sigmund. *El malestar en la cultura*. Trad. de Ramón Rey Ardid, Alianza, Madrid, 1997.
- GOULD, Stephen Jay y R. Wolff Purcell. *Crossing over: where Art and Science meet*. Three Rivers Press, Hong Kong, 2000.
- HADDAD, Gérard. *Los biblioclastas*. Trad. de Juan Carlos Martelli, Ariel, Buenos Aires, 1990.
- LASZKIEWICZ, Jaroslaw. *El bosque de abedules*. Trad. de Mario Muñoz y Bárbara Stawicka, col. Ficción, UV, Xalapa, Ver., 1984.
- JABÈS, Edmond. *El libro de las semejanzas*. Trad. de Saúl Yurkiévich, Alfaguara, España, 2001.
- JACKSON, Holbrook. *The Anatomy of Bibliomania*. University of Illinois Press, Chicago, 2001.
- LA BRUYÈRE, Jean de. *Los caracteres*. Trad. de Luis R. Cuéllar, UNAM, México, 1998.
- LE BRETON, David. *El silencio*. Trad. de Agustín Temes, Sequitur, Buenos Aires, 2006.
- LLEDÓ, Emilio. *El surco del tiempo. Meditaciones sobre el mito platónico de la escritura y la memoria*. Crítica, Barcelona, 1992.
- . *El silencio de la escritura*. Espasa, Madrid, 1999.
- MAGRIS, Claudio. *L'anello di Clarisse*. Einaudi, Torino, 1999.
- MANGUEL, Alberto. “Los lectores silenciosos”, *Una historia de la lectura*. Trad. de José Luis López Muñoz, Norma, Bogotá, 1999.
- PAZ, Octavio. “Sor Juana Inés de la Cruz”, *Las peras del olmo*. Seix Barral, Barcelona, 1982.
- . *El mono gramático*. Seix Barral, Barcelona, 2001.
- PLATÓN. *Diálogos*. Trad. de Ángel María Garibay, Porrúa, México, 1973.
- RABINOWITZ, H. y R. Kaplan. *A passion for Books*. Three Rivers Press, Nueva York, 1999.
- REYES, Alfonso. *La experiencia literaria*. FCE, México, 1994.
- . *Algunos ensayos*. UNAM, México, 2002.
- RODRÍGUEZ DE LA FLOR, Fernando. *Biblioclasmo. Por una práctica crítica de la lecto-escritura*. Junta de Castilla y León-Consejería de Educación y Cultura, Salamanca, 1997.

- ROUSSEAU, J. J. *Ensayo sobre el origen de las lenguas*. Trad. de Adolfo Castañón, FCE, México, 1996.
- SARDUY, Severo. “Los instrumentos de corte”, *Antología*. FCE, México, 2000.
- SOARES, Bernardo. *Libro del desasosiego*. Trad. de Perfecto Cuadrado, Acantilado, Barcelona, 2003.
- STEINER, George. “El silencio y el poeta”, *Lenguaje y silencio*. Trad. de Miguel Ultorio, Gedisa, Barcelona, 2000.
- . “El abandono de la palabra”, *Lenguaje y silencio*. Gedisa, Barcelona, 2000.
- VILLON, François. *Poesía completa*. Trad. de Federico Gorbea, Ediciones 29, Barcelona, 2001.
- WITTGENSTEIN, Ludwig. *Tractatus Logico Philosophicus*. Trad. de Jacobo Muñoz e Isidoro Reguera, Alianza, Madrid, 2000.
- ZOID, Gabriel. *Crítica del mundo cultural*. El Colegio Nacional, México, 1999.

ÍNDICE

LITORAL

PLEAMAR

I. Continentes a la deriva: de las relaciones entre ciencia y literatura	15
Bibliografía	47
II. Sobre la poesía de la ciencia	51
La ciencia de la metáfora	54
De la poética de la ciencia	62
Bibliografía	65
III. La divulgación creadora: una aproximación literaria a la ciencia	67
La fragmentación del fuego	84
Bibliografía	86

ARCHIPIÉLAGO

I. Stephen Jay Gould y Michel Foucault: por una sabiduría del archipiélago	91
De la mitosociología	99
Coda	102
Bibliografía	102

BAJAMAR

I. La forma de la prisión: radiografía de la academia	109
--	-----

La academia: el reino de los últimos días	110
Tipología del reino de este mundo	113
Bibliografía	122
II. La destrucción de todos los libros	125
<i>Parla, parola</i>	127
El libro devorado	141
La obra del fuego, hoguera de palabras	150
Bibliografía	161

Siendo rector de la Universidad Veracruzana
el doctor Raúl Arias Lovillo,

Del furor y el desconsuelo. Ensayos para una crítica de la cultura,
de Rafael Toriz, se terminó de imprimir en febrero de 2012, en Master Copy
S. A. de C. V., av. Coyoacán núm. 1450, col. Del Valle, del. Benito Juárez, CP
03220, México, D F, tel. 55242383. La edición, impresa en papel cultural de 90 g,
consta de 500 ejemplares más sobrantes para reposición.

Se usaron tipos Century Schoolbook de 8:11, 9:12 y 10:14 puntos.

Formación: Víctor Hugo Ocaña Hernández.

Edición: Angélica María Guerra Dauzón
y Agustín del Moral Tejeda.